-CgTb EDICIONES LIBERTARIAS

El imperio de la ficción

Capitalismo y sacrificios hollywoodenses

Pedro Bustamante

Pedro Bustamante es investigador independiente, arquitecto y artista. Su obra ha obtenido diversos premios y ha sido publicada y expuesta, entre otros, en el Círculo de Bellas Artes en Madrid, la Feria Internacional de Arte Contemporáneo - ARCO en Madrid, la Real Academia de España en Roma o los Institutos Cervantes de Nueva York y Chicago. Entre sus obras arquitectónicas destaca el CREAA - Centro de Creación de las Artes de Alcorcón. En la actualidad reside en Berlín donde desarrolla una investigación sobre el trasfondo religioso y sacrificial del capitalismo, de la que esta obra forma parte.
Más información en deliriousheterotopias.blogspot.de/

El imperio de la ficción *Capitalismo y sacrificios hollywoodenses*
Pedro Bustamante

su
c:
A: re: un re la
de

Pedro Bustamante

El imperio de la ficción

Capitalismo y sacrificios hollywoodenses

4£cTb EDICIONES LIBERTARIAS

Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier soporte, incluido Internet
Todos los derechos reservados
Diseño de cubierta: Andrei Martínez Duran
Primera edición: noviembre de 2015
© Pedro Bustamante
© Ediciones Libertarias, Prodhufi, S.A.
Carpinteros, 5. Nave 13. Pol. Ind. Matacuervos.
28200 San Lorenzo de El Escorial. Madrid
www.libertarias.com
ISBN: 978-84-7954-752-3
Depósito legal: M-32.319-2015
Impreso en Advantia Comunicación Gráfica
Impreso en España / *Printed in Spain*

A las víctimas del imperio

índice

Prefacio

En esta obra vamos a movernos entra la realidad y la ficción. Vamos a intentar comprender nuestro tiempo precisamente desde esta perspectiva. Desde la constatación de que hoy la realidad y la ficción interactúan de formas muy diferentes a como lo han hecho en otros tiempos, y que es precisamente a través de esta compleja relación como podemos comprender el poder contemporáneo. Se entenderá entonces por qué, si vamos a *movernos* entre la realidad y la ficción, no podamos *situarnos* únicamente en el terreno de la realidad. De manera que debemos empezar por declarar que este trabajo no se inscribe solamente en el género del ensayo o de la crítica, sino también en el de la ficción. Se puede definir por lo tanto como un ensayo-ficción. Un ensayo, porque está basado en información veraz. Una ficción, porque en última instancia, en lo que tiene de más profundo, de más integral, es fruto de nuestra imaginación. A falta de contar con todos los datos, hemos considerado necesario completar la imagen, «conectar los puntos», como dice David Icke, atar cabos. De manera que no se puede afirmar en sentido riguroso que todo lo que aquí se dice es verdad. Ni

siquiera creemos que esta noción tenga mucho sentido. Sin embargo todo lo que se afirma es posible. Que sea, en parte, una ficción, no significa que nuestra intención sea crear una realidad que no existe, sino más bien extrapolar, a partir de lo que *se muestra,* una *posible realidad enmascarada.* En todo caso, que algo sea comprobable, que algo se puede presentar como una «verdad», no implica que esta lo sea. Como veremos, una de las estrategias del imperio es fabricar *verdades ficticias.* En otras palabras, nuestra intención es ser veraces, pero la propia temática y el propio carácter del tema que nos ocupa nos impide serlo por completo. Porque, insistimos, no contamos con todos los datos, y porque dada la urgencia de la situación nos vemos obligados a sacar conclusiones, a adivinar, a interpretar las intenciones *que hay detrás de lo que vemos.* De hecho creemos que un trabajo de estas características, que se ocupa de este tema, no es posible no solo sin una cierta dosis de imaginación, de ficción, sino incluso de paranoia.

Veremos que *el imperio opera según una estrategia de cohfusión de la realidad y de la ficción.* Que en el fondo, a pesar de la contundencia de la *realidad,* esta no es a menudo más que ^.*producto de una ficción.* Veremos que hoy una de las formas como se transforma la realidad es creando previamente su ficción. Puede ser entonces más revelador comprender esta dinámica[1] que ceñirse exclusivamente a la «verdad» y a la «realidad», sobre todo sabiendo cómo estas verdades y rea-) lidades *son fabricadas.* Comprender el imperio supone por lo tanto interpretar la realidad y la verdad a partir

8

de la manera en que estas son concebidas, es decir, en muchos casos, a partir de la ficción, recorriendo el camino inverso. Pero también a partir de la manera en que estas son mostradas, *puestas en escena.* Que hoy tantos estudiosos se interesen por la cultura como vehículo de comprensión de la realidad es un síntoma de que la ficción tiene mucho que decirnos sobre ella, de que esta es en última instancia ficcional. Nuestra convicción es que la ficción puede decirnos mucho de la realidad, porque la realidad es en sí ficcional, porque la ficción es su catalizador. En la medida en que entre ficción y realidad no existe una distinción tan neta como se nos suele hacer creer. En la medida en que todo es un gran teatro.

Por otro lado la naturaleza del imperio es la mentira, el disimulo, el secreto, el enmascaramiento. De manera que intentar comprenderlo supone tener que desvelar, adivinar, desenmascarar, aquello que por su propia esencia no se puede verificar. Debemos aclarar que no tenemos acceso a ninguna fuente de información secreta, confidencial, clasificada, encubierta, privilegiada, sino tan solo a información pública de libre acceso. Si acaso conseguimos *acertar* en aquello que no es comprobable, esto deberá ser achacado a nuestra imaginación, a nuestra intuición, a la coherencia de nuestra teoría. En todo caso, como vamos a intentar mostrar, no es tan difícil al menos acercarse a lo que nos ocultan, porque la realidad, incluso la realidad ficticia contemporánea, no deja de ser un todo coherente. Y porque hay muchos flecos sueltos en lo que sí es comprobable.

Se puede entender entonces por qué muchos de los métodos académicos fallan a la hora de comprender el poder. Lo habitual es que estos métodos que se au-todenominan «rigurosos» no lo puedan abarcar por completo, porque parten de la base de fragmentar el saber en áreas parciales, independientes, inconexas; naturalmente, más fácilmente controlables. *Divide et impera.* Quieren comprender el poder pero están atrapados en las propias redes del poder. No se puede negar que todas estas aportaciones son valiosas, pero no podemos dejar de señalar esta carencia fundamental. No podemos dejar de sospechar que en el fondo toda la paraf ernalia del saber académico e institucional —la especialización, el método, el rigor, la verdad— no son más que las condiciones del sometimiento de este saber al poder.
En todo caso existen también numerosos analistas que trabajan en base a la metodología académica y de los que no se puede dudar *de qué lado están.* Este trabajo se basa en buena medida en este tipo de investigaciones, a las que otorgamos un enorme valor y con las que estamos en deuda. Pero nuestro objetivo es otro. Es, insistimos, atar los cabos que vinculan unos fenómenos con otros, unas disciplinas con otras, tratar de < *crear* una imagen de conjunto, una panorámica comprensiva. Esta visión panorámica nos permitirá com-prender que la misma lógica opera *detrás* de fenómenos *aparentemente* diferentes. La naturaleza —a un tiempo violenta y enmascaradora— del imperio revela lo que todos ellos tienen en común. Seguir el *hilo rojo* de la violencia, adentrarse en su *laberinto,* es la clave

para comprender cómo funciona el imperio. Impedir que comprendamos estas vinculaciones, que creamos que las distintas expresiones de la violencia son fenómenos aislados, convencernos de que la culpa es de otros, es la estrategia fundamental de la propaganda imperial. Comprender esto es la base fundamental para entender que los distintos pueblos de la Tierra tenemos mucho más en común entre nosotros que lo que cada uno de ellos tiene con sus dominadores; que es, en definitiva, resistir la violencia imperial. Por esta razón, porque nuestro interés no es tanto el detalle como el trasfondo, se han omitido las citas concretas. Porque no nos interesa tanto el rigor de las referencias como la profundidad, la integridad, la coherencia, el carácter transversal del análisis. En lugar de las citas puntuales se ha incluido al final del escrito una selección de referencias generales en las que se podrá profundizar y comprobar la veracidad de la información. Tampoco se han citado obras teóricas de carácter general, que el lector culto sabrá reconocer sin más pero que harían la lectura más áspera para el público general, al que esta obra sobre todo se dirige. En suma, porque se trata de reflexiones urgentes que aconsejan prescindir de todo lo accesorio. Aunque hemos estructurado mínimamente estas reflexiones, lo cierto es que no nos ha preocupado que muchos de los *hilos* atraviesen todas las secciones, que se hable un poco de todo a la vez. Y es que, como decimos, nuestra intención es precisamente comprender las vinculaciones entre los distintos fenómenos, lo que tienen en común situaciones o eventos aparentemente

inconexos. Esta estructura, en cierto modo ordenada pero también laberíntica, favorece la comprensión transversal, multidimensional, progresiva, simultánea, que como veremos es la forma en que operan las agendas encubiertas del imperio. De hecho, un cierto caos es también una de las estrategias del imperio. De manera que, permitir que este caos participe en una cierta medida en el análisis, puede contribuir a comprender dicho caos imperial.
Hoy cada vez más el *modus operandi* del imperio es *vendernos* mentiras con el envoltorio de «verdades» oficiales. Esta es, como veremos, una de sus muchas ficciones. Estas mentiras se fabrican en buena medida < de manera encubierta, y en muchos casos no es po- ! sible comprobar si nos están mintiendo, pues todo se reduce a la lógica del «esto es así porque lo digo j yo» (que soy el que manda, el que oculta o desvela (la información). De ahí que hayamos empezado poniendo en cuestión el valor de la verdad como método de investigación. Pues de hecho muchas de estas «verdades» son fabricadas. De ahí que desvelar los métodos cómo opera el imperio, incluso aunque sea apelando a un cierto grado de imaginación, puede ser más *certero* que el supuesto rigor académico. Después de todo, ¿qué sentido tiene esperar a que se desclasifique determinada información, si esta por principio solo se desclasifica en el momento en que el asunto ya no tiene relevancia? Se entenderá entonces por qué el «riguroso» método académico puede terminar siendo, de manera más o menos intencionada, cómplice por activa o por pasiva de esta estrategia de encubrimiento ¡

10 j

inherente a la inteligencia del imperio. En otras palabras, muchas de estas «serias»

investigaciones, son inofensivas porque no pueden afectar al presente. Y sus métodos son
los que son *precisamente para que no puedan afectar al presente.*
Por el contrario esta lógica perversa del enmascaramiento, de la ocultación, obliga a todo aquel que pretenda comprender el imperio *hoy,* a utilizar, aunque sea en un mínimo grado, la *lógica* paranoica, conspiracionista o conspiranoica. Jacques Lacan nos ha mostrado hasta qué punto la paranoia es una herramienta llena de posibilidades epistemológicas y de compromiso social. Estamos hablando naturalmente de paranoia *operativa,* metódica. *Paranoia metódica,* pues, como la «duda metódica» cartesiana.
Se entenderá ahora porque son justamente estos métodos los que el imperio está desacreditando, demo-nizando, censurando, criminalizando. En este contexto hay que inscribir la reciente operación encubierta «La biblioteca de Osama bin Laden» (mayo de 2015), que vincula al líder terrorista y agente encubierto de la CIA con autores que, precisamente, desmontan las «verdades» oficiales, desde Noam Chomsky a Michel Chossudovsky. Haciéndonos creer que las teorías conspirativas contribuyen al terrorismo,

cuando precisamente lo que hacen es mostrar que el terrorismo es, en esencia, terrorismo de
Estado encubierto, o mejor, *terrorismo de imperio encubierto.* Y es que son estos enfoques conspiracionistas los que, por la propia naturaleza encubierta del imperio, mejor pueden acercarse a comprenderlo. Al fin y al cabo la psiquiatría ha sido

siempre uno de los frentes de batalla contra la imaginación, la creatividad y la libertad.
La paradoja es que el sistema demonice lo paranoico al mismo tiempo que él mismo es cada vez más paranoico, al mismo tiempo que fomenta la paranoia generalizada como mecanismo de control social. En realidad no se trata de una paradoja sino de la simple lucha de fuerzas contrarias. El sistema cuestiona los métodos paranoicos precisamente porque el sistema es paranoico y porque este método puede *calarlo* mejor que los métodos académicos de la lógica o del «rigor». Así, casi se podría afirmar que solo con una cierta dosis de esta *paranoia metódica* se puede hoy comprender cómo funciona el imperio. Comprender cómo «se» *piensa,* cómo «uno» «se» *comporta,* cómo «se» *actúa* en el imperio (Tiqqun-Comité Invisible). Pero al mismo tiempo hay que ser conscientes de que ; esta paranoia es una deriva insana. Hay que mantener < una cierta distancia saludable con respecto a ella. Pues la estrategia del imperio es también atraparnos en esta deriva paranoica suya.
En resumen, este escrito es, insistimos, un ensayo- ; ficción. Todo lo que se afirma en él es posible, incluso : podemos decir que es muy posible, pero no es, en el sentido riguroso del término, verdad. En última ins- < tancia, *también* esto es un teatro. Es tarea del lector (decidir *qué obra, qué interpretación es mejor,* la im- j perial o la nuestra. Como se ve, *más acá* de cualquier pretendida objetividad, nos declaramos desde ya el no-imperio. ¡Qué empiece el espectáculo!

El imperio y el no-imperio

Formulemos unas nociones básicas para empezar. En esta obra vamos a tratar de comprender el imperio. Pero ¿qué es el imperio? El imperio es lo contrario del no-imperio.
Tanto el imperio como el no-imperio, en sentido riguroso, no son lugares, ni Estados, ni grupos de Estados, ni organismos, ni gobiernos, ni grupos de personas, ni personas. *El imperio es todo aquello que domina y que ejerce dicho dominio a través de la violencia y de su amenaza.* El no-imperio es todo aquello que resiste este dominio, que resiste esta violencia y esta amenaza. Si el imperio ejerce su dominio a través de la violencia y la amenaza, *el no-imperio tiende a la convivencia-libre, que es un estado ideal exento por completo de violencia y de su amenaza.*
Imperio y no-imperio, dominio y convivencia-libre son, por lo tanto, principios opuestos. Su oposición es de orden conceptual. Pero no son simétricos. El imperio y el dominio son reales. El no-imperio y la convivencia-libre son, como hemos dicho, ideales. Se puede estar más o menos cerca de dichos estados, se tiende a ellos. Imperio y no-imperio, dominio y convivencia-libre, no se excluyen sino que se dan al mismo tiempo,

se complementan, se confrontan. Son dos fuerzas que actúan en sentido opuesto, que apuntan a polos contrarios, que conforman una bipolaridad. Se trata de nociones conceptuales pero que sirven para comprender todos los fenómenos sociales, de distintas culturas, a distintas escalas, en distintos planos. En principio en todos los fenómenos políticos, económicos, sociales, se pueden reconocer estas fuerzas opuestas.

Que el dominio se ejerce a través de la violencia y de su amenaza es tanto como decir que el mecanismo de dominio fundamental es el mecanismo sacrificial (René Girard). Esto ha sido así y sigue siendo así hoy, aunque a través de nuevos mecanismos, de nuevas formas. Hemos comenzado diciendo que hoy el imperio opera de una manera particular, novedosa, si lo comparamos con las formas como operaba hace tan solo unas décadas. Pero lo cierto es que esta forma aparentemente novedosa no es más que el retorno de lo sacrificial. Con nuevas modalidades, con nuevos trajes, con nuevas máscaras, pero lo sacrificial al fin y al cabo. En definitiva el mecanismo sacrificial consiste en la administración de la muerte (Agustín García Calvo) como dispositivo de poder, como fundamento del orden social, político, religioso, moral. La convivencia-libre por el contrario se basa en la ausencia total de la violencia y de su amenaza como elementos articuladores de lo social. En otras palabras, en la renuncia total a lo sacrificial. En lugar **1** de ello, la convivencia-libre consiste en el equilibrio entre la vida individual —*bíos*— y la vida comunitaria —*zoé*—, entre la libertad individual y la libertad comunitaria, entre la naturaleza y la cultura.

12

La convivencia-libre no debe confundirse con la libertad en general, y menos aún con la libertad individual, que no es más que una de las muchas ficciones del imperio. Insistimos, la convivencia-libre es al mismo tiempo individual y social, natural y cultural, un equilibrio que depende de las circunstancias, que no es reducible a fórmulas o a declaraciones universales de derechos. No está exenta de contradicciones, pues en definitiva es el resultado de la *compensación* de fuerzas contrarias, individuales y colectivas, naturales y culturales. Pero lo que la diferencia fundamentalmente del dominio es que en la convivencia-libre dichos equilibrios *tienden* a producirse sin que sea necesario el recurso a la violencia y a su amenaza. En otras palabras, la convivencia-libre se corresponde con los equilibrios de la balanza, mientras que el dominio lo hace con la acción violenta de la espada. Lo habitual es que la balanza y la espada operen de manera conjunta en la realidad. De ahí que la convivencia-libre, es decir, la balanza sin la espada, sea un ideal, una sociedad sin violencia y sin sacrificios.

Como se ve, la *libertad* que integra la noción de convivencia-/z£r<? no es abstracta, ni individual, sino el resultado de dicho equilibrio, a un tiempo individual y social, natural y cultural. De ahí que en el término *convivencia-libre* converjan *con-, vida* y *libertad.* La libertad individual es una ficción del imperio, una de las más poderosas, una de las más falaces, una de las más dañinas. Es una ficción porque solo una minoría es capaz de alcanzar esta libertad individual, o la ilusión de la libertad individual, al precio de que

21

la mayoría tenga que renunciar a ella. Es una ficción porque oculta la verdadera sumisión del individuo al régimen dominante, sea como dominador o como dominado, pues ser dominador es otra forma de sumisión. Es una ficción, finalmente, porque no tiene sentido hablar de libertad individual, al ser la *verdadera* libertad, como hemos mostrado, solo un componente ■ de la convivencia-libre.
13

La violencia sacrificial

La dialéctica entre dominio y convivencia-libre es una extensión de la dialéctica capitalista. En efecto el régimen capitalista se basa en el dominio de la convivencia-libre. El régimen capitalista se instaura, en un primer tiempo, destruyendo la convivencia-libre, separando a individuos y comunidades, a ambos de su naturaleza y de su cultura, separando la cultura de la naturaleza; en definitiva, desequilibrando o alterando los equilibrios de la convivencia-libre. En un segundo tiempo volviendo a relacionar estos elementos ya separados, pero ahora a través de los mecanismos del mercado y de los intercambios y la acumulación capitalistas. El intercambio mercantil nace viciado por esta lógica desequilibradora y destructiva de la convivencia-libre que le es inherente. Esta es la lógica de la «acumulación primitiva» de Marx. Esta es la «gran transformación» de la que nos ha hablado Karl Polanyi. En otras palabras, el régimen capitalista es esencialmente destructivo, violento. Su objetivo *último* de destrucción —pero también *primero,* pues tiene que empezar por ella, para sustituirla por relaciones capitalistas— es la convivencia-libre.
23

Los mecanismos capitalistas no son más que la última versión de otras formas históricas de dominio. Todas ellas se han basado en la violencia y en la amenaza de la violencia; es decir, en última instancia, en el mecanismo sacrificial. Todas ellas tienen como trasfondo la administración de la muerte. El dominio capitalista no se distingue en esto de otras modalidades de dominación, solo se diferencia en las formas. Por eso hace falta hoy una gran amplitud de miras para entender cómo la novedad neoliberal es, en realidad, un retorno sacrificial.

En este contexto de desequilibrio, de margina-ción, de denigración, de destrucción, y en definitiva, de sustitución, de la convivencia-libre por relaciones capitalistas, hay que entender la retórica del cambio y del progreso interminable que domina en el imperio. Pura retórica, pura ideología, pura religión, inculcada en las consciencias para que el proceso esencialmente destructivo en que se basa el régimen capitalista no sea percibido como tal. «La retórica del cambio sirve para desmantelar toda costumbre, para destrozar todos los vínculos, para desconcertar toda certeza, para disuadir toda solidaridad, para mantener una inseguridad exis- j tencial crónica» (Tiqqun-Comité Invisible).

En otras palabras, *el imperio es siempre por definición el que ejerce la violencia, mientras que el no-imperio la resiste.* De ahí que también podamos designar al no-imperio como resistencia. Aunque en la práctica, en las idas y venidas de la violencia imperial y de la resistencia del no-imperio, la *violencia concreta* es imputable a ambas partes. Comprender este juego de la

|

violencia es la clave para comprender cómo funciona el imperio. Comprender cómo la violencia es un principio esencial, cómo esta *se encarna* en los dispositivos, en las instituciones, en los fenómenos del sistema. Comprender cómo también muchos de los fenómenos que adscribimos a la inteligencia, a la cultura o a la ciencia, son, en última instancia, formas sublimadas de violencia. El saber como continuación del poder *por otros medios.* Pero para comprender verdaderamente la violencia también es necesario, como dijo Noam Chomsky, resistirla, *ser parte de* la resistencia. Es decir, no se puede hablar de violencia sin *tomar parte* en la lucha, aunque sea en la lucha intelectual, como lo es este ensayo, porque también el intelecto participa de esta violencia. Todo esto nos trae de nuevo a la cuestión de la verdad y de la mentira, de la confrontación de ficciones.

La violencia no se entiende sin su amenaza. La dialéctica entre violencia y amenaza de la violencia es fundamental, como Walter Benjamín ha mostrado con lucidez. Esta dialéctica es la que está en la base del mecanismo sacrificial. Los sacrificios no son solo el ejercicio de la violencia sino, sobre todo, su escenificación, su ritualización, su simbolización. La violencia actúa por partida doble, como demostración de lo que el *poder puede* y como amenaza de lo que eventualmente *podría.* Cuanto más eficaz sea este mecanismo, menos violencia *real* será necesario ejercer, en la medida en que la amenaza representada, escenificada, ritualizada, simbolizada, sublimada, sea capaz por sí sola de mantener el orden social. Y esta forma escenificada, ritualizada,

etc., de violencia puede ser designada como una ficción. En otras palabras, la *ficción* de la violencia puede tener i un efecto tan poderoso como su *realidad.* En la práctica ambas actúan de manera complementaria, alterna, I cíclica. Lo que nos interesa es mostrar hasta qué punto esta dimensión ficticia de la violencia es eficaz hoy.

Por otro lado se puede decir que la violencia sacrificial es ficticia en el sentido en que las «verdades» a las que se asocia son también ficticias. Nos referimos a *la verdad de la culpa que, en última instancia, es también una ficción.* El sacrificio en sí se convierte en un mero pretexto para ejercer el poder. Y para ello el requisito fundamental es contar con un enemigo, con un culpable, e imponer esta ficción como «verdad». Así opera hoy a grandes rasgos el terrorismo. Pero este fenómeno configura nuestra política, nuestra moral, nuestra justicia de una manera mucho más profunda. Como Franz Kafka supo ver mejor que nadie, la justicia es *antes* un ritual escénico *que* un procedimiento *justo.* En otras palabras: una ficción hecha realidad.

De ahí que la complicidad entre dominio y ficción, entre imperio y espectáculo, sea tan estrecha. Esta es la razón por la que, como veremos, hoy no se puede distinguir entre poder y medios. Uno y otros son dos caras de la misma moneda. Y todo ello en el contexto del mecanismo sacrificial, de la escenificación, de la ritualización, de la *ficcionalización de la violencia* de la que venimos hablando.

La violencia es la clave para entender el poder. Por eso, aunque se ve y se habla tanto de violencia, esta se entiende tan poco. Por eso la propaganda del sistema,

desde los medios a las universidades, la confunden, la malinterpretan, la censuran. La violencia *aparece* siempre rodeada de un aura sagrada, espectacular, como un fenómeno incomprensible, injustificable, irracional. Pero también *se presenta* como un fenómeno puntual, local, aislado de la estructura de dominación; es decir, *se presenta* como violencia separada de la violencia estructural (Slavoj 2izek). El imperio no solo tiene el monopolio de la violencia «buena», sino también el de la distinción entre violencia «buena» y violencia «mala». Y es que la comprensión de la violencia es, como el oro, uno de los tabúes fundamentales que sostiene la religión del poder. Pues en el fondo todo se reduce para el imperio a una lógica muy simple: la violencia imperial es «buena» y la violencia no-imperial es «mala». En otras palabras, toda la violencia que el imperio ejerce en su favor es calificada implícitamente como «buena», como defensa, como protección, como seguridad, como orden. Por el contrario las fuerzas que resisten a la violencia imperial son, según la propaganda imperial, violencia «mala». Y en la medida de lo posible, la única violencia.

Para entender este juego de la violencia hay que saber que esta distinción entre la violencia «buena» y la violencia «mala» es en última instancia una ficción. A partir de esta mecánica fundamental se pueden entender muchos fenómenos hoy. Esta distinción pasa por ocultar, enmascarar, externalizar, la propia violencia imperial; transferirla a otros agentes, que pueden ser así identificados con esta violencia, que entonces es designada como «mala». O bien, cuando el imperio no

tiene más remedio que ejercer por sí mismo la violencia, entonces la estrategia fundamental es presentarla como «buena», para lo que necesita contraponerla a *otra* violencia «mala». Pues lo que en última instancia legitima la violencia imperial y permite designarla como «buena» es toda esta ficción, toda esta escenificación. Esto no significa que esta escenificación sea una pura ficción. De hecho parte de esta ficción es una *ficción realizada.* Como veremos toda esta lógica de la ocultación de la violencia imperial, de su identificación como «buena» o «mala», es la clave para entender las manipulaciones del espectáculo, de los medios de desinformación, de las redes sociales, en suma, de la propaganda imperial. No es más que la mecánica sacrificial en la que se ha basado el poder desde que el hombre es hombre.

La violencia inherente al dominio nos lleva a la cuestión de la legalidad y la criminalidad. El imperio es por definición criminal, pero necesita encubrir esta criminalidad para legitimarse. Al mismo tiempo que es esta violencia, o mejor, su habilidad para administrarla, lo que verdaderamente lo legitima, al margen de las retóricas de la teoría del derecho. La complicidad del imperio con la criminalidad, la forma encubierta como esta complicidad se produce, son comunes a la política y a la religión. Los líderes, los héroes, los dioses, lo son precisamente porque son transgresores de los tabúes o de las leyes, pero transgresores «buenos». Al hablar del imperio hoy hablamos al mismo tiempo de un fenómeno político y religioso, además de moral. La criminalidad imperial hoy no está encarnada tanto

en figuras heroicas o monárquicas o divinas como en los propios mecanismos del capital.

Pero la lógica de la criminalidad inherente al poder es la misma.

Sin estas áreas opacas, secretas, impunes, al margen de la legalidad, no se puede entender el imperio hoy. La estructura de la criminalidad imperial no es lineal. No consiste en una línea en la que el mal o el crimen se sitúan en un extremo y el bien o la ley se sitúan en el otro. Se trata de una estructura más compleja, tal que la criminalidad atraviesa ambas regiones, y se puede sub-dividir a voluntad en una criminalidad «mala» y una criminalidad «buena». Las altas esferas del poder son en esencia tan criminales como los criminales «malos», con la diferencia de que pueden mover a voluntad la línea roja que separa el «bien» y el «mal», y presentarse de esta manera como criminales «buenos», a través de diversas formas de secretismo, encubrimiento e impunidad que se encuentran más allá de la legalidad.

Se trata en definitiva de la estructura sacrificial, pues es precisamente el mecanismo sacrificial el que, administrado por el imperio, *traza la línea* que separa al transgresor «malo» del transgresor «bueno», al villano del héroe, al hereje del santo, a la víctima sacrificial de la divinidad. Pero no es solo el imperio, en el sentido concreto del término, el que produce esta separación, sino el imperio en el sentido ubicuo del término: el imperio en cada uno de nosotros. Porque lo que caracteriza a la dinámica sacrificial es que participamos todos en ella.

En suma, este *imperio de la ficción* ubicuo es fundamental porque tiene el poder de *mover* estas líneas,

de manipular *la. percepción* del «bien» y del «mal», de escenificar sacrificios mediáticos, de designar a las víctimas y a los verdugos oficiales. Insistimos, esta dimensión sacrificial es crucial para entender el poda en general, pero especialmente el poder imperial hoy en un contexto en el que lo espectacular y lo mediáticd son momentos fundamentales del poder, en un conj texto en el que la *ficcionalización de la violencia* es un; de las formas fundamentales de su ejercicio. En otra: palabras, *boy Hollywood encarna la religión sacrificia capitalista con tanta eficacia como en otros tiempos l hicieron los juicios finales o los autos de fe.*

i

La ficción del liberalismo

La tendencia imperial del capitalismo es convertir la convivencia-libre en relaciones de dominio capitalista. En otras palabras, convertir cada vez más todo en mercancías y en intercambios mercantiles y *hacer de ello* el régimen de dominación principal. De manera que una de las claves de este dominio es presentar los intercambios mercantiles como *libres,* que éstos lo parezcan. Esta es una de las ficciones fundamentales del régimen capitalista. Esta es *la ficción del liberalismo.*

De lo que se trata es de ocultar que la libertad de las mercancías se obtiene al precio de la pérdida de la libertad de las personas, o para ser más exacto, que lo que *se gana* en las relaciones capitalistas *se pierde* en la convivencia-libre. Ya hemos mostrado cómo la libertad individual es en esencia una ficción capitalista. El sistema necesita individuos lo más «libres», lo más «liberados» que sea posible con respecto a sus comunidades, a sus culturas, a sus tradiciones, a su naturaleza, para que pueden convertirse en trabajadores más *libremente* explotables y en consumidores con más *libertad* para consumir, en creyentes más *voluntariosos* en el sistema. La «libertad» que proclama la propaganda del sistema

es una libertad ficticia, un sucedáneo de la verdader; libertad que necesariamente es un componente de 1 convivencia-libre. En este contexto hay que entende la aparente *liberación,* que en realidad es la *liberaliza ción,* de las costumbres, la moral y la sexualidad. De ai que la homosexualidad sea hoy, no solo algo a respeta sino también a alabar, porque es la vanguardia de un tendencia a la desnaturalización de la vida en la que s basa el sistema, a la desvinculación de la sexualidad de la fertilidad y su sentido profundo.
Esta «libertad» es una falsa libertad porque está se metida al sistema, porque no cuestiona en profund: dad su lógica de dominación. De todo ello ha hablad Jean Baudrillard con gran lucidez. Si el imperio cor cede aparentemente libertades es porque se benefici de ello. En otras palabras, tras la aparente libertad ; esconden mecanismos se sumisión al sistema más prc fundos. La verdadera libertad suele venir acompañac del descrédito, la demonización o la criminalizació por parte del imperio, que pretende así contener < *contagio* de dicha libertad en otros.
Pero también la libertad de movimiento de las me: cancías y de los capitales es una ficción, tan falaz cora la de la libertad de los individuos. El régimen capitalis ta consiste en convertir a las personas en mercancía sea como productores o como consumidores, pues e definitiva es el intercambio mercantil y su régimen c acumulación el que domina las relaciones en generj incluidas las sociales. Es decir, las verdaderas relacic nes *sociales* en el régimen capitalista son las de las me cancías; las relaciones entre las personas se basan y :
32
supeditan a estas relaciones entre cosas. Que esto sea así pero que no lo parezca es otra de las ficciones del sistema. Es importante entender esta sutileza, porque es precisamente la manera en que se ejerce el dominio en el capitalismo, tanto al nivel de la producción como al del consumo. Es la regla de oro para comprender hasta qué punto la economía capitalista es política.
Para entender este dominio de las mercancías sobre las personas —en definitiva, de las relaciones capitalistas sobre la convivencia-libre— es necesario comprender la noción de *nivel de compensación.* Podemos dividir el conjunto de situaciones que se dan en el seno del régimen capitalista en dos tipos: aquellas que se sitúan *por encima* del nivel de compensación, y aquellas que se sitúan *por debajo.* El nivel de compensación es aquel en el que se produce el equilibrio entre el dominio y la convivencia-libre. Aquel por encima del cual *compensa,* y por debajo del cual *no compensa,* lo que las relaciones capitalistas *aportan* con respecto a lo que *restan* de convivencia-libre.
No hablamos de *compensación* en un sentido económico estricto sino en un sentido no cuantificable, subjetivo, psicológico, pues en definitiva se trata de poner en los dos platos de la balanza elementos inconmensurables. Es otra forma de incorporar, como propuso WUhelm Reich, el factor subjetivo al materialismo objetivo marxista. En otras palabras, *por debajo* del nivel de compensación el dominio prevalece sobre la convivencia-libre, el proceso de acumulación *destruye* más convivencia-libre que las formas de relación capitalista que *construye.* Por el contrario, *por encima*

del nivel de compensación el régimen *construye* má formas de relación capitalista que las formas de convi vencia-libre que *destruye.* O bien no requiere destruí] o puede conservar más formas de convivencia-libre. E decir,*por encima* del nivel de compensación se encuen tran los dominadores, *y por debajo* los dominados; *po encima* los que ejercen la violencia estructural, aunqu sea de manera inconsciente, y *por debajo* los que la pa decen. En otras palabras, a los que están *por debaj* del nivel de compensación, *no les compensa* el proces de transformación capitalista; mientras que a los qu están situados *por encima, siles compensa.*
Esta compensación es en última instancia, com decimos, subjetiva, imposible de medir en términc objetivos, pues en definitiva consiste en comparar de estadios consecutivos del proceso de transformació capitalista, dos estadios en los que las proporciones el convivencia-libre y relaciones capitalistas varían. El definitiva se trata de comparar la convivencia-libre co el dominio capitalista, en tanto que proceso, y en distií _ tos ámbitos del sistema. Como hemos visto la esenci del proceso imperial capitalista consiste en destruir foi mas de convivencia-libre a cambio de crear formas d relación mercantil. En otras palabras, en sustituir vid y libertad —individuales y sociales, naturales y cultura les— más equilibradas, por otras formas de relación e las que prevalece la dominación, y la vida y la liberta pasan a ser sucedáneos. Formas de relación capitalis en las que los desequilibrios no solo no se compensí sino que tienden a incrementarse como mecanismos c dominación sistémicos. En definitiva, se trata de cor
34
vertir vida y libertad más auténticas, más integrales, más sostenibles, más duraderas, en

sucedáneos más ficticios, más parciales, más insostenibles, más provisionales. En efecto, esta es otra de las diferencias entre el dominio y la convivencia-libre: el dominio tiende a generar más y más desequilibrios, más y más asimetrías, a lo largo de espectros sistémicos más amplios; mientras que la convivencia-libre tiende al máximo de equilibrio a nivel local. Solo hay que comparar cuánto han evolucionado las civilizaciones precapitalistas, a todos los niveles, a lo largo de milenios, y cuánto lo han hecho las capitalistas, en tan solo dos o tres siglos, para entender de qué estamos hablando.
El iPhone o el iPad son ejemplos muy concretos de esta lógica de sustitución de la realidad de la convivencia-libre por la pseudorealidad de los intercambios capitalistas. Estos dispositivos —estadios previos hacia la implantación generalizada de microchips o nano-chips en el *ganado humano*— aparentan conectarnos con todo; pero lo que hacen en realidad es separarnos del mundo real que nos rodea.
Se puede observar aquí otra de las dimensiones ficticias del sistema, objeto fundamental de la propaganda. En efecto, el aparato de propaganda tiene como otro de sus cometidos

fundamentales hacernos creer esta ficción. Convencernos de que *compensa,* de que merece la pena todo lo que *perdemos* de convivencia-libre a cambio de todo lo que *ganamos* con las relaciones capitalistas. En definitiva: *que el dinero puede comprarlo todo.* La propaganda debe hacernos creer que estamos *por encima* del nivel de compensación,

con independencia de cuál sea nuestra situación real debe manipular nuestra percepción. La manipulacióı de esta percepción se convierte en un terreno de bata lia fundamental en el que el sistema debe legitimarsi para la mayoría. Se trata de hacernos creer que el sis tema en su conjunto nos lleva o nos llevará a todo; *milagrosamente* a este *paraíso.* El paraíso de las reli giones tradicionales, pero esta *vez paraíso en la Tierra* Este es el sueño americano. Al tiempo que nos deb mostrar, pero solo selectivamente, ritualmente —pue en definitiva sigue siendo la lógica de la ficción sacri ficial— el *infierno* para una minoría. También *infiern en la Tierra.*
Se comprenderá ahora por qué este ni vel de compensación y su manipulación subjetiva po parte de la propaganda del sistema es clave para enten der cómo se vende la ficción del éxito y la ficción di progreso.
El sistema capitalista consiste en una enorme fug hacia delante que trata de esconder su esencia destrud tiva y enmascarar esta destrucción con su construc ción ficticia, artificial. Esta destrucción genera innu merables problemas que el sistema pretende resolver través de mecanismos capitalistas, lo que nunca consi gue por completo. Porque la verdadera esencia del sis tema es la destrucción y el desequilibrio, la ficción d que estos problemas pueden ser resueltos con los ins trunientos del mercado. Los problemas solo se soh cionan de manera aparente, enmascarándolos más qu resolviéndolos, provocando a su vez nuevos proble mas, en un círculo vicioso interminable que nos atrap a todos. Hasta que la farsa no puede durar más...
36
Todo ello, insistimos, en base a una lógica sacrificial que transfiere o *externaliza* los

problemas del polo del dominio al polo de la convivencia libre. La propaganda del sistema nos vende como soluciones lo que en realidad son mecanismos de transferencia de proble- mas, a otros problemas, o a otras situaciones menos privilegiadas del sistema. Esto lo excluye intencionadamente de su *papel conché* para que no percibamos la verdadera esencia de dichos mecanismos. En otras palabras, el sistema extrae riqueza —vida y libertad verdaderas— del polo inferior, que transforma en dinero —que puede comprar vida y libertad, pervertidas en el propio proceso de la compra—, dinero que circula hacia el polo superior, hasta acumularse de manera aberrante. Así, en lugar de sacrificar esta riqueza ficticia en forma de «gasto improductivo» (Georges Bataille), como tantas civilizaciones han sabido hacer, la ceguera capitalista las reinvierte productivamente en la vorágine del sistema, en una espiral interminable y delirante que no hace más que aumentar la violencia y la culpa inconscientes (Walter Benjamín).
Pero volvamos a la ficción del liberalismo. El régimen capitalista supone condiciones asimétricas de partida —las de la acumulación primitiva— que se reproducen e incrementan

progresivamente, y que de lecho hacen cada vez más imposible el «libre» mercado. Lo mismo a todos los niveles: entre el empresario y el trabajador, entre el vendedor y el comprador, entre el acreedor y el deudor. El libre comercio, como *ú* precio justo, no es más que una abstracción, una situación ideal que nunca se alcanza por completo en

la medida en que las condiciones de dominio son asi métricas, en la medida en que existe un imperio y ur no-imperio. Solo hay que observar cualquiera de la; líneas de fricción del imperio y del no-imperio, a cual quier nivel, para entender hasta qué punto el comer ció no solo nunca es «libre», sino que es de hecho *h guerra por otros medios.* Por el contrario, en las zona: más *pacificadas,* en los centros, allí donde domina e imperio desde hace tanto tiempo que ya se ha perdidc la consciencia de este dominio, la *creencia* generaliza da es que los intercambios mercantiles son libres, qu existe algo tal como el precio justo. Pero si esto es as: insistimos, es porque en estas situaciones domina c-imperio, porque nos encontramos *por encima* del nivc de compensación, porque la propaganda capitalista e capaz de enmascarar su dominio. Esto se consigue, e buena medida, ocultando y externalizando esta vio lencia hacia situaciones más desfavorecidas, aquella que están *por debajo* del nivel de compensación.

Todo intercambio mercantil oscila entre dos polo; el libre intercambio y el saqueo. Todo comercio es, el definitiva, en un grado mayor o menor, una forma d pacificación, una situación coyuntural en la que el sa queo no le compensa a la parte más poderosa, pero e la que se sigue sirviendo de este como amenaza par imponer condiciones de negociación y de intercambi *desequilibradas* a su favor. Es decir, todo intercambi mercantil supone, en mayor o menor grado, una coac ción. Cuando hablamos de convivencia-libre estamc también hablando de intercambio libre, pero en el vei dadero sentido del término: intercambio libre en el ser

38

tido en que este se inscribe en una lógica de intercambio más general y en el que no tiene sentido hablar de mercancías por que los bienes se inscriben en un complejo de relaciones más amplio que no puede reducirse a la equivalencia del valor de cambio. Es lo que Jean Baudrillard ha llamado «intercambio simbólico».

Volviendo a la noción de nivel de compensación, las situaciones *por encima* de dicho nivel son aquellas que ejercen su dominio sobre las situaciones *por debajo* del nivel, y en consecuencia pueden imponer condiciones de intercambio que les son favorables. Así, en general, las situaciones *por debajo* del nivel de compensación son aquellas sometidas al dominio de las primeras, y por lo tanto a condiciones de intercambio desfavorables. Estas distinciones se dan en todo el sistema y en distintas escalas. De nuevo hay que entender los términos *favorable y desfavorable* en el sentido más amplio, como *compensación* de elementos inconmensurables. Pues en definitiva de lo que estamos hablando es de poner en los platos de la balanza elementos de distinto orden. Contrapesar, una vez más, verdaderas libertades, verdadera vida, con sus sucedáneos, con sus ficciones. Vemos aquí otra vez hasta qué punto el capitalismo no se puede reducir a formulaciones cuantitativas, cómo en él es crucial esta noción de ficción.

El mito del liberalismo y del neoliberalismo se inscribe en esta lógica. El liberalismo y el neoliberalismo son en definitiva eufemismos que esconden que en el marco general de la «libertad» de movimientos capitalistas, los poderosos puedan imponer toda una serie de medidas que les son beneficiosas,

tales como legislaciones, regulaciones, subvenciones, intervenciones, manipulaciones, monopolios, etc. Esto es lo que se esconde detrás de la máscara del libre intercambio. Esto es lo que está en el trasfondo de los llamados tratados de «libre» comercio que el imperio está hoy imponiendo de forma coactiva y encubierta para que sean aprobados por las marionetas políticas.

Lo importante es entender que entre el polo del libre comercio y el del saqueo no hay discontinuidad, que ambos se dan en alguna medida en todo intercambio. Se trata de la misma dinámica con distintos grados de intensidad más cerca de un polo o de otro. Así hay que entender la conocida expresión de Cari von Clausewitz: «la guerra es la continuación de la política por otros medios», que de hecho se puede invertir, como ha hecho Michel Foucault, en *la política es la continuación de la guerra por otros medios.* Pero también extender a la economía: *el comercio es la continuación de la guerra por otros medios.*

Todo esto nos permite comprender que el capitalismo, en su propia esencia, no solo es un régimen político-económico, sino que es *más* político *que* económico. Que en el capitalismo la economía está supeditada a la geopolítica y a la política. Y esto a todos los niveles. Dicho de otra manera, los mecanismos económicos son siempre instrumentos de poder. Si a veces nos parece que esto no es así, es, como hemos mostrado, porque se trata de situaciones excepcionales en las que las condiciones *se acercan* a las del libre mercado. Y porque esta percepción, esta creencia, es manipulada por la propaganda del sistema. Este es, de nuevo, *el poder de la ficción.*

El imperio de la ficción

Resumiendo, una de las claves para entender la no-;ión de ficción en este trabajo, para entender hasta qué punto el dominio capitalista se ejerce a través de la ficción, es cómo las formas de relación capitalista difieren por completo de las formas de convivencia-libre. Mientras que la convivencia-libre, como hemos mostrado, es el resultado de un equilibrio vital, social, cultural, moral, las relaciones capitalistas se reducen a la pura mercantilización de la vida, a la sustitución de la vida y la libertad verdaderas por sus sucedáneos. Esta es la base de la doble moral, que es la moral dominante en el imperio, de la que nos ocuparemos más adelante. El régimen capitalista superpone una fachada ficticia a su estructura de relaciones mercantiles, con la intención de aparentar relaciones morales entre personas *que en realidad se rigen según la no-moral de los intercambios mercantiles,* basados en la reificación de la vida. Si el imperio es *imperio de la ficción* es porque se impone en buena medida haciendo pasar esos sucedáneos de vida y de libertad por verdadera convivencia-libre. Del éxito que tenga la construcción de esta ficción depende en buena medida su poder. Los economistas que lo

reducen todo a números olvidan que esta dimensión puramente subjetiva, que se ejerce en el ámbito de la cultura, del espectáculo, de los medios, es clave para la dominación imperial. Es lo que nos ha enseñado, entre otros, Guy Debord. En otras palabras, el capitalismo hoy no se puede entender sin Hollywood.

Pero la expresión *imperio de la ficción* debe entenderse también en un sentido más profundo. Hemos dicho que la manera en que el imperio domina es a través de la violencia y de su amenaza, y que esto no es otra cosa que el mecanismo sacrificial. En efecto, desde los orígenes del hombre el mecanismo sacrificial es la base del control socio-político, además de religioso-moral, el dispositivo que define los límites de la libertad y de la vida de los individuos en el seno de las sociedades, el que regula los equilibrios entre transgresiones y prohibiciones, entre naturaleza y cultura, entre *bíos y zoé.* El régimen capitalista no hace más^ que incorporar en sus propios mecanismos esta dinámica sacrificial de manera que el sistema, de forma implícita, *sacrifique* sus elementos excedentarios, disfuncionales, obsoletos; aquellos que se resisten o dificultan la reproducción del sistema. Estos elementos incluyen tanto personas como cosas, porque el sacrificio de las personas comienza precisamente por su reificación.

El sistema legal y penal, como el conjunto del Estado, no es más que un mecanismo supeditado al orden capitalista. Como han mostrado Walter Benjamin y Giorgio Agamben el Estado de derecho siempre cuenta con la posibilidad de ser suspendido y reducido a es

23

tado de excepción. Se puede decir que el Estado de derecho es la *excepción* que, en condiciones favorables, se da en el seno de la *regla* que es el estado de excepción. Lo importante es destacar que la política está supeditada a la economía, que las nociones de Estado de derecho y estado de excepción, así como todo el aparato del Estado, están supeditadas, en el contexto del régimen capitalista, al orden económico, financiero y monetario. Si los mercados han existido desde hace milenios pero no el capitalismo es porque entonces todavía *existían fuerzas* de orden político, religioso, moral, que impedían que este dominara. Por el contrario, una vez instaurado el régimen capitalista, lo económico supedita el resto de órdenes, y en particular el político, que pasa así a estar a su servicio. El Estado burgués, desde sus orígenes, está al servicio del orden capitalista. Se puede afirmar, en este sentido, que *la política es otra de las ficciones del capitalismo.*

El dominio capitalista, sea a través de sus mecanismos o del auxilio coyuntural de la política y el derecho, se impone en base a la violencia y su amenaza; en otras palabras, a través de mecanismo sacrificial. El mecanismo sacrificial es inseparable de la ficción, pues en última instancia se basa en la construcción ficticia de la distinción y la separación entre «buenos» y «malos», en la vinculación del «mal» y la culpa, en la transferencia del mal y la culpa sociales ubicuos a chivos expiatorios concretos especialmente designados para tal fin. En este sentido hay que entender, también, la expresión *imperio de la ficción,* en la medida en que su dominio es ejercido a través de ficciones sacrificiales.

La ficción del dinero

Una de las ficciones fundamentales del sistema es el dinero. Como hemos mostrado, el régimen de dominación capitalista se basa en extraer riqueza del polo dominado y transformarla en dinero excendentario que circula hacia y se acumula en el polo dominador. El dinero es utilizado para comprar sucedáneos de vida y de libertad —versiones ficticias de la convivencia-libre, que el propio sistema destruye—; pero su verdadero cometido es, a través de los mecanismos económicos, ser vehículo de la dominación. De manera que el dinero desempeña un papel central, a todos los niveles, en hacer creer esta ficción, lo que en definitiva consiste en *confundir la riqueza con el dinero*. Esto es lo que nos enseñó Lessing en *Nathan el Sabio*. De acuerdo con nuestro planteamiento, por lo tanto, la verdadera riqueza es ese complejo equilibrado de libertad y vida —individual y colectiva, natural y cultural—. El dinero, por el contrario, no puede comprar más que elementos separados y fragmentarios de esa realidad compleja y vital, pues solo puede hacerlo transformándolos en elementos independientes, divisibles, cuantificables, enajenables, en definitiva, en mercancías y valores de

cambio. En un segundo tiempo estos elementos enajenados pueden volver a formar parte de nuevos entes, que no son otra cosa que *monstruos* que la propaganda del sistema pretende vendernos como algo vivo, pero que solo son sucedáneos de vida. El dinero juega un papel fundamental en esta transformación, en esta falsificación, pues actúa como intermediario creando la ilusión de que las mercancías valen lo que cuestan, haciéndonos *creer* —esta es la religiosidad capitalista— que *el dinero puede comprarlo todo* (Georg Simmel).
La ficción del dinero se relaciona con la farsa del libre comercio de la que hemos hablado. Insistimos, *el precio de las mercancías contribuye a crear la ilusión de que estas valen lo que cuestan.* Pero el sistema de extracción de riqueza que está en la base de la ganancia capitalista no se sostendría si no fuese pagando al trabajador menos de lo que cuesta su trabajo y vendiendo las mercancías más caras de su *verdadero* valor. Lo que está en el trasfondo de toda esta ficción del libre mercado y del precio justo es que los intercambios mercantiles enmascaran la coacción que, en mayor o menor grado, los acompaña. Este enmascaramiento es el que produce el fenómeno del fetichismo de la mercancía. Es sadismo sublimado.
La ficción del dinero se puede *tensar* tanto como la sociedad pueda aguantar esta coacción. Esta situación límite es la que estamos viviendo hoy. Tan importantes de cara a la revolución que viene son las clases más bajas que tienen dificultades de subsistencia como las clases medias *indignadas* ante el fraude sistémico del que son cada vez más conscientes.
25
La creación de dinero ficticio en el polo *superior* no hace más que intensificar la presión que los mecanismos del sistema ejercen en el polo *inferior,* sea por vía salarial, fiscal,

inflacionaria, crediticia; o por el resto de mecanismos de los que vamos a tratar. Porque de la misma manera que el dinero puede comprarlo todo, también puede manipularlo todo, hacer realidad cualquier ficción. El dinero por su propia esencia incorpora este carácter ficticio, que se intensifica a medida que los sistemas monetarios son más estables y más institucionalizados. Esta es la paradoja: cuanto más estable es el sistema, más poderoso es su mito. Igualmente, cuanto más fiduciario es un sistema monetario, mayor es su religiosidad, más creen los fieles capitalistas en toda la farsa que sostiene el sistema, más contribuyen, aunque sea de manera inconsciente, a su violencia. Violencia, religión y dinero forman así un complejo inextricable.
Pero además de su propia esencia ficticia el dinero juega un papel fundamental porque afecta al resto de los mecanismos de dominación del sistema, enmascarados en forma de otras tantas ficciones. El dinero es el elemento clave para someter a la política y al derecho al régimen capitalista, para convertir a la política en el teatro que es hoy, y a los políticos en marionetas, por activa o por pasiva. Del mismo modo, el sofisticado aparato de propaganda

que el imperio hoy necesita no sería posible sin el dinero ficticio. En fin, el dinero fluye impunemente —*pecunia non olet*— entre los sectores formales e informales de la economía, entre los cárteles de la droga y Wall Street, entre las cloacas
47

de los Estados, las ONGs «humanitarias» y los ejércitos proxy, poniendo de manifiesto una vez más hasta qué punto la legalidad es una farsa al servicio del sistema capitalista y como este se fundamenta en la criminalidad.

Así, hoy la dominación imperial se ejerce en buena medida a través del sistema monetario fiduciario y el control de la creación de dinero por parte del cártel bancario. Esta creación de dinero es fundamental pues le permite a las élites disponer permanentemente de liquidez para *hacer realidad sus agendas.* En otras palabras, el sistema hoy depende de la transferencia de dicho dinero ficticio, —creado *ex nihilo* en los polos *superiores* del sistema—, a cualquier punto situado más cerca de los polos *inferiores.* Saltándose, por así decirlo, toda la cadena productiva, lo que supone un alto grado de artificialidad, y que explica muchos de los fenómenos de hoy. Es decir, esta disponibilidad de dinero ficticio le otorga a las élites una gran capacidad para alterar el curso natural y orgánico de la realidad, *para, fabricar nuevas realidades a partir de ficciones,* sean revoluciones de colores, grupos terroristas o pandemias. Se trata en definitiva de un mecanismo legal de falsificación de dinero, de un privilegio que el cártel bancario ha obtenido poniendo las leyes públicas al servicio de sus intereses privados, lo que les permite que este dinero ficticio no se destine al bien común sino a sus intereses particulares. De la misma manera el sistema de reserva fraccionaria no es más que un mecanismo que le permite a los bancos prestar legalmente dinero que no tienen. En cierta manera se puede decir

48

que los bancos prestan dinero *ficticio* y a cambio obtienen dinero *real,* fruto del trabajo y del

esfuerzo real de los deudores. En definitiva, el dinero ficticio hace el sistema más inestable,
carga sobre los hombros de los ciudadanos el peso de toda la economía, pues son los verdaderos creadores de riqueza, los rescatadores *de último recurso* de la gran burbuja de valores ficticios que hoy lo pervierte todo.

Y a pesar de que el imperio cuenta hoy con una gran capacidad para crear dinero, al mismo tiempo sus élites no son conscientes de la necesidad de invertirlo convenientemente para generar trabajo y consumo, de manera que todo el ciclo se cierre y sea sosteni-ble. Probablemente nunca en la historia ha existido un sistema tan perverso que sea capaz de generar tantos excedentes pero al mismo tiempo estos excedentes no sean invertidos de nuevo en el ciclo económico productivo en la medida suficiente para evitar la margi-nación y la pobreza de grandes sectores de la población. El imperio se ha vuelto tan criminal que resulta más rentable destruir Estados enteros para volverlos a construir, vender armamento, apoyar grupos terroristas, saquear recursos energéticos, que invertir en actividades productivas convencionales. Y sin embargo el sistema puede permitirse el lujo de

desperdiciar ingentes recursos de mano de obra. Todo ello en el contexto de su perversión
moral e ideológica, particularmente de las élites, que han perdido la capacidad de distinguir entre riqueza y dinero.

El dinero fiduciario, junto al enorme nivel de endeudamiento y de valores financieros fraudulentos,

no hace más que intensificar la violencia que los mecanismos monetarios, financieros y económicos transmiten a todo el sistema. Desde 1971, en que se derogó el patrón oro, el dólar solo ha podido sostenerse en el marco de la dominación imperial atlantista, y en particular, del control del petróleo y su comercialización.

Para comprender el papel que el petróleo juega en el sistema monetario hay que saber que el dinero es, en esencia, *corporal* y *espiritual.* Es al mismo tiempo una mercancía más y una convención social. Es, frente al resto de mercancías *profanas*, una mercancía *sagrada.* Es el último sustituto sacrificial de una larga serie que configura la historia de los intercambios sociales [t] (Horst Kurnitzky). No tiene sentido decir, como es habitual, que el dinero fiduciario no tiene respaldo; porque de hecho toda forma de moneda requiere de esta doble dimensión corporal y espiritual, inmanente y trascendente. Lo que ocurre en el caso de las monedas fiduciarias es que la propia economía, y particularmente los recursos naturales o energéticos de demanda universal, como es el caso del petróleo, pasan a desempeñar de facto el papel de respaldo material de la moneda. Se entenderá entonces por qué el sistema fiduciario actual implica necesariamente el control de estos recursos y lo que esto implica desde el punto de vista de la violencia imperial. No solo se trata de controlar los recursos, particularmente los energéticos, sino también de asegurar que estos se comercialicen en la divisa que, de facto, respaldan, que se controle su distribución a través de rutas marítimas, oleoductos, etc., que se pueda manipular su precio como forma

indirecta de afectar al resto de divisas. No es casualidad que la mayor parte de las guerras libradas por el imperio en las últimas décadas se inscriban en esta lógica de control de los recursos —particularmente energéticos— y su comercialización. El dólar es, en realidad, el petrodólar. O quizás sea más acertado decir el *petro-dólar-Pentágono,* porque está respaldado tanto por el petróleo como por la fuerza militar que hace posible su saqueo.

Frente al sistema fiduciario las monedas respaldadas por oro suponen economías más estables, menos expuestas a las burbujas y a las crisis, con posibilidades de crecimiento más contenido y sostenible; en definitiva, sistemas más equilibrados, más autónomos, menos violentos, con menos capacidad para externalizar su violencia o para sufrir la violencia externa. El oro supone para una moneda «poner los pies en la tierra», y para las relaciones entre las distintas divisas, un elemento de realidad común, como es el sentido común entre las personas. En cierto sentido, el oro es como el trabajo social abstracto del que nos habló Marx, un elemento real de vinculación social de todo el sistema, precisamente porque remite, en última instancia, a algo material, concreto, objetivo, *real.*

De ahí que la propaganda del *imperio de la ficción* censure hoy sistemáticamente toda información que permita entender cómo funciona el sistema fiduciario y el papel central que el oro y otros metales han desempeñado, a lo largo de la historia, como elementos estabilizadores. Pero no hay que mistificar el oro. También es cierto que muchas guerras y conquistas a

lo largo de la historia — y todavía hoy— perseguían apropiarse del oro ajeno, de la misma manera que las de hoy buscan apropiarse del petróleo y del gas. Y es que una vez que el oro se convierte en una forma de dinero, pasa a ser una mercancía sagrada. O en otras palabras, pasa a ser una forma de sustitución sacrificial y por lo tanto canaliza la violencia estructural. Hemos mostrado cómo la desvinculación de una moneda del oro implica la intensificación del carácter imperial de una economía, de la violencia que esta ejerce sobre otras economías, sobre otras monedas, sobre el no-imperio. En efecto, en el caso del respaldo con oro las monedas se vinculan indirectamente a través de este respaldo común, lo que dota al conjunto de mayor estabilidad, de mayor *realidad,* resistiéndose así a la ficcionalización de la economía que hoy padecemos. Al contrario, el sistema fiduciario sienta las bases para todos los excesos financieros, pues elude referencias *reales* con las que poder comparar los valores, fomenta economías *ficticias* basadas en la especulación, somete a la economía productiva a mayor presión.

Además, la divisa fiduciaria de referencia arrastra al resto de divisas que están supeditadas a ella, las obliga a entrar en la misma dinámica de ficcionalización de sus economías, si no quieren quedarse rezagadas. Todo ello en el marco de la dinámica sacrificial en la que las divisas que más confianza atraen son aquellas más *dominantes,* es decir, las que cuentan con más mecanismos de dominación. Se observa aquí el papel que la violencia desempeña en la confianza monetaria, como ocurre en el mecanismo sacrificial que está en

la base de su funcionamiento, tal como han mostrado Michel Aglietta y André Orléan. En efecto, confianza en la moneda y unanimidad de la violencia van de la mano, como el valor del dólar y la hegemonía militar del imperio atlantista. Justamente lo que hoy está en vías de desaparecer.

La impresión imparable de dinero ficticio y el inmenso endeudamiento solo pueden sostenerse en la medida en que el imperio es imperio y que no hay otras fuerzas que puedan desafiarlo, en la medida en que la divisa de referencia del imperio supone el sacrificio más *creíble,* en la medida en que esta violencia sacrificial es más eficazmente ritualizada, en la medida en que el imperio mejor fabrica su ficción. Pero el papel hegemónico del dólar está hoy retrocediendo significativamente, en la medida en que otras economías y monedas están contrarrestando cada vez más este papel —como es el caso, sobre todo, de China—, en la medida en que estas economías están incrementando el comercio entre ellas en sus propias divisas — desdo-larización—, en la medida en que están almacenando grandes cantidades de oro. Así, estamos viviendo hoy la transición desde un mundo en el que dominaba el imperio del dólar a otro en el que este se va a ver obligado a compartir su hegemonía con otras economías y otras divisas. En esta transición van a influir temas muy variados como el grado de financiarización de las economías, el control de las finanzas, los recursos y el comercio, la capacidad de influencia a nivel cultural y mediático, el nivel tecnológico, la capacidad de dominio, no solo en el plano puramente militar, sino

también en el de otras modalidades de guerra de baja intensidad, etc. En definitiva, se puede resumir todo esto diciendo que la tendencia fundamental del imperio atlantista, su punto fuerte, es el de la *ficción,* en el sentido más amplio del término; mientras que el bloque euroasiático se basa en políticas, economías y culturas más *reales.*

En efecto, el imperio atlantista controla las finanzas, sus monedas fiduciarias son *todavía* dominantes, pero sus economías están muy endeudadas; como contrapartida, China, Rusia y otros países emergentes cuentan con numerosos recursos naturales, capacidad productiva, economías menos endeudadas, reservas de oro. El imperio atlantista cuenta *todavía* con el lideraz-go científico, tecnológico, cultural y mediático. Y este liderazgo es fundamental para el dominio, afecta significativamente al modelo económico, tiene una componente bélica que, como veremos, cada vez es más difícil diferenciar de lo económico. Nos referimos a todo un conjunto de fenómenos, desde el sector agroindustrial al farmacéutico, de la industria cultural a la del espectáculo, que como veremos no se pueden entender sin su componente imperial, bélica, al mismo tiempo que ficticia, que son los vehículos de la dominación del imperio de la ficción. En otras palabras, siguiendo nuestro planteamiento inicial, el dominio capitalista incorpora una dimensión, al mismo tiempo destructiva y ficticia, particularmente a través de los caballos de Troya de la ciencia, la tecnología, la cultura o el entretenimiento. Esta dominación a través de la ficción es de lo que vamos a ocuparnos con más detalle en este trabajo.

Dada esta asimetría entre un imperio atlantista *más ficticio* y nuevas potencias emergentes *más reales,* dado el hecho de que el primero es el que está perdiendo peso con respecto a las segundas, dado el mayor dominio por parte del primero de toda una variedad de técnicas de dominación muy sofisticadas, parece lógico pensar que esta transición no se produzca de manera pacífica, sino precisamente haciendo uso de estas técnicas imperiales bélicas, en el sentido más amplio del término. Estamos hablando tanto de guerras convencionales como de guerras de cuarta generación o conflictos de baja intensidad. Lo que es previsible es que crisis y conflictos de distinto orden sean provocados y utilizados ficticiamente como coartadas para controlar y neutralizar a la población, en la transición hacia otro orden financiero y monetario, dado que se requerirían medidas de excepción y de control pobla-cional, en paralelo a cancelaciones de deuda, confiscaciones de fondos, reseteos monetarios, etc. En otras palabras, es muy posible que en los próximos tiempos veamos algún tipo de colapso controlado del sistema financiero y monetario, y esto se haga en el contexto de crisis o conflictos provocados de manera artificial pero presentados ante la opinión pública como naturales, como espontáneos, como provocados por *otros.*

De ahí que sea tan crucial hoy comprender cómo funciona *el imperio de la ficción,* de ahí que sea tan urgente, porque este va a ser un factor clave —adivinamos— en lo que se avecina. Todo esto puede ocurrir de distintas maneras, con mayor o menor coordinación entre unas economías y otras, con mayor o menor

control de la situación, con mayor o menor violencia. Pero de lo que no cabe duda —insistimos, lo adivinamos, ni lo deseamos ni contribuimos a ello— es de que podría ocurrir en un futuro próximo, y que en estos eventos va a jugar un papel central *el imperio de la ficción.* Dicho de una manera simple: lo previsible es que la farsa del 11S no sea más que un aperitivo comparada con lo que el imperio debe de estar probablemente planeando en estos momentos.

Pero mientras la transición a un nuevo orden monetario —posiblemente multipolar— se produce, el imperio atlantista sigue imponiendo su dominio en gran parte del orbe. Hemos mostrado cómo el control de los recursos energéticos y su comercialización son elementos integrales del sistema monetario del petro-dólar. En consecuencia, todos los Estados que ponen en cuestión esta dictadura de facto, terminan padeciendo la violencia imperial, de una manera u otra. Así, al margen de las farsas que los aparatos de inteligencia y los medios de propaganda escenifican, a menudo con la complicidad de grandes ONGs, lo cierto es que en todos los conflictos de las últimas décadas las cuestiones centrales eran el control de los recursos, las divisas que los comercializan y las rivalidades interimperiales.

El sistema de la deuda va de la mano del sistema fiduciario. En última instancia remiten a lo mismo: hacer posible economías *más ficticias* a través de la coacción de economías *más reales.* Esto es lo que está en el tras-fondo de la relación comercial y financiera entre Estados Unidos y China: los americanos compran los productos chinos siempre y cuando los chinos compren

la deuda americana, aunque saben que esta cada vez vale menos. El tema de la deuda muestra con mucha claridad hasta que punto los intercambios económicos funcionan de hecho como una apariencia, como una máscara de las coacciones que les subyacen. ¿Cómo es posible que la deuda sea utilizada como un mecanismo de dominio, si los acreedores están de hecho más endeudados que los deudores? La respuesta es la misma que la que venimos proponiendo desde el principio: porque los mecanismos económicos, da igual que sean *en positivo* que *en negativo,* en forma de excedentes o de déficits, vienen acompañados siempre de la correspondiente coacción. Esto es lo que el teórico —no el político— Yanis Varoufakis nos ha mostrado con respecto al dominio de Estados Unidos sobre sus aliados. Por eso el valor exacto de la deuda no tiene importancia, por eso la deuda se puede, por sistema, renegociar. Porque el cometido de la deuda es en definitiva reproducir y acrecentar las relaciones de poder, sus asimetrías. Asimetrías de poder que, como venimos diciendo, son consustanciales al régimen capitalista y a su imperio. El imperio consiste precisamente en provocar estos desequilibrios de manera sostenida, de manera que reine una cierta paz y estabilidad, de manera que se cree una apariencia de equilibrio. La paradoja es que el equilibro consiste en reproducir un desequilibrio, en reproducir y en lo posible incrementar la transferencia de riqueza desde uno de los polos hacia el otro.

En suma, hoy moneda y deuda son prácticamente lo mismo. Si el imperio se puede endeudar, si encuentra acreedores dispuestos — u obligados— a comprar

su deuda, es porque el imperio es *el* imperio, y, al menos por el momento, domina. Porque puede respaldar su moneda y su deuda con la violencia de su ejército, con la sofisticación de sus métodos de desestabilización, con la capacidad de su inteligencia para provocar golpes de Estado encubiertos, porque puede imprimir dinero ficticio para poner a sus órdenes ejércitos proxy de todo tipo y condición, porque cuenta con la tecnología capaz de catalizar pandemias, manipular el clima o provocar terremotos.
Más adelante nos ocuparemos de la agenda globa-lista. Pero podemos adelantar que el dinero es uno de los muchos caballos de Troya a través de los cuales esta se está imponiendo. En efecto, controlar el dinero es controlarlo todo en el régimen capitalista. Cuando el imperio del capital esté tan consolidado que todo lo que exista se reduzca a mercancías, entonces controlar el dinero significará definitivamente controlarlo todo. Así, controlar el dinero de una persona, física o jurídica, equivaldrá en la práctica a someterla o neutralizarla si es necesario. Esto es lo que se esconde en el proceso que hoy estamos atravesando de desaparición del dinero en metálico y su sustitución por el dinero electrónico. Detrás de los rubios y sonrientes daneses pagando con sus *smartphones* lo que se esconde es el *smart-totalitarismo* global. Se trata en efecto del estado policial disfrazado de control monetario, de la misma manera que, como veremos, otros tantos caballos de Troya del Nuevo Orden Mundial se presentan con los disfraces de la ciencia, la tecnología, la medicina, el humanitarismo o la ecología.

Geopolítica del imperio

Hasta ahora hemos hablado de dominio y de convivencia-libre, de imperio y de no-imperio, en términos conceptuales, tomando como base la tradición marxista pero extendiéndola hasta abarcar aspectos no estrictamente económicos como son la vida, la libertad, la violencia, todo ello en el marco del mecanismo sacrificial. Insistimos, todo esto está implícito en cualquier intercambio económico; la equivalencia de valores de cambio no es más que la *forma* en que estos otros aspectos que rigen las relaciones humanas se enmascaran. De ahí que Marx deba ser interpretado, como han señalado Fredric Jameson o Alexander Kluge, en términos de representación.
Nuestra conceptualización nos ofrece un marco de interpretación de la realidad muy operativo, pues nos permite comprender muchos de los fenómenos que se presentan en el régimen capitalista a la luz de la dinámica bipolar de la que hemos hablado. Toca ahora tratar de identificar estos elementos conceptuales, estas tensiones entre polos, en nuestro mundo real. Como hemos dicho, en sentido estricto las nociones de dominio y convivencia-libre, de imperio y no-imperio, no

son lugares, Estados, organismos, grupos, personas. Pero al mismo tiempo conviene identificar hasta qué punto estos polos se concentran mayormente en unos lugares u otros, en unos Estados u otros, en determinados grupos o instituciones o en otras. Sin perder de vista que al referir nuestras nociones conceptuales a entes concretos estamos haciendo una generalización.

De manera que si queremos ser rigurosos pero al mismo tiempo no perdernos en el éter de la teoría estemos obligados a *saltar* permanentemente entre uno y otro registro, entre el concepto y la realidad. En todo caso nuestra intención principal no es llegar a identificar determinados fenómenos con determinados agentes o aparatos de Estado o Estados que los producen. Para eso existen periodistas de investigación que se ocupan específicamente de esta labor. Nuestra intención es, por el contrario, esclarecer de manera genérica ciertos fenómenos, tratar de comprender hasta qué punto estos responden a la lógica del imperio, y por lo tanto pueden ser utilizados por unos u otros agentes en distintos lugares o momentos. Saltando permanentemente entre la teoría y la realidad podemos entender el imperio hoy y al mismo tiempo establecer un marco teórico que pueda ser utilizado de manera más genérica.

El hecho de que los mismos fenómenos puedan ser observados en distintos lugares y a distintas escalas es de una gran importancia pues nos permite establecer alianzas estratégicas. Alianzas que solo son provisionales en la medida en que una tendencia no-imperial puede convertirse en imperial, pero que en

todo caso son operativas. Por ejemplo, reconociendo el valor que el contrapeso de China o Rusia pueden tener frente al imperio atlantista, sin que eso impida que estas potencias, a su vez, desplieguen políticas imperiales en otros ámbitos y hagan uso de los dispositivos de dominio imperiales que analizamos. Identificar estas situaciones comunes nos puede permitir, por ejemplo, establecer alianzas *internacionales* para hacer frente al *globalismo.* Pero además, no perder de vista que el imperio y el no-imperio lo atraviesan todo, a todos los niveles, nos permitirá entender al mismo tiempo fenómenos de orden global, nacional, local, comunitario o individual, y valorar hasta qué punto se puede trabajar a uno u otro nivel, con una cierta coherencia, sin que los medios estén en contradicción con los fines.

Concretando, hoy se puede reconocer en el mundo la supremacía del imperio atlantista, liderado por Estados Unidos e integrado por Europa, Japón, y otros países aliados como Canadá, Australia, Israel, Arabia Saudí, etc. Junto a este imperio, existen una serie de potencias emergentes, agrupadas bajo el acró-nimo BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica) así como otros Estados afines como Irán y Venezuela, que, aunque en general son muy dependientes del imperio atlantista, están ganando progresivamente independencia y contribuyendo a formar lo que podría ser un mundo multipolar. Es, sobre todo, el caso de China y de Rusia. Insistimos, en general estos Estados pueden ser identificados como el no-imperio en lo que se refiere a su papel como contrapesos del

imperio atlantista, pero estos Estados mantienen a su vez relaciones imperiales con respecto a sus zonas de influencia.

Por definición el capitalismo es un régimen que se ha convertido en dominante frente a otras formas de relación y de organización sociales. Hablar de régimen capitalista implica asumir que este es el que domina otros órdenes sociales, y en concreto, el orden político, el religioso y el moral. El capitalismo supone la sumisión de la política, la religión y la moral, que tienden a pasar a operar como meras fachadas vacías de contenido, como fenómenos colaterales que el régimen capitalista tiende a poner a su servicio, por activa o por pasiva. O en todo caso como fenómenos minoritarios. Al mismo tiempo, el régimen capitalista incorpora de alguna manera estas dimensiones en su propia lógica, sin dejar de servirse de las antiguas formas como máscaras que

esconden el verdadero rostro del capital. Así, tanto la política, como la religión y la moral funcionan hoy, sobre todo, como máscaras del imperio. Hay que leerlas siempre en conjunción con el resto de fenómenos si se quiere entender cómo contribuyen al dominio imperial, a la manera del «poli bueno» y el «poli malo». Entender, por ejemplo, la complicidad que puede existir entre el Vaticano y la agenda del Nuevo Orden Mundial.

Esta dimensión enmascaradora se observa en el caso de los Estados-nación, cada vez más sometidos a las dinámicas capitalistas e imperiales, hasta el punto de que hoy están en proceso de desaparición. La lógica implícita del capitalismo es colonialista, imperialista.

62

De hecho, como se sabe, la acumulación primitiva colonial jugó un papel fundamental en los orígenes del capitalismo. La lógica inmanente del capitalismo es la del crecimiento y la conquista imparable de todo lo que todavía no ha incorporado a su sistema. Como hemos mostrado, su lógica interna es la de la transformación de la convivencia-libre en dominio capitalista, y este proceso, destructivo y constructivo al mismo tiempo, genera más problemas de los que resuelve, produce inevitablemente daños colaterales, acentúa la asimetría sistémica, etc. De manera que el imperio solo puede ***sostenerse*** y salvar las apariencias a través de una dinámica imparable e ***insostenible*** de crecimiento y de conquista imperial, de huida insana hacia delante.

Como fase actual de esta dinámica de destrucción y construcción, lo que hoy estamos presenciando es, a través de numerosos mecanismos, la desintegración de los Estados-nación y su reintegración en el orden neoliberal global, que tiene como objetivo final, relativamente encubierto, la instauración de un Nuevo Orden Mundial totalitario. Desde la caída del comunismo, parecía que este proyecto globalizador del imperio atlantista era imparable y que ninguna fuerza era capaz de oponerse a él. Pero en los últimos años hemos visto resurgir afortunadamente distintas iniciativas a distintos niveles que se resisten a esta dominación global. Tanto de Estados en su conjunto o asociaciones de Estados como de grandes sectores de la población, tanto en los países centrales como periféricos. En paralelo a esta oposición a la dominación atlantista se está produciendo, como hemos adelantado, la desdolarización

de China, Rusia y otros países de su entorno, y la creación de diversos organismos internacionales alternativos a los existentes —controlados mayoritariamente por el imperio atlantista—, como es el caso del Banco Asiático de Inversiones en Infraestructura (fundado en octubre de 2014).

De manera que estamos atravesando una época de inflexión histórica en la que los equilibrios globales se están redefiniendo, lo que explica la situación de crisis e incertidumbre generalizadas y los reacomodos en la geopolítica global. Al mismo tiempo grandes sectores de la población que han ido siendo cada vez más marginados, en distintos grados, por las políticas neoliberales globales de las últimas décadas, se sienten cada vez menos identificados con las políticas imperiales, son cada vez más víctimas de estas, pasan a engrosar las filas de la resistencia, de una forma u otra. El reto en este momento es comprender lo que unos fenómenos y otros, en distintos lugares y a distintas escalas, tienen en común; en qué medida estas fuerzas pueden identificarse como un no-imperio y aliarse para resistir al imperio. Este trabajo pretende ser una contribución a esta visión transversal, comprensiva, integradora, resistente. Insistimos, internacionalista pero no globalista.

Esta coyuntura global permite entender muchas de las crisis y de los conflictos que estamos atravesando hoy. Las guerras en Oriente Próximo se inscriben en esta lógica interimperialista en la que las monarquías del Golfo e Israel son aliados del imperio atlantista, mientras Irán y sus áreas de influencia, se orientan

34

hacia China y Rusia. El reciente acuerdo con Irán (julio de 2015) es parte de esta inflexión planetaria en la que estamos inmersos. Al mismo tiempo los conflictos que rodean a Rusia, desde Afganistán hasta Ucrania, responden al interés del imperio atlantista por aislarla, y en particular de Estados Unidos por evitar una mayor vinculación entre Europa y el gigante eu-roasiático. De la misma manera en diversos puntos del globo el imperio atlantista persigue la contención de China.

En todas estas áreas de conflicto o desestabilización está jugando un papel fundamental el factor social, la existencia de sectores de la población descontentos. Pues estas situaciones locales reales son, como veremos, la base en la que las dinámicas ficticias del imperio se inscriben. Si a esto le unimos la enorme capacidad que tiene ***todavía*** el imperio atlantista para crear dinero, la sofisticación de sus métodos para infiltrarse en otros Estados —a través de los medios de comunicación, las redes sociales, fundaciones y ONGs, apoyo a grupos insurgentes y terroristas, la catalización de catástrofes «naturales», etc. — , tenemos ya algunos de los ingredientes necesarios para comprender en qué sentido ***el imperio de la ficción-actúa hoy sobre la realidad.*** De nuevo, lo que estamos intentando hacer con nuestro marco teórico es comprender la aparente complejidad y variedad de los fenómenos que hoy se están produciendo. Todos estos conflictos, crisis, desestabilizaciones, revueltas, catástrofes, etc., son lo que se ha dado en llamar ***conflictos de baja intensidad*** o ***guerras de cuarta generación.*** Y

65

es que hoy nada es lo que parece. Aunque muchos no se hayan dado cuenta, estamos ya en plena tercera guerra mundial, que al mismo tiempo es una guerra civil planetaria de las élites capitalistas contra todos. La clave es entender que todos estos fenómenos de diverso tipo, que no parecen guerras como lo eran las guerras tradicionales, también lo son. Esto es lo que el imperio de la ficción no quiere que entendamos, y mucho menos que luchemos en su contra en esta guerra total capitalista.

La ***verdadera*** política se ejerce hoy cada vez menos en los parlamentos o en los gobiernos y cada vez más a través de los mecanismos de dominación del capital imperial, que no conocen fronteras dentro del imperio, y que se acompañan sistemáticamente de la coacción. Las verdaderas fronteras no son las que aparecen en los mapas sino las que se resisten a las dinámicas imperiales. Las fronteras del capital no son líneas delineadas en un mapa sino áreas de influencia, de presión, de infiltración, de desestabilización. Allí donde vemos problemas, protestas, insurgencias, es donde están las fronteras del capital. Probablemente nunca en la historia el poder ha sido tan fluido, tan etéreo, tan metamórficb. Fluye como los espíritus de los dioses antiguos, allí donde las religiones no se habían apenas institucionalizado, para encarnarse aquí o allá según las circunstancias, en fenómenos tan variados como una crisis de deuda soberana, el colapso de una divisa, una revolución de color, una sequía o un temblor de tierra. Donde el capital no encuentra salida en actividades productivas —constructivas — , lo hace en actividades destructivas, que como hemos mostrado

responden a la lógica implícita de la conquista capitalista. Toda construcción requiere un mínimo de destrucción, lo que significa que las grandes catástrofes y guerras son poderosas fuentes de movilización de capital y de obtención de beneficio, tanto en sus fases destructivas como constructivas.

Entre el imperio y no-imperio no se pueden establecer líneas de demarcación claras. Incluso en Estados que se oponen en mayor grado a la dominación atlantista (Rusia, China, Irán, Venezuela) el imperio se infiltra de una manera u otra a través de quintas columnas, apoyo a opositores, fundaciones y ONGs, oligarcas, campañas mediáticas, revoluciones de colores, grupos insurgentes, terroristas, atentados. Estas técnicas de desestabilización han adquirido hoy una gran sofisticación. Combinan la acción encubierta de las agencias de inteligencia, la manipulación de masas, su participación consciente o inconsciente, la manipulación del clima, un poderoso aparato de propaganda que las enmascara y legitima, etc. Este es el verdadero terreno de la geopolítica hoy, pero también de la política, pues el imperio utiliza estas armas tanto contra naciones enemigas como contra su propia población. En rigor esta distinción ya no tiene sentido. Es una máscara más.

Así, hoy solo se puede hablar de política, en el sentido clásico del término, allí donde se oponen resistencias significativas a la no-política imperial: en la Venezuela de Hugo Chávez o Nicolás Maduro, en la Libia de Muamar el Gadafi, en la Siria de Bashar al-Asad. En otras palabras, el imperio del capital no

puede permitir que exista la verdadera política en el sentido tradicional, sino tan solo su ficción, ***el teatro de la política.*** Allí donde hay verdadera política la combate. Lo mismo podríamos decir del Estado de derecho, de la democracia.

Las democracias europeas de posguerra no son la regla sino la excepción. En ellas tampoco ha existido la predominancia del Estado de derecho sobre el dominio del capital. Solo que la coyuntura hizo necesario que el capital cediese ante el Estado del bienestar y la socialdemocracia. Pero solo porque las élites imperiales y locales comprendieron la importancia del control de Europa y la amenaza que suponía el ejemplo comunista. Además se dio la circunstancia de que era necesario reconstruir estos países después de la Segunda Guerra Mundial, y de que Estados Unidos contaba con excedentes para propiciar este ***milagro.*** Europa es clave en la dominación global, como estamos viendo hoy, y el capital atlantista comprendió que tenía que ceder en derechos sociales si no quería que estas naciones se vinculasen a la Unión Soviética. En suma, los llamados Estados del bienestar europeos fueron más la ***excepción*** que la ***regla.*** Fueron una ficción en el sentido en que eran el producto de un elemento externo al régimen capitalista, pero que a un tiempo servía para legitimar el régimen capitalista imperial. Sirvieron para reforzar el mito de que era posible, al mismo tiempo, el capitalismo y el Estado de derecho. Pero esa farsa ya terminó.

Las ayudas estadounidenses a la recuperación de Europa Occidental devolvieron en parte a estas naciones

a la posición de dominio capitalista colonial, aunque fuese sometidas a la hegemonía de Estados Unidos. En este contexto también hay que entender la ficción de los Estados de derecho occidentales, que eran en el fondo situaciones de privilegio capitalista y colonial obtenidas a través del dominio en las periferias. Se trata otra vez de una forma de ficción, o de hipocresía, o como se lo quiera llamar, pues no pueden permitirse ser Estados de derecho más que en la medida en que ejercen la dominación capitalista colonial, en la medida en que al capital le interesa legitimarse «vendiendo» esta ficción. La paradoja es que la violencia imperial es lo que verdaderamente legitima, pero de manera encubierta, sublimada, reprimida, simbólica, al Estado de derecho, actuando las teorías de la soberanía del Estado como máscaras de la doble moral imperante.

Es cierto que los Estados han jugado y juegan todavía hoy un papel importante como mecanismos de intervención en las dinámicas capitalistas, como herramientas de contención, control, canalización, etc., de los flujos de capital. Siguen desempeñando una función crucial para el funcionamiento del sistema capitalista global. Pero se trata de un papel auxiliar, secundario, transitorio, supeditado en todo momento al capital global. En este sentido hay que entender la noción de representación política. Lo que verdaderamente ***representan*** los Estados hoy, lo que verdaderamente ***enmascaran,*** no es al pueblo soberano, sino a las fuerzas del capital. La representación hay que entenderla en el sentido más teatral del término, como baile de máscaras. La ***verdadera*** representación

política en el imperio es la del capital, es la ficción del capital. Muchos de los fenómenos hoy no son otra cosa que máscaras del capital, en un baile de disfraces ininterrumpido, pero que también tiene momentos de especial intensidad, como vamos a mostrar. Hay que leer la realidad política y económica como un gran teatro, como un gran carnaval, en ocasiones como un macabro ritual sacrificial.

En efecto, el capital gobierna con su propia representación, con su propio teatro. La política tradicional, el Estado de derecho, la democracia, la legitimidad, etc., son solo algunos de los personajes de la función. Los cambios importantes a nivel político o legislativo no ocurren porque haya una mayoría democrática que lo decida o porque dichos cambios beneficien a la mayoría, sino porque una minoría de interesados tiene suficiente poder para manipular a la opinión pública, o bien para llevar a cabo dichos cambios de manera irregular, encubierta, sin que se perciba demasiado.

De manera que la política tradicional se ha convertido en un puro teatro. Los gobiernos de turno de los regímenes bipartidistas de turno legislan a golpe de decreto, coaccionados, sobornados o amenazados por el capital, que necesita medidas rápidas que no pueden esperar a que las leyes sean debatidas en los parlamentos, y que cuenta con armas de destrucción masiva financieras o monetarias o crediticias suficientemente poderosas para que ningún poder político se atreva a desobedecer sus dictados. En el corazón del imperio, el bipartidismo es una farsa tan grotesca que está dando paso a la bimonarquía hereditaria, como

ocurre con los Bush y los Clinton, tal como Adrián Salbuchi ha comentado irónicamente.

En los ***parlamentos*** del imperio los políticos ya no ***hablan*** entre sí sino que posan ante las cámaras y calculan el formato de sus falacias de acuerdo con los códigos mediáticos. Regularmente se organizan en-frentamientos dialécticos ***ficticios*** entre los partidos del régimen para que la farsa de la política siga siendo creíble por los ciudadanos, al mismo tiempo que se silencian o manipulan las posiciones de grupos políticos marginales que podrían introducir algo de ***verdad*** en el debate. Por eso no es extraño que el patrón cada vez más habitual de las marionetas políticas de nuestro tiempo sean los personajes mediáticos, con buena apariencia, metrosexuales, con trajes y corbatas de autor. «Así sucede con la estetización de la política que propugna el fascismo» (Walter Benjamín). Las decisiones más relevantes que hoy se toman en los parlamentos o en los gobiernos, se han decidido previamente a puerta cerrada, como es el caso de los tratados de libre comercio (TTP, TTIP o TISA), o la aprobación de fondos destinados al terrorismo en el parlamento estadounidense (finales de 2014). Las leyes más importantes se deciden hoy en reuniones secretas con lobistas, siendo la aprobación por los parlamentos o los gobiernos un mero trámite formal. La disciplina de voto de los partidos es otro de los engranajes que hace posible la dictadura del capital con la máscara de la democracia. Los medios de desinformación denuncian la «rebeldía» de los diputados que se resisten a estos dictados. Esta es la dictadura de hecho del capi

tal que poco a poco se está convirtiendo en dictadura de derecho.

En los Estados del imperio ya no tiene sentido hablar de separación de poderes. El único poder es el del capital que somete y ***alinea*** a los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Estos no solo no se equilibran ya entre sí, sino que ni siquiera equilibran al capital, que representaría la necesidad de compensación más importante. El teatro del Estado de derecho tiene tres personajes principales: el personaje del gobernante, el personaje del diputado y el personaje del juez, que representan una comedia insulsa porque apenas existe conflicto entre ellos, al margen de las luchas de poder de las élites locales y los cambios de cromos entre partidos mayoritarios. Pero tampoco hay equilibrio hoy del cuarto poder. El poder de los medios es justamente el que pone en escena la ficción de los tres poderes clásicos. El teatro mismo del Estado se escenifica sobre todo en los medios, de manera que el cuarto poder contribuye de manera significativa a vaciar de contenido a estos y a presentar esta farsa como una realidad. Los parlamentarios le hablan más a las cámaras que a sus colegas; los jueces saben que los juicios más importantes se desarrollan ***antes*** en los medios que en los juzgados; los gobernantes decretan con la urgencia que requieren los mercados. De manera que en la práctica el cuarto poder tiene más poder que los otros tres. Para mayor falta de equilibrio de poderes —porque de lo que se trata es de que haya un desequilibrio permanente de la convivencia-libre y del dominio del capital—, tampoco existe separación

entre el poder del capital y el cuarto poder. Esta coincidencia del poder del capital y el poder de los medios es, de hecho, una manifestación más del ***imperio de la ficción.*** Capital y medios de desinformación —o como veremos, «inquisitoriales» — son dos momentos de un mismo poder.

Se suele hablar de «puertas giratorias» para referirse a la ida y venida de cargos entre el sector privado y el público. Pero hay otro tipo de puertas giratorias que son, si no tan frecuentes, sí más expresivas del papel que juega hoy la política en el imperio. Son las puertas giratorias entre la

política y el espectáculo. El verdadero poder es el del capital, pero este debe disfrazarse de poder político para adquirir legitimidad. De manera que en las puertas giratorias políticas están implícitas las puertas giratorias mediáticas, la política como teatro. Por eso es tan habitual hoy ver a personajes del espectáculo cambiar los platos cinematográficos por los platos políticos. Pero quizás las puertas giratorias más importantes hoy sean las que comunican las agencias de inteligencia y la política. George H. W. Bush, Vladimir Putin, son solo dos ejemplos insignes. Vamos a ocuparnos de este tema más adelante.

Hoy muchos se sorprenden de que las izquierdas y las derechas «radicales» compartan algunos puntos de sus programas y lleguen incluso a formar coaliciones de gobierno. Pero estas alianzas estratégicas no son tan «radicales» como parece, si tenemos en cuenta hasta qué punto el bipartidismo convierte la política en una farsa. Así, un signo para reconocer hasta qué punto se comprende la sumisión de la política al ré

gimen capitalista es precisamente este. Lo habitual es que los que más se escandalicen por estas alianzas entre derecha e izquierda «radicales» sean precisamente aquellos que todavía creen que los políticos deciden algo (al margen de las leyes sociales de turno). Pero lo verdaderamente radical hoy es la manera en que el sistema político ha sido secuestrado por el capital. Lo verdaderamente radical es la manera en que los medios están manipulando y censurando la información, amplificando las mentiras oficiales, contaminando toda la sociedad con la ideología competitiva, egoísta, materialista y bélica capitalista. Lo radical hoy es que una situación de dictadura encubierta y de facto del capital, siga pareciéndole a la mayoría democracia. Lo inaudito es que una situación de excepción como la que vivimos pueda seguir pareciendo normal. El lavado de cerebro de la población es estremecedor.

La misma farsa del libre comercio se reproduce de alguna manera en la farsa democrática. Si en el mercado la propaganda del sistema pretende hacernos creer que tenemos libertad para consumir, para elegir la mejor opción en nuestras compras, la mejor relación calidad-precio, de la misma manera nos quiere hacer creer que tenemos libertad democrática para elegir el programa

político que más nos conviene. En ambos casos la ficción que el sistema proclama es, una vez más, la de la libertad individual para decidir. Pero la única libertad es la del capital para comprar los programas y las decisiones políticas. De manera que no solo se nos miente sino que además se nos hace implícitamente responsables de todos los males; pues en

última instancia tanto la democracia como el mercado dependen —eso nos dicen— de nuestras decisiones. Se trata de un gigantesco mecanismo de inculpación, que se corresponde con la impunidad de la que disfrutan las élites criminales. La realidad es que, tanto en el ámbito democrático como en el mercantil —que en realidad son el mismo — , las ***decisiones*** están ya tomadas cuando a los ciudadanos les toca «decidir».

En efecto, las negociaciones, los acuerdos y la verdadera toma de decisiones en el imperio se rigen por la lógica de la exclusión. Hemos visto que cuanto más ***por encima*** se está —relativamente— del nivel de compensación, más opciones de negociación se tienen, de más capacidad de coacción ***se disfruta.*** Por el contrario cuanto más ***por debajo*** se está —de nuevo, relativamente— del nivel de compensación, menos opciones de decisión se tienen, mayor es el grado de coacción al que se está sometido. Pues bien, las decisiones importantes en el imperio se toman siempre por encima del nivel de compensación, entre distintos agentes que están, todos ellos, por encima de dicho nivel. Pero estas decisiones afectan también a aquellos que están por debajo del nivel y que no tienen nada que decir en la negociación porque han sido excluidos de partida de la mesa de debate. Esta es la lógica habitual en las llamadas «democracias», en las que el bipartidismo o las coaliciones de gobierno dejan literalmente fuera de la mesa de negociación a las minorías. También es la lógica, como se sabe, de las negociaciones de los tratados de «libre» comercio, a las que no tienen acceso más que algunos políticos. Esta es la lógica fundamental que rige

en el sistema hoy, sea en el ámbito político o en el económico, que ya no tiene sentido separar. La lógica que define las grandes decisiones, las grandes reuniones de las élites, en las que, al margen de sus rivalidades, todos saben ponerse de acuerdo en lo fundamental, que es lo que beneficia a todos y perjudica a los ciudadanos que no están convocados a la reunión.

Mientras que los tratados de «libre» comercio se negocian en secreto y solo tienen acceso a estas negociaciones un reducido número de parlamentarios, los falsos enfrentamientos entre el partido pro-imperialista con corbata azul y el partido pro-imperialista con corbata roja consisten precisamente en dejar fuera del debate todo lo que importa y sustituirlo por pura retórica. Y, por supuesto, no hablar de las negociaciones de los tratados de libre comercio. De la misma manera, ningún político del régimen bipartidista hablará del control de la creación de dinero por el cártel bancario, del sistema de reserva fraccionaria, de la desaparición del oro de las bóvedas de los bancos centrales, de los monopolios encubiertos, de los paraísos fiscales, de los tratos de favor a las grandes corporaciones, de la complicidad con el terrorismo y el crimen organizado, de las mafias farmacéutica y biotecnólogica, de los chips implantables, de las vacunas antifertilidad, de los ***chemtrails,*** etc. En suma, hoy la política no es otra cosa que un teatro. No es la solución a ningún problema sino parte del problema.

El imperio hoy es tan totalitario o más que los totalitarismos de otras épocas, solo que hoy el alcance es prácticamente global, los métodos son más sofisticados

y más encubiertos, y la propaganda es más eficaz para desinformar a la mayoría. En 1933 los nazis quemaron el Reichstag y acusaron de ello a los comunistas; en 2001 los nazicapitalistas que controlan el mundo derribaron las Torres Gemelas y acusaron de ello a terroristas yihadistas. El nazismo alemán tenía sus campos de concentración; el nazicapitalismo global tiene hoy multitud de cárceles secretas en las que se practica la tortura sistemática. El primero podía neutralizar cualquier amenaza al régimen mediante su policía secreta; el segundo hace lo propio con drones teledirigidos. El primero practicaba la eugenesia; el segundo la ha incorporado y enmascarado en sus virus, vacunas y organismos genéticamente modificados.

¿Pero entonces quién manda? Como dice Daniel Estulin, el mundo no lo controlan unos sabios siniestros desde alguna sala secreta alrededor de una bola de cristal. Pero algo de eso hay. El gobierno del imperio es un complejo entramado de poder, formado por organizaciones secretas y semisecretas, bancos centrales, corporaciones, ***think tanks,*** organismos internacionales, casas reales, «Estados profundos», altos cargos políticos, militares y de inteligencia, lobbies, fundaciones, centros de investigación, medios de propaganda, ONGs, etc. Entre todos estos agentes existe una cierta jerarquía, pero, cuanto más nos acercamos a la cúspide, menos existe una jerarquía formal o instituida como lo son los Estados, sino una jerarquía relativa de hecho que se corresponde con el poder real, con su situación en el entramado, con su capacidad de influenciar en el resto de agentes, con los medios con los que cuenta para ejercer tal poder, con la confianza con la que cuenta entre el resto de agentes. En la cúspide del poder se encuentran organizaciones secretas y semisecretas —de algunas no se conoce ni siquiera la existencia o el nombre—, así como organizaciones

que trascienden parcialmente a la opinión pública tales como el Club Bilderberg, la Comisión Trilátera!, el Consejo de Relaciones Exteriores y otras, que se reúnen de tanto en tanto para definir las grandes líneas de la geopolítica, la economía y las estrategias generales en las diversas materias.

Lo importante es entender que estas organizaciones secretas y semisecretas no hacen más que reflejar el poder económico y financiero real de las mayores corporaciones del imperio, y que su objetivo es conservar e incrementar este poder por todos los medios. Que el poder político está, en sus figuras más destacadas, sometido a este poder económico, financiero y monetario. Como han mostrado David Icke o Adrián Salbuchi, estas organizaciones trabajan a largo plazo, con agendas de mucha mayor duración y continuidad que las que pueden acometerse en los ciclos políticos. Así, al margen de las rivalidades que existen entre todos estos agentes, el interés común es establecer medidas comunes que los beneficien a todos, que no son otras que las del imperialismo capitalista, las del sometimiento de las naciones y los pueblos que se resisten al imperio, las de la centralización del control y el dominio, las de la extracción de riqueza desde el polo inferior del sistema hacia el superior. Por eso en el fondo no es imprescindible conocer en detalle estas organizaciones, en la medida en que sabemos que su lógica no deja de ser la del dominio imperialista capitalista, las del totalitarismo monetario, científico, tecnológico, médico, mediático, etc. Por debajo de este nivel de organizaciones secretas y semisecretas se

encuentran otras organizaciones internacionales y los aparatos de Estado, cuyos cargos principales son decididos, aceptados, controlados, comprometidos, de una manera u otra, desde este nivel superior.

Es importante subrayar la dimensión secreta de estas organizaciones. Son «ojos que todo lo ven» como el situado en la cúspide de la pirámide masónica. Como el puesto de vigilancia central del Panóptico de Jeremy Bentham, desde el que se puede ver todo sin ser visto, como nos ha mostrado Michel Foucault. Así, la política, convertida cada vez más en ingeniería social, en la que terminará transformándose a largo plazo, consiste en «construir y mantener un sistema desigual en el que unos ven sin ser vistos, y otros son vistos sin ver» ***(Gouvernerpar le Chaos: Ingénierie Sociale et Monda-lisation).*** No solo se trata de verlo ***todo,*** sino también de que ***todos*** los que están bajo su control sepan que están siendo vigilados. En efecto, las claves del gobierno del imperio son el secretismo y la omnisciencia. De ahí que el control de los aparatos de inteligencia sea fundamental, pues funcionan según esta misma lógica, sean las propias agencias de inteligencia gubernamentales o servicios paralelos. Este sistema de gobierno supone la criminalidad encubierta y la impunidad de los métodos, así como el control de los agentes más importantes de la política, la justicia, la ciencia, la cultura y los medios, a través de todos los métodos que sean necesarios, incluidos el soborno, la extorsión, la revelación de secretos, la amenaza o el asesinato.

Pero las cosas son mucho más complicadas, teniendo en cuenta que las jerarquías de poder no son estables

y las rivalidades no cesan, que los distintos servicios de inteligencia pueden trabajar de manera más o menos coordinada o competir y vigilarse entre ellos, solaparse con otros servicios paralelos, etc. Estas rivalidades se ponen de manifiesto particularmente cuando alguno de estos «ojos que todo lo ven» difunde información privada de algún dirigente, o desvela parte de operaciones encubiertas, para presionar, para demostrar lo que ***puede,*** como ***avisos para navegantes.***

Hemos visto que la base de la conquista imperial capitalista, que se está desarrollando al mismo tiempo en muchos frentes, desde la ingeniería social a los teatros de guerra, se puede reducir a la lógica de transformar la convivencia-libre en relaciones capitalistas. «Para qué molestar a nuestro primo pidiéndole que nos preste su taladradora, si es más fácil ir al centro comercial y comprar una.» Esta idea, que parece anecdótica, expresa la lógica del avance capitalista, que es en buena medida pura ideología. «Para qué molestarse en preparar un guiso casero, si es más fácil ir al McDonald's. Para qué molestarse en reunirse con los amigos, si es más fácil comprar una peli de Hollywood y verla en casa...» Que otorguemos más ***valor*** a las ficciones capitalistas que a la realidad de la convivencia-libre es el gran frente de batalla del sistema y de su propaganda. Esto es lo que han obviado los economistas: que en la misma noción de valor capitalista están contenidos elementos morales, ideológicos, subjetivos, religiosos, que es imposible eliminar a pesar de que no puedan ser cuantificados, que de hecho forman parte de la fórmula cuantitativa

83

del valor, aunque no se puedan

separar de la utilidad o el trabajo abstracto. De hecho la estrategia del régimen capitalista consiste en reducir dichos ***valores*** inconmensurables a valores de cambio. Se habla de «pérdida de valores», pero de lo que habría que hablar más bien es de la sustitución de los valores tradicionales, morales, naturales, culturales, vitales, etc., por valores de cambio.

Esta transformación de la convivencia-libre en relaciones capitalistas puede producirse de distintas formas: desde la libre elección hasta la guerra, con todas las situaciones intermedias. Cuanto más poder acumula y concentra el imperio, cuanto menor sea su penetración en el no-imperio, cuanto más crítica sea su necesidad de conquista, cuanto más desprotegida sea la situación en las áreas a conquistar, más violento tenderá a ser este proceso de conquista.

Insistimos, la convivencia-libre se caracteriza por su tendencia al equilibrio. Este debería ser el verdadero significado del término «sostenibilidad». Por el contrario el imperio se basa en el desequilibrio, en la asimetría; pues lo que persigue es la dominación de un polo sobre otro, la explotación y la extracción de riqueza desde el polo inferior hacia el polo superior del sistema. De manera que la estrategia básica del imperio es, por un lado, aprovecharse de los desequilibrios ya existentes, y por otro, intensificarlos, catalizarlos, provocarlos. En suma, fomentar las crisis. «No vivimos una crisis del capitalismo sino, al contrario, el triunfo del capitalismo de crisis» (Tiqqun-Comité Invisible). Cualquier crisis es una oportunidad para el imperio para aumentar su área de influencia.

84

Esto es lo que Naomi Klein ha denominado «capitalismo del desastre». Pero lo que esta analista no ha dicho es que la tendencia implícita en el imperialismo capitalista es no solo aprovecharse de, sino provocar estas crisis. Además —esto es lo que esta obra pretende aportar—, esta tendencia inherente a catalizar o provocar crisis responde justamente a una lógica ***áeficcionalización de la realidad,*** o si se prefiere, a ***transformar la realidad según ficciones preconcebidas.*** En otras palabras, a ***intensificar por medios artificiales crisis existentes y presentarlas en los medios de desinformación como crisis ajenas a la acción del imperio,*** sea en forma de catástrofes «naturales», pandemias de «nuevos» virus, «revoluciones» sociales, conflictos religiosos o raciales, acciones de grupos insurgentes, atentados terroristas, etc.

Tiene razón el Comité Invisible cuando dice que el poder ya no reside en las instituciones. Cada vez es menos representativo en el sentido de los viejos símbolos del poder. Y sin embargo sigue siendo representativo en el sentido en el que las crisis a través de las que opera, ***encarnan,*** aunque sea transitoriamente, el poder. El mejor ejemplo de esta forma líquida, fluida, espiritual, de poder, que se solidifica en ciertos momentos y ciertos fenómenos, es la forma de poder por antonomasia en el capitalismo: el dinero. Que como hemos mostrado es a un tiempo ***corporal*** y ***espiritual.*** De manera que no es que el poder haya renunciado a su teatralidad característica y se haya transformado en «anatomopolítica» o «biopolítica». Ciertamente una buena parte del poder opera hoy según la lógica «anatomo/biopolítica»,

como nos mostró Foucault; pero otra parte —de hecho la más importante— lo sigue haciendo según la lógica representativa, teatral, simbólica. Solo que ahora el teatro del poder ha salido a la calle. La representación del poder tradicional, la de los fastos de la corte y los palcos reales, ha dado paso a otra forma de representación más informal: los atentados terroristas, las pandemias o los desastres «naturales». La Casa Blanca ha dado paso a las Torres Gemelas «cayendo inolvidablemente» en sus múltiples representaciones.

Entre el poder foucaultiano, el que se ejerce a través de los cuerpos, de las poblaciones, de los dispositivos, de las instituciones, y este poder que sigue siendo representativo, teatral, espectacular, hay una diferencia fundamental: el primero se corresponde, a grandes rasgos, con el poder establecido, institucionalizado; mientras que el segundo es un poder que está por establecerse, que impone cambios significativos en la estructura social, política, económica.

Si la convivencia-libre tiende al equilibrio, el capitalismo de crisis aprovecha e intensifica los desequilibrios de cualquier tipo. Lo que diferencia a nuestro imperio de los de otros tiempos es que ha alcanzado una enorme capacidad, sofisticación y sutileza para catalizar dichos desequilibrios, para fomentar o provocar estas crisis, a través de métodos aparentemente no agresivos, mediante la ciencia, la tecnología, la medicina, la biología, la geoingeniería, la ingeniería social, etc. Esta transferencia a ámbitos científico-tecnológicos de la violencia imperial es una de las máscaras de las que se sirve el imperio de la ficción. Lo

que no había ocurrido nunca antes en la historia es que se pudiera influenciar tanto, y de una manera tan imperceptible, en los fenómenos naturales o reales. Evidentemente hay un enorme trabajo de investigación detrás de estas ***manos invisibles,*** grandes recursos económicos, poderosos intereses, pero todo esto queda oculto detrás de sus catastróficos efectos. Esto es lo que distingue al imperio de hoy de otros imperios. También lo que distingue —relativamente— al imperio atlantista de otros imperios emergentes: su dominio de las crisis manufacturadas como métodos de conquista.

Las crisis ficticias se basan en el método ***problem-reaction-solution.*** Se trata de crear o fomentar ***problemas*** ficticios para, aprovechando la ***reacción*** ciudadana a dichos problemas, adoptar ***soluciones*** que no habrían sido aceptadas en condiciones normales, y que es lo que se pretendía desde un principio, para lo que se monta toda la operación. El «shock» —la ***reacción —*** que el ***problema*** provoca en la ciudadanía hace posible que se adopten ***soluciones*** de excepción, que no habrían sido posibles en un Estado de derecho. De manera que este método ***problem-reaction-solution,*** o si se prefiere, la creación de crisis ficticias, pone de manifiesto hasta qué punto el imperio hoy opera según una lógica totalitaria. Quema del Reichtag = derribo de las Torres Gemelas. Sobre todo si tenemos en cuenta que estas crisis son tanto más eficaces —«chocantes»— cuanto más dramáticas, cuantas más víctimas producen. Si analizamos estas crisis y banderas falsas con perspectiva, si nos preguntamos quién se beneficia ***—cui bono, cui***

prodest*—** de ellas, no será difícil adivinar, a pesar de la compleja trama de secretismo y complicidades, a pesar de la algarabía mediática, que los que se benefician de ellas son probablemente los mismos que las provocan. Insistimos, las ***soluciones son lo primero, lo que se pretende conseguir. Para ello es necesario provocar un ***problema*** de suficiente magnitud que provoque tal ***reacción*** en el público, que permita obviar cualquier debate o cualquier reflexión serena sobre la cuestión. Que el público no solo acepte sino que demande las ***medidas de excepción*** correspondientes. En definitiva se trata de aprovechar, intensificar y dramatizar estas crisis, y aprovecharse del «shock» del público espectador para avanzar en la agenda de la conquista imperial. Todo esto pone de manifiesto, como hemos avanzado, hasta qué punto hoy lo político y lo mediático van de la mano; pero también, cómo se trata en última instancia del viejo dispositivo sacrificial utilizado en tantas religiones y ahora retomado por la religión capitalista global.

Hemos dicho que el dominio se basa en última instancia en el dispositivo sacrificial, que el capitalismo no hace más que incorporar dicho dispositivo sacrificial en los propios mecanismos del sistema. El «capitalismo del desastre» es una vuelta de tuerca más en el proceso de incorporación de lo sacrificial en los procesos económicos, científicos, tecnológicos, mediáticos, etc. Esta lógica sacrificial nos permite entender lo que muchos de estos fenómenos aparentemente inconexos tienen en común, cómo en todos ellos opera la misma dinámica sacrificial: la transferencia de culpas,

catarsis social, la identificación ficticia de culpables e inocentes, de «buenos» y «malos», etc. La lógica sacrificial es en el fondo la misma de siempre. Solo que ahora se hace más sofisticada, más permanente, más compleja, más oculta o inconsciente. Ahora estas crisis se producen con más frecuencia, en distintos ámbitos, a distintas escalas, solapándose unas con otras, inscribiéndose en una lógica de continuidad de distintos eventos, que van resonando unos con otros, que van reforzando los mitos oficiales. Las dinámicas sacrificiales tradicionales también se basaban en la repetición, en la jerarquía, en rememoraciones y reactualizaciones permanentes. De manera similar, las crisis hoy no se dan de manera independiente, sino que todas ellas se inscriben en una dinámica única, según una agenda común que se va implantando progresivamente, con ciertas variaciones. Así, no es casualidad que entre unas crisis y otras se puedan observar patrones comunes que sugieren, no solo que existen ***manos invisibles*** que las orquestan, sino además que no son más que variaciones de un mismo ***guión*** más o menos preestablecido. Aquí y allá las mismas caricaturas de Mahoma, la misma defensa de la libertad de expresión, las mismas víctimas judías, los mismos terroristas ya fichados por la policía, las mismas destrucciones de pruebas...

De lo que se trata en definitiva es de que la violencia de un evento y la de otro sean percibidas como la misma violencia, que esta siga actuando de manera implícita como amenaza entre uno y otro, en el ínterin. En efecto la amenaza es crucial parta entender cómo

funcionan estas crisis. Lo que comparten todas ellas es que deben ser percibidas, no solo como violencia en acto, sino también en potencia, como amenazas. Por otro lado es habitual que estas crisis sean cada vez más de orden «global». «Esto o aquello supone una amenaza global», repiten como cacatúas las marionetas políticas y los desinformadores de turno. Para que hagan posible, según el método ***problem-reaction-solution,*** la adopción de «soluciones globales». Los medios de propaganda ponen particular énfasis en la vinculación entre unas crisis y otras, nos recuerdan antecedentes y casos similares, insisten en que los mismos virus o los mismos

terroristas o los mismos accidentes aéreos concurrieron en crisis anteriores, reforzando así con
nuevas mentiras oficiales las viejas mentiras oficiales, que terminan convirtiéndose en «verdades», como proclamaba el viejo Goebbels, a fuerza de repetición, desinformación y censura. Suceden también a menudo acontecimientos aparentemente intrascendentes —como el impacto de un dron en los jardines de la Casa Blanca (enero de 2015)—, que funcionan según la misma lógica de la amenaza latente, y que pueden ser convenientemente presentados en un futuro como «pruebas pre-constituidas», que refuerzan el conjunto del guión, que dan un aire de autenticidad a toda la ficción. Que sirven también como aviso a navegantes que los más poderosos destinan a los menos poderosos, o simplemente unos poderosos envían a otros poderosos... Después de todo la única regla es que nada es lo que parece.
Que todas las crisis no son más que fragmentos, variaciones, desarrollos, de una misma crisis global, que

todas las crisis forman parte de la misma estrategia, parece evidente en aquellos casos en que
distintas técnicas de crisis se utilizan de manera combinada. Según diversos analistas, en el 11S (septiembre de 2001) se utilizaron de manera simultánea el control remoto de aviones (los que impactaron en las Torres Gemelas), las armas nucleares de baja intensidad (demolición de las torres), las armas biológicas (ántrax), la geoingeniería (huracanes para absorber la radiación y desplazarla hacia el Atlántico), etc. El uso combinado de distintas técnicas de crisis también es una poderosa arma de paranoidización de la sociedad, reforzando y multiplicando su efecto amenazante. Piénsese simplemente en el efecto que provoca difundir que grupos terroristas «incontrolados» pueden hacer uso de armas nucleares o biológicas. Esta combinación de distintas técnicas de crisis, junto a su modulación, permite adaptar su nivel de impacto a las circunstancias y a los ***targets*** específicos. Lo que es importante entender es que la violencia y su amenaza, las acciones concretas y los eventos «evitados» actúan de manera combinada y coordinada. Esta es otra de las razones por las que tiene sentido hablar de ***imperio de la ficción:*** es tan efectivo lo que ocurre como lo que podría ocurrir, lo que se evita como lo que se imagina.
Violencia y amenaza como las dos caras de la misma moneda del poder.
De manera que las crisis ficticias no son en el fondo tan difíciles de reconocer. Todo aquel que dedica algún tiempo al tema termina identificando patrones comunes, guiones similares, estrategias afines, que permiten

sospechar que se trata de ***otro episodio de la misma ficción en curso.*** Así, los mismos fenómenos hollywoo-denses se vuelven a dar una y otra vez, los mismos pasaportes intactos de terroristas vuelven a aparecen en el lugar del crimen, milagrosamente recuperados entre las ruinas de las Torres Gemelas u «olvidados» por los terroristas en el lugar del crimen de Charlie Hebdo (enero de 2015). Es habitual que haya flecos sueltos, que se cometan errores, que haya incoherencias, que la información más relevante no trascienda a la opinión pública, que las pruebas más concluyentes desaparezcan, que testigos privilegiados o supuestos autores sean

asesinados antes de que puedan hablar, que intelectuales que defienden versiones alternativas desaparezcan o mueran en extrañas circunstancias... Incluso la falsa bandera más importante de las últimas décadas —el US —, tiene meteduras de pata tan mayúsculas como que la Torre 7 se derrumbe sin que ningún avión la haya impactado, o que la BBC informe de este colapso mientras la torre se puede ver en pie en pantalla. Sobre todo esto, los medios controlados por el capital callan.

Esto nos lleva a uno de los aspectos importantes de estas crisis ficticias. Estas no necesitan la «conformidad» del 100% de la opinión pública. Es suficiente con que la mayoría ***crea*** en las versiones oficiales, lo que se puede conseguir mediante el control de los medios principales, que no tienen nada más que hacer que difundir y repetir sin salirse del guión lo que los aparatos de inteligencia y militares, las embajadas o los medios de referencia del imperio les proporcionan. El sistema

puede tolerar un cierto grado de «disconformidad», e incluso, como ha mostrado Michel Chossudovsky, la puede fomentar, en los casos en que la diversidad de posiciones pueda intensificar el conflicto social o servir como coartada para la represión. En efecto hoy estamos viendo cómo el imperio está tratando de vincular el terrorismo con aquellas posiciones que desvelan estos montajes, de manera que las mismas medidas de excepción que supuestamente sirven para luchar contra el terrorismo puedan ser utilizadas contra intelectuales, analistas o periodistas que denuncian la farsa, y en general contra la disidencia.

Esta cuestión de la «conformidad» —el hecho de que la manipulación de la opinión pública no necesita ser total para ser eficaz—, es en el fondo la misma lógica que rige la dictadura capitalista ***de hecho*** que hoy padecemos. En efecto, la dictadura de los mercados no necesita ser ***de derecho*** para ser efectiva, en la medida en que siga avanzando ***de hecho.*** Esta es una sutileza que se le escapa hoy a la mayoría y que es central para comprender el imperio de la ficción. Paso a paso se va imponiendo, sin que apenas se note. Es lo que David Icke denomina ***«the totalitarian tiptoe»*** («el avance de puntillas totalitario»). Como ha mostrado Thierry Meyssan la dictadura más eficaz es aquella que no necesita ser declarada, el golpe de Estado más efectivo es aquel que solo es conocido por unos pocos. El 11S es el mejor ejemplo. Aquí vemos otra vez el verdadero poder que tiene hoy la ficción, pues se puede llegar a escenificar la democracia mientras el totalitarismo actúa con toda su eficacia. No importa tanto que las

mentiras oficiales sean o no verdades, lo que importa es que la mayoría las ***crea,*** y que los no creyentes, los ***herejes,*** sean tachados de locos, ***demonizados*** o neutralizados.
Más adelante vamos a ocuparnos del papel central que la guerra desempeña en el imperio. Pero conviene ahora adelantar que estas crisis responden a la misma lógica bélica, a la de la necesidad de todo orden basado en la dominación de designar y fabricar un enemigo público. El ***Informe de Iron Mountain*** mostró que el sistema de guerra es un mecanismo fundamental en

nuestras sociedades, que cumple una función estructural imprescindible en la medida en que la
sociedad siga estando organizada según la lógica de la dominación, es decir, del control social a
través de la violencia y su amenaza. Las crisis no son más que formas derivadas de las guerras tradicionales, agresiones ***por otros medios.*** Las guerras psicológicas y las guerras convencionales no son más que un mismo fenómeno; solo las distingue la intensidad. En efecto, como hemos mostrado, la violencia real y su amenaza no son más que dos polos de una misma lógica, que es la de la representación sacrificial. En este sentido hay que entender que la eficacia que tienen las crisis para el imperio reside precisamente en la dimensión simbólica, y que tiene mucha más influencia sobre la realidad de lo que se suele creer. Lo simbólico tiene mucho más que ver con la violencia y el poder que con el arte y la estética.
Todo esto se inscribe en la lógica de la globaliza-ción y la interrelación de las economías a nivel global. Como ha mostrado Claudio Katz, los conflictos

interimperialistas más marcados que se dieron en el pasado son más difíciles hoy en el contexto
de la glo-balización. Además, las guerras formales, declaradas, pueden ser demasiado
devastadoras, tener consecuencias incontrolables, debido al uso de armas de destrucción masiva. De ahí que el imperio recurra sistemáticamente a todo un repertorio de técnicas de agresión más «blandas», como son los conflictos de baja intensidad o las guerras de cuarta generación, que desempeñan un papel similar al de las guerras clásicas, que cumplen parecidos roles geopolíticos, económicos, sociales, morales, simbólicos, pero ***por otros medios.***
Insistimos en la lógica del desequilibrio que está en la base de las crisis. Como hemos dicho, lo que distingue al imperio atlantista de otros imperios es el uso específico de su ***inteligencia*** de cara a desatar dichas crisis, a intensificar o provocar dichos desequilibrios. El imperio sabe muy bien que la violencia se puede provocar, no solo aplicando violencia, sino también por medio de mecanismos mucho más sofisticados, que no son en definitiva más que formas de violencia en potencia, latente, sublimada, pero violencia al fin y al cabo, desde las caricaturas de Mahoma a los virus de laboratorio. La violencia, como la energía, «no se crea ni se destruye, solo se transforma». Cuando el imperio necesita que la violencia se desate en algún ámbito concreto, no tiene más que ***inocular el virus*** del odio religioso o racial, canalizar fuerzas políticas y sociales opositoras de un tipo o de otro, tocar las teclas correctas en el orden correcto, de manera que «se» active el juego de la violencia recíproca (René Girard), que

«se» intensifiquen los desequilibrios, que «se» provoquen fracturas, en definitiva, que «se» creen oportunidades para la invasión del capital imperial. En efecto, el «se» de Tiqqun-Comité Invisible se corresponde a la perfección con esta dimensión impersonal, ubicua, sistémica, del imperio.
En el fondo la lógica que está detrás de las revoluciones de colores o los conflictos entre religiones, sectas o razas es la misma que la que está detrás de las manipulaciones climáticas o sísmicas. La energía está ya latente; solo hace falta liberarla, desencadenarla, de manera que pueda

servir a los intereses del imperio. La -ingeniería y la -ingeniería son dos variantes de ***la misma lógica de manipulación artificial de la realidad.*** 50 ció geo Después de todo, ¿qué mejor que servirse de una energía ya existente, latente, acumulada, esperando a ser liberada, para conseguir el máximo efecto con la menor acción, para poder hacer ***creer*** que se trata de un fenómeno completamente ajeno a la intervención imperial?
Esta estrategia de «tirar la piedra y esconder la mano», de aprovechar los fenómenos existentes y manipularlos, en definitiva, de confundir la realidad con la ficción, hace que la lógica del dominio imperial hoy no esté exenta de un cierto caos. El orden capitalista se beneficia del caos, lo fomenta, en la medida en que este le permite conseguir los máximos efectos con el mínimo esfuerzo. Desde el simple desequilibrio hasta la destrucción de aquellas áreas no sometidas al imperio, cualquier alteración de la convivencia-libre es beneficiosa. Tarde o temprano, en función de la coyuntura,

50

estas áreas desestabilizadas, convulsionadas o destruidas acaban siendo nuevas oportunidades para la conquista imperial. Pero lo que hay que enfatizar, porque pasa desapercibido a la mayoría, es que este desequilibrio o destrucción de las relaciones existentes, que hace posible la conquista capitalista, se ejerce también hoy en ámbitos aparentemente tan poco bélicos como la ciencia, la cultura, la tecnología o los medios de comunicación.
Piénsese en el caso de Libia. Con ingeniería social, revoluciones de colores, suministro de armas a grupos insurgentes, etc., se puede sembrar el caos en un país próspero y aceptablemente desarrollado. La intervención explícita del imperio solo es necesaria al final de un largo y metódico proceso de desintegración de las estructuras políticas y sociales, con una campaña de bombardeos que apenas cause bajas occidentales, convenientemente justificada previamente por los medios de desinformación. Después de esto la estrategia del caos sigue dando sus frutos como fuente de desestabilización regional. El caos genera réditos al imperio en la medida en que puede extenderse a otros escenarios de conflicto, genera miles de jóvenes parados, descontentos, marginados, que pueden ser manipulados para engrosar las listas de ejércitos proxy; hace que cientos de miles de inmigrantes se vean obligados a abandonar el país y así contribuir a la desestabilización del sur de Europa, etc. Nada es lo que parece, pero todo está relacionado. El caos por sí mismo, incluso cuando no va seguido de la reconstrucción, es beneficioso para el imperio. Es mucho más fácil provocar el caos que

crear un nuevo orden. Así, el imperio hoy es especialista en provocar el caos por todos los medios posibles.

En este contexto hay que interpretar los procesos de balcanización que estamos viendo hoy en distintos escenarios. Se trata de esta lógica del caos, de la intervención de distintos agentes no completamente coordinados, de la instigación de conflictos raciales y religiosos, de la doctrina de la pelea de perros, del ***divide et impera.*** En definitiva, de desencadenar de manera artificial la violencia latente localmente y orientarla en el sentido en que le es útil al imperio. Como parte de este proceso el imperio instiga de manera encubierta las limpiezas étnicas y los genocidios cometidos por unas facciones contra otras, o por grupos insurgentes locales, pues en definitiva contribuyen a la lógica de la partición de los Estados poscoloniales en entidades más homogéneas culturalmente, que pueden ser más fácilmente sometidas a la dominación imperial. Al mismo tiempo que sirven para presentar ante la opinión pública una narrativa simple y efectiva de «buenos» y «malos» que justifica las intervenciones de los ejércitos imperiales.

Los planes para implantar un Nuevo Orden Mundial no son solo los de una élite poderosa que se beneficiaría enormemente de este control planetario. Lo que es importante entender es que este es un proceso implícito en los mecanismos de acumulación y concentración capitalistas. Por eso, insistimos, en el fondo no es imprescindible saber si los que ***más*** mandan son los Rothschild o los Rockefeller o los Morgan o los Bush, si son judíos asquenazíes u organizaciones masónicas. Todo esto puede contribuir a comprender la moral y la ideología de los que más mandan, pero lo decisivo es que, en última instancia, su dominio se ejerce a través de mecanismos capitalistas neoliberales globales.

La tendencia inmanente del capital es seguir destruyendo todas las estructuras que se le oponen, especialmente aquellas que más se acercan a la noción de convivencia-libre, e ir sustituyéndolas por una estructura única, centralizada y totalitaria. Pero igualmente hay que entender que, si bien en una primera fase esta estructura se podría parecer a la de los gobiernos totalitarios tradicionales, la verdadera tendencia del régimen capitalista es que sean los propios mecanismos

del sistema los que ejerzan el dominio y el control de manera implícita. En otras palabras, hacia lo que vamos es hacia un mundo en el que el dominio se ejercerá cada vez más a través del dinero, el salario, los impuestos, la deuda, la ciencia, la tecnología, la medicina, la climatología, etc. En el que los médicos hagan las veces de policías, en el que los dispositivos ***smart*** implantados en nuestros cuerpos hagan las veces de interrogatorios. «El brazo armado del poder que viene es la medicina» (Tiqqun-Comité Invisible). ***Hacia lo que vamos es hacia un mundo distópico pero real, porque en este proceso juega un papel central la acción intencionada y coordinada de la ficción y su transformación en realidad.*** El último Hollywood, el de las catástrofes y los zombis, convertido en realidad. Un mundo en el que finalmente la obligación de producir y la libertad de consumir coincidirán. Un mundo en el que el dominio será tan perfecto que no necesitará recurrir a la violencia, en el que no se distinguirán la violencia y su amenaza latente y constante. Un mundo en el que la ficción alcanzará su culmen, coincidiendo con la realidad. Una situación tan alejada de la convivencia-libre que hará que esta parezca a todos una monstruosidad.

El Nuevo Orden Mundial no solo tiende a desplegar y enmascarar los mecanismos de dominio y control en un amplio espectro de dispositivos. Además esta misma acción combinada está siendo una de las estrategias para su implantación. De ahí que, como venimos diciendo, para comprender hoy el imperio y su tendencia hacia la dictadura global sea necesaria una

visión panorámica, integradora, multidimensional. Solo esta visión global puede permitirnos entender el trasfondo de una multitud de fenómenos aparentemente parciales, locales, sectoriales. Visión ***global,*** por lo tanto, pero solo para resistir el ***globalismo.***

La tendencia inmanente del régimen capitalista es externalizar su violencia, incorporarla cada vez más en los dispositivos que lo definen, aumentar cada vez más su alcance. Al mismo tiempo que internalizarla en el sujeto, a través del consumo compulsivo, de su transformación en mercancía. Esta externalización de la violencia hace que capitalismo e imperialismo sean, en la práctica, lo mismo. Se trata de un proceso imparable que combina esta dinámica de externalización de la violencia con su enmascaramiento. Proyectar la violencia social en los propios dispositivos del sistema permite, aunque sea provisionalmente, deshacerse de ella, no reconocerla, expulsarla, en una gigantesca catarsis que lo abarca todo. Proceso de transferencia y de negación de la violencia estructural propia del sistema, en el que juega un papel fundamental la propaganda, pero que no puede producirse sin la participación de los sujetos. De ahí que la resistencia se produzca a todos los niveles, que la propaganda sea uno de los elementos de poder centrales en ***el imperio de la ficción.***

Una de las características fundamentales, por lo tanto, de los mecanismos capitalistas, es que Sirven de vehículos a la externalización de la violencia. Son la guerra ***por otros medios.*** Consiguen pacificar ciertas áreas del imperio a costa de transferir su violencia a otras áreas más frágiles, más precarias, más débiles. Es

posible que, como ha mostrado Karl Polanyi, consigan evitar en ciertos períodos guerras mundiales, pero lo hacen a costa de concentrar la intensidad de los conflictos en otras áreas que tienen menos incidencia en el funcionamiento del conjunto. Libia destrozada a sólo unos kilómetros de Europa; Yugoslavia, Ucrania... En otras palabras, lo que se va refinando cada vez más es, no tanto la desaparición de la violencia, sino su desvío, su canalización, de manera que sea fuente de beneficio. Pero solo de beneficio en el sentido más estrecho del término. Esta es la distinción fundamental entre los sacrificios tradicionales y los sacrificios capitalistas. En los

últimos falta el «gasto improductivo». Esto es lo que supo ver con lucidez Georges Bataille.

Lo que los fanáticos del «libre» mercado no nos cuentan, no es solo que en realidad se están refiriendo a un sistema de intervención que privilegia al gran capital transnacional por encima de cualquier otra cosa, sino sobre todo, que supeditar la soberanía, la política, el derecho, los medios de comunicación, etc., a los mecanismos del capital supone intensificar su papel externalizador de la violencia. Pues éstos quedan ***libres*** de toda atadura para ser vehículos exclusivos de la violencia social y para desencadenarla allí donde los beneficios del capital son mayores y más rápidos, ***libres*** para desplazarse de un lugar a otro una vez que han saqueado y esquilmado una región tras otra.

De manera que la deriva globalista conduce directamente a más y más violencia. Cuanta más globali-zación, cuanta más dependencia de recursos ajenos, cuanta más externalización de áreas de la producción,

cuanto más transporte internacional de mercancías, cuanta más pérdida de soberanía a todos los niveles, más violencia. Y además, más fragilidad, más fácil es que una crisis sistémica o una guerra mundial tenga consecuencias trágicas para la mayoría. Esto es lo que están utilizando las élites para imponer su Nuevo Orden global. El mundo está tan interrelaciona-do que cualquier modificación en cualquiera de los parámetros que interactúan a nivel global —precios de la energía, materias primas, control de las rutas de transporte, etc. — , afecta a todo el conjunto y produce ganadores y perdedores de manera implícita. Esto significa que, invirtiendo los términos, se puede conseguir afectar un ámbito del imperio actuando sobre otro. Esto es lo que encubre la agenda globalista: un mayor control global, un mayor poder de manipulación del conjunto en base al control de ciertos parámetros geoestratégicos. El mundo globalizado solo conduce a más violencia. Un país puede ser víctima de la violencia imperial por el solo hecho de estar en un área estratégica para el transporte o el acceso a la energía, por lindar con las aguas de un estrecho marítimo. Esto es lo que no nos cuentan los proselitistas de la globalización.

Pero la globalización no solo consiste en la externalización de la violencia imperial en las periferias, también convierte parte de los centros en periferias. La militarización de las policías nacionales y locales no es más que la consecuencia de esta dinámica implícita en la globalización. Es evidente que, si las élites capitalistas se interesan más por sus negocios que

por sus conciudadanos, deslocalizando la producción y condenando a sus vecinos a la marginalidad, necesitan al mismo tiempo intensificar la violencia contra sus vecinos. En este contexto hay que entender que, en la situación de crisis y de transición de los centros de poder a nivel mundial que estamos atravesando, las respuestas a las crisis son precisamente la oportunidad de implementar medidas ***excepcionales*** que contribuyan a la instauración del Nuevo Orden Mundial. En otras palabras, el caos y la violencia en las periferias de los centros no son tanto un problema para las élites más poderosas sino una oportunidad para avanzar en la dictadura global. En este sentido hay que leer los crecientes flujos de inmigración «descontrolada» que está siendo utilizada ***artificialmente*** como agente desestabilizador, así como la evidente instigación a la violencia racial y al descrédito de las policías locales que estamos observando en Estados Unidos.

Otra característica propia de la agenda globalista y de su subdivisión en diversas agendas parciales, sectoriales, progresivas, es que no existe una coincidencia total entre cada una de ellas y las distintas crisis o eventos, más o menos ficticios, que permiten su im-plementación. Así, una catástrofe «natural», una pandemia o un «accidente» aéreo pueden servir al mismo tiempo para avanzar en los mismos ámbitos, como por ejemplo, la liberalización del secreto médico o el control biométrico de los sujetos. Un flujo inusitado de inmigración o una amenaza terrorista transnacional pueden servir ambos a la creación de una fuerza armada de carácter transnacional. En otras palabras,

104

el imperio tiene una agenda globalista que se divide a su vez en un conjunto de agendas parciales que se solapan e interrelacionan. Por otro lado, existen toda una serie de crisis y eventos que a su vez se solapan e interrelacionan. Por último, la estrategia ***problem-reaction-solution*** establece ficticiamente relaciones de causa-efecto entre dichos ***problemas*** y sus ***soluciones.*** Pero dados estos ***solapes*** existentes tanto al nivel de las agendas como al de las crisis, diversas crisis pueden contribuir a una misma agenda; de la misma manera que una misma crisis puede contribuir a diversas agendas. En suma, la verdadera coherencia, la verdadera afinidad, no es la que vincula los ***problemas*** y las ***soluciones,*** como la propaganda pretende hacernos creer, sino la que vincula a todas las crisis y eventos ficticios entre sí, por un lado, y a todas las agendas parciales entre sí, en una agenda global, por el otro.

En otras palabras, como venimos diciendo, hay una gran coherencia en todo este conjunto de fenómenos que denominamos crisis o eventos fabricados o ficticios. Sin descartar que algunos de ellos sí sean naturales o espontáneos, pues, como hemos visto, los eventos ficticios no son más que la catalización artificial de los primeros. Igualmente, hay una gran coherencia, un trasfondo común, en todo el conjunto de medidas que se pretenden tomar para dar ***solución*** a estas crisis. Esta gran coherencia de fondo de ambas series es, insistimos, más significativa que la que existe entre los ***problemas*** y las ***soluciones,*** reforzando todo ello la tesis de que la estrategia ***problem-reaction-solution*** está permanentemente en escena.

Así, si observamos detenidamente, lo que caracteriza a todas estas ***soluciones*** es lo que está en la base de la conquista capitalista: sustituir las relaciones basadas en la convivencia-libre por relaciones de dominio capitalista, transferir la soberanía de los pueblos a todo un abanico de dispositivos, cada vez más centralizados, controlables, cuantificables, digitalizables, manipulables, asimétricos, en los ámbitos monetario, bancario, fiscal, científico, tecnológico, médico, sanitario, etc.

Las intenciones globales del imperio se pueden observar también en el hecho de que muchas de estas crisis y eventos fabricados afectan, no por casualidad, a víctimas internacionales, en particular de los países centrales. De nuevo, observamos un mismo fenómeno en eventos de distinto tipo, desde un «accidente» aéreo a un atentado en un área turística o un evento deportivo internacional. No importa lo lejos ***de casa*** que se produzcan estas crisis, en ellas es habitual que haya implicados nacionales de los que se ocuparán prioritariamente los medios de desinformación locales, que serán repatriados con todos los honores y la parafernalia por las autoridades de turno. Todo ello no solo dota de mayor ***realidad*** al conjunto de ***hfic-ción,*** generando una mayor empatia e identificación en el espectador, sino que además contribuye a crear la impresión de que dichas «amenazas» son efectivamente «globales», y por lo tanto necesitan «soluciones globales». Así, se trata de que las crisis sean, por definición, transnacionales, activando de manera implícita esta lógica de respuesta global que contribuye a los

planes globalistas. El «shock» como método de cohesión de todos los pueblos en el Nuevo Orden Mundial, y de exterminio de los infieles. ***La religión de los sacrificios globales.***

Que el Nuevo Orden Mundial se está implantando progresivamente, sectorialmente, a través de toda una serie de ***avances*** y experimentos locales, marginales, periféricos, aprovechando situaciones favorables o excepcionales, no es difícil de comprobar para todo aquel que sepa leer entre líneas. La mayoría de estos experimentos están siendo convenientemente censurados, filtrados o manipulados por los medios de desinformación, en la medida en que están en fase de prueba y puedan generar rechazo o alarma social, en la medida en que están en proceso de implantación. Estos experimentos pueden considerarse con toda propiedad como laboratorios ***reales*** en los que las ***ficciones*** de la agenda encubierta son testadas, sea en el ámbito de los dispositivos ***smart,*** de la abolición del dinero en metálico, de los virus y las vacunas, de los transgénicos o del transhumanismo. Así, lo habitual es que estos ***avances*** se produzcan allí donde la convivencia-libre está más desprotegida, en áreas sometidas a su vez a «shocks», en regímenes políticos controlados por el imperio, en periferias alejadas de los centros en las que los efectos de los experimentos pueden ser ocultados y manipulados por los medios. Pero también son utilizados como cobayas humanas ciertos sectores marginales de las poblaciones de los centros, que se ven obligados a someterse a estos programas experimentales bajo la coacción de perder sus derechos, pensiones o ayudas

sociales. Así está ***avanzando,*** entre otros procesos, la implantación de microchips en humanos, en diversos ámbitos.

En este sentido también se puede decir que la lógica del sistema es sacrificial y que esta dimensión sacrificial ha sido transferida en parte a los procesos científicos, tecnológicos, médicos. ***El saber, la ciencia, la medicina, la tecnología no son ni «buenos» ni «malos»; tampoco son neutrales; son sacrificiales.*** Si pueden llegar a ser ***beneficiosos*** para una mayoría es porque al mismo tiempo son ***perjudiciales*** para una minoría. Y esta dinámica sacrificial se observa de manera muy evidente en el ámbito de la investigación y el desarrollo. El secretismo que afecta a la investigación de punta no es sólo una cuestión de competitividad. Las investigaciones más avanzadas son secretas porque, como veremos, están intrínsecamente asociadas a esta dimensión sacrificial, en particular a la guerra. En este sentido decimos que los mecanismos científicos, tecnológicos, médicos, etc., de hoy son instrumentos de lo sacrificial. ***La ciencia y la tecnología requieren inmolar víctimas en los altares del progreso.*** El fanatismo que hoy observamos en torno a la innovación científica, sea al adorar los aceleradores de partículas, o al hacer colas para obtener el último iPad, no es otra cosa que ***una forma de participación sacrificial sublimada, que sostiene la religión capitalista.***

El sistema de guerra

Hasta aquí hemos intentado mostrar que el capitalismo no es más que la última forma de dominio que el hombre ha desarrollado, que este se puede asimilar a un gigantesco dispositivo de administración de violencia, ejercida cada vez más por los propios mecanismos monetarios, económicos, científicos, tecnológicos, médicos, etc. En lo que supera el capitalismo a otros regímenes de poder anteriores es en incorporar un alto grado de violencia social en los propios mecanismos capitalistas, así como en ser capaz de exter-nalizar los excedentes de violencia a través de estos mismos mecanismos o de otros auxiliares. Uno de estos mecanismos de externalización de la violencia, no exclusivo del sistema capitalista, pero que en él adquiere un papel todavía más estructural, es el sistema de guerra.

Por otro lado, hemos mostrado que entre el libre comercio y el saqueo no hay solución de continuidad, que ambos son polos entre los que se sitúan todas las posibles situaciones intermedias. Además, que el ***sis***tema consiste en la mercantilización de la vida. Por lo tanto, en el polo del saqueo debemos incluir no solo

la destrucción o adquisición violenta de bienes, sino también la de la vida humana. En resumen, la guerra no es un estado excepcional o circunstancial que se opone al estado normal de paz, sino una dimensión integrante del sistema capitalista que atraviesa todo su espectro, todos sus estados. La expresión ***«si vis pacem, para bellum»*** («si quieres la paz, prepárate para la guerra») debe entenderse en este sentido bipolar, cíclico. Los períodos de guerra y de paz no solo se alternan. La paz contiene la guerra y la guerra la paz. Nunca se está en guerra o en paz por completo. Esta lógica también rige a nivel espacial, en base a la externalización de la violencia a la que nos hemos referido. Las guerras locales están ***nutriendo*** al imperio en todo momento. El imperio se basa en la administración de esta violencia, en última instancia bélica, en su reparto espacial y temporal, en estar ***preparándose*** permanentemente para la guerra, en dosificarla de manera que le sea beneficiosa, en mantener y acrecentar una posición de liderazgo frente a sus competidores, en todos los terrenos, pero, por encima de todo, en el de la guerra, en saber canalizar todo este esfuerzo bélico en otros sectores en situaciones de paz relativa.

De manera que, a fin de cuentas, la guerra es una de las claves de bóveda del imperio. No es que la guerra se supedite a la economía o a la política, sino al contrario: es el elemento principal del que depende todo lo demás. «Los sistemas económicos, las filosofías políticas y los cuerpos jurídicos sirven y amplían al sistema de guerra y no a la inversa» ***(Informe...***). La otra clave de bóveda es, como hemos visto, la hegemonía monetaria y financiera, y el control de la creación de dinero fiduciario, que no es más que el polo complementario del de la guerra, pues uno y otro se refuerzan. La ***ficción*** del petrodólar no sería sostenible sin el ***respaldo real*** del Pentágono. El dinero ficticio es por lo tanto inseparable de la violencia que lo sostiene. Esto es lo que no nos dicen la mayoría de los economistas académicos, o por ignorancia o por complicidad.

Esta tensión entre el dinero creado ***ex nihilo*** en el polo monetario y financiero del sistema, y la violencia de las guerras que lo respaldan es, por otro lado, una de las manifestaciones más evidentes de la lógica religiosa del capitalismo, o para ser más precisos, sacrificial. En un polo, el sufrimiento de los cuerpos; en el otro, la resurrección del espíritu, el milagro. En el fondo todo el espectáculo del sistema se reduce a esta escenificación sacrificial, a la sublimación de su violencia. El gran cometido de la propaganda es, como en un gigantesco auto de fe, escenificar el poder del imperio, legitimar su papel de juez universal en la distinción del «bien» y del «mal», castigar a los ***herejes*** de la religión capitalista, a los ***infieles*** de la creencia en el dinero fiduciario. Como le ocurrió al hereje Muamar el Gadafi, que se atrevió a proponer una moneda regional respaldada por oro. Las guerras de religión de hoy esconden la guerra de la religión capitalista contra los infieles. El fundamentalismo capitalista se trata de encubrir con otros fundamentalismos más mediáticos.

De manera que la guerra no es solo para el imperio el ***último recurso,*** sino también su ***principio.*** «Las guerras

no son "ocasionadas" por conflictos de intereses internacionales. Una secuencia lógica correcta indica que más a menudo resulta preciso decir que las sociedades guerreras requieren —y por ende deben generar— tales conflictos» ***(Informe...)***. En otras palabras, el paradigma de la dominación imperial es, en esencia, bélico. Donde mejor se puede apreciar esto es en el sector tecnológico. Solo el sistema de guerra le permite al imperio, gracias a la extracción continuada de riqueza de los pueblos a través de mecanismos monetarios, fiscales, inflacciona-rios, desarrollar permanentemente su tecnología bélica de punta, que a su vez garantiza el dominio imperial. Solo

a través de la enorme financiación pública puede el sector industrial-militar permitirse mantener

y avanzar permanentemente en esta tecnología de punta. Por eso la clave de la transición hacia un Nuevo Orden Mundial está en la creación de nuevos mecanismos fiscales a nivel global, que hagan posible mantener una hegemonía militar y tecnológica. Desintegrar las estructuras políticas de Estados Unidos y de Europa y al mismo tiempo reintegrarlas en una nueva estructura global, todo ello en el marco de la extracción de riqueza de la población para sostener la hegemonía del sistema de guerra. Esta es la clave para entender la transición hacia el Nuevo Orden Mundial
El sistema de guerra es dinámico, permanente, competitivo, imparable; es la maquinaria capitalista por excelencia. Muchas de las nociones capitalistas son, en última instancia, bélicas. El «ejército industrial de reserva» de mano de obra del que nos habló Marx encuentra su empleo ***de último recurso*** precisamente

112

como ejército militar. La noción de alienación del trabajador por la automatización capitalista no

es más que un caso particular del sometimiento de la vida a la maquinaria de guerra. El límite de la alienación del trabajador en la fábrica es la muerte del soldado en la ***fábrica de muerte.***
La producción y la destrucción de la guerra son las dos caras de la misma moneda, el límite en el que se encuentran la dimensión destructiva y constructiva del sistema.
El sistema de guerra imperial es una maquinaria imparable porque su dominio depende del permanente ***progreso*** de la tecnología bélica; para adelantarse a sus enemigos, para mantener las jerarquías con respecto a sus aliados y al resto de Estados sometidos, para que la guerra siempre sea inminente y así sea efectiva como amenaza permanente. Esta condición imparable de la maquinaria de guerra implica que el imperio necesita dar salida regularmente a sus excedentes de producción bélicos, provocando ***artificialmente*** conflictos, de una manera u otra, sean propios o ***ajenos:*** «en la raíz de todas las diferencias ostensibles del interés nacional yacen los requerimientos dinámicos del sistema de guerra en sí, que requiere del conflicto armado

periódico» ***(Informe...)***. Al imperio ningún conflicto le es ***ajeno***, en la medida en que esta

maquinaria solo puede mantenerse gracias a ellos, en la medida en que el imperio los instiga.
Vemos aquí otra vez hasta qué punto, en el sistema capitalista imperial, intercambio mercantil y coacción violenta son inseparables. En última instancia el sistema de guerra es sostenido por los contribuyentes y por los compradores de armamento que se ven ***obligados*** a ello.

Pero para entender el papel estructural de la guerra también debemos fijarnos en cómo esta afecta al sector civil, supuestamente pacífico. Así, lo que caracteriza al imperio hoy es que cada vez tiene menos sentido distinguir entre lo civil y lo militar, entre la paz y la guerra. El principio es que la tecnología bélica de punta que va siendo superada debe reciclarse en el sector civil, que se ve así ***invadido*** por dinámicas propias de los campos de batalla. El ataque, la defensa, la protección, la seguridad, la vigilancia, el control, el espionaje, que son categorías originalmente y principalmente militares, se van extendiendo progresivamente al ámbito civil. Nuestros edificios se convierten en instalaciones de protección y seguridad, nuestros bienes de consumo en dispositivos de vigilancia, nuestras redes sociales en mecanismos de espionaje y control. Esto es lo que se esconde detrás de las ciudades ***inteligentes,*** de los dispositivos ***inteligentes,*** de las aplicaciones ***inteligentes.*** Todo ello en el contexto de la deriva globalista y totalitaria, que convierte a cualquier vecino en una amenaza, sea como pederasta, como violador en serie o como sospechoso de terrorismo. Los enemigos fabricados permiten dar salida a los excedentes. Tanto excedentes de producción como excedentes de violencia social.

El sistema de guerra está en la base de la ciencia, de la tecnología y de la medicina oficiales. Estos son otros tantos vehículos de la dominación capitalista. «La guerra es la fuerza motivacional más importante para el desarrollo de la ciencia en todos los niveles, desde el nivel abstractamente conceptual hasta el

114

estrechamente tecnológico. La sociedad moderna le otorga un alto valor a la ciencia "pura" pero históricamente resulta inevitable que todos los descubrimientos significativos que se han hecho acerca del mundo natural se hayan visto inspirados por las reales o imaginarias necesidades militares de las distintas épocas. Las consecuencias de los descubrimientos luego han ido más allá del campo de la guerra, pero fue la guerra la que siempre ha provisto el incentivo inicial» ***(Informe. ..).*** Esto se pone de manifiesto a todos los niveles, particularmente en momentos críticos como hoy.

En nuestros tiempos la mayoría de las universidades, de los institutos de investigación, de las fundaciones, de las ONGs, de los ***think tanks,*** de las publicaciones, están al servicio de la dominación imperial, y desprenden este olor a muerte por los cuatro costados. No es que todas ellas y todas las personas que las integran compartan las intenciones perversas del imperio. El asunto es más complejo. Es la propia maquinaria capitalista, inseparable de la que hace funcionar estas instituciones, la que está atrapada en la dinámica de administración de muerte. Incluso en el caso de muchos científicos bienintencionados, por el solo hecho de estar enmarcados en estas estructuras jerarquizadas, endogámicas, especializadas, compartimen-talizadas, por depender de fondos de instituciones, por trabajar en el marco del rigor y la metodología académicas mal entendidas, terminan quedando atrapados en la red perversa del sistema, y colaborando, sin saberlo, con el enemigo. En definitiva todo se reduce a una lógica muy simple: el capital decide lo que

la ciencia debe confirmar, el capital decide lo que se publica y lo que no. Lo demás se resuelve por las propias dinámicas humanas. En otras palabras, el capital, en última instancia, decide las ***ficciones*** que le interesa convertir en ***realidad.***

Por otra parte, esta deriva bélica del conjunto de la sociedad se está produciendo hoy en paralelo a la progresiva privatización de los sectores militar, tecnológico y de seguridad, lo que intensifica la dinámica imparable de la maquinaria de guerra, su independencia del verdadero interés o defensa de los pueblos, la instigación de conflictos por el puro interés del negocio. De manera que la transferencia al sector privado del sistema de guerra no solo supone el incremento de la violencia imperial, sino además, insistimos, la fic-cionalización de la guerra, la creación artificial de su necesidad.

El sistema de guerra no solo es el fundamento estructural del imperio sino además el ***último recurso*** para resolver las crisis. Porque permite imponer políticas de excepción para extraer riqueza de los ciudadanos y destinarla a la ***demanda de último recurso*** en caso de grave crisis: el armamento. Para ello, el imperio se ve obligado a generar artificialmente conflictos, sean propios o ***ajenos,*** en la medida en que éstos den salida a los excedentes militares o permitan activar la industria militar. En ambos casos la labor fundamental de la propaganda del imperio es ocultar esta lógica bélica estructural y ***vendernos*** dichos conflictos como amenazas o conflictos ajenos, censurar en la mayor medida posible todo lo que tiene que ver con acuerdos

e intereses armamentísticos. Como se ve el círculo de la violencia se cierra, y se comprueba cómo, en última instancia, cuando el resto de los mecanismos de extracción de riqueza se agotan, solo le queda al sistema la opción de la guerra. Es decir, solo a través de la violencia imperial se genera la demanda de último recurso que responde a la necesidad de defenderse ante un ataque. Un ejemplo muy simple: un consumidor, en tiempos de crisis, puede renunciar a comprarse unos zapatos, pero una nación amenazada por un enemigo no dudará en comprar armamento, incluso si para ello tiene que endeudarse. Volvemos a encontrar aquí la vinculación de guerra y economía, y además, de deuda. Shakespeare entendió que lo que el acreedor pretende en última instancia es cobrarse su «libra de carne». O al revés, que amenazar con cobrarse la «libra de carne» es lo que obliga al deudor a endeudarse. ¿No es esto lo que está en el trasfondo de la traición de Tsipras al pueblo griego (julio de 2015)?

Hemos dicho que la violencia y su amenaza son dos momentos de una misma dinámica. La amenaza de la violencia es en última instancia una forma de optimizar recursos, de conseguir a través de la violencia ***ficticia*** lo que resultaría más costoso conseguir a través de la violencia ***real.*** No hay ámbito en el que desempeñen un papel más importante la ficción, el enmascaramiento, el camuflaje, la amenaza, que en el de la amenaza de la violencia. Todo el sistema de guerra se construye sobre esta lógica ficticia. La propaganda exagera y dramatiza ante los ciudadanos la importancia de las amenazas, de las que debe proteger la maquinaria de

guerra. De la misma manera, presenta como «defensa» lo que en realidad son agresiones imperiales.

El sector industrial-militar es la base de toda la economía, la que da acceso a los recursos energéticos, la que hace posible el transporte globalizado, la que proporciona la materia prima que alimenta toda la cadena productiva, la que está en la base del agronegocio, la industria bioquímica y la farmacéutica. La guerra es, en resumen, la clave de bóveda que ***sostiene*** al imperio.

Se comprenderá ahora por qué el imperio está librando una guerra total contra todos. Porque la guerra es su verdadera esencia. Porque la deriva hacia la guerra es imparable en situaciones de crisis profunda como la que atravesamos hoy. Porque su superioridad frente a otros imperios emergentes es precisamente la de la guerra. Porque el sistema de guerra alimenta toda la cadena productiva y todos los sectores. Porque la globalización supone un mundo sin fronteras en el que las situaciones de conflicto de clases se multiplican. Porque el sistema solo conoce la huida hacia delante y está haciendo de la crisis la oportunidad para instaurar un Nuevo Orden Mundial.

Hemos hablado de las crisis ficticias, pero estas no son más que una forma de guerra de baja intensidad. La guerra se despliega en todos los frentes y contra todos, hasta el punto de que muchos fenómenos que hoy vivimos como cotidianos, de los medios de desinformación a Hollywood, de los transgénicos a las pandemias, de las catástrofes «naturales» al cambio climático, no son más que guerras, por activa o por pasiva, con distintos grados de intensidad, en función de las

circunstancias y de los intereses del imperio. La guerra ha llegado hoy a ser tan total, a desplegarse en tantos planos, a enmascararse mediante coartadas tan sofisticadas, que a menudo es difícil reconocerla. Una de las condiciones de esta guerra total y multidimensional es que ni siquiera es posible distinguir entre amigos y enemigos. Esta es parte de la estrategia de confusión del imperio.

Que se trata de una guerra total, global, multidimensional, se puede observar con mayor nitidez en el caso del terrorismo. Los mismos terroristas que luchan en teatros de guerra en Oriente Medio, Asia o África, cometen atentados en los Estados centrales. Pero lo uno y lo otro son las dos caras de la misma moneda. Las banderas falsas ***en casa*** hacen ***creer*** toda la ficción de la «Guerra contra el terror», justifican las guerras de conquista en las periferias y la instauración de estados policiales en los centros. La misma vinculación de centros y periferias la encontramos en el caso de las pandemias. Cuando estas se dan en las periferias, es necesario que parte de la crisis se contagie a los centros, de manera que toda la ***ficción*** sea percibida como una ***realidad*** global. Y todo ello con la complicidad, por activa o por pasiva, de manera consciente o inconsciente, de organizaciones internacionales, grandes ONGs, y el papel indispensable de los medios de desinformación. Una pandemia, por poner un ejemplo, es en conjunto, no sólo una guerra biológica contra los afectados; también es una guerra contra toda la región, guerra sanitaria, humanitaria, mediática; una guerra entre farmacéuticas; una guerra contra todos

en los ámbitos de la legislación, de las regulaciones, de los protocolos; una guerra psicológica para la imposición de vacunaciones obligatorias; una guerra hacia la conquista biométrica de nuestros cuerpos, etc.

El imperio del capital solo conoce la lógica del dominio y de la extracción de riqueza. Esto significa que el privilegio de la paz y de la estabilidad solo se puede conseguir al precio de la sumisión al imperio y a sus mecanismos de explotación. Si los pueblos o las naciones le son útiles al imperio, si pueden ser objeto de extracción de riqueza, en forma de deuda, impuestos, consumo, beneficios, el imperio les garantiza una relativa paz. Pero en la medida en que esto no es posible el imperio las somete a un guión predeterminado y progresivo de desestabilización, insurgencia, guerra civil... hasta llegar a la guerra declarada. Si se puede hablar de guerra total es también porque lo que define hoy a la conquista imperial es esta progresivi-dad. Porque el imperio cuenta con un guión sofisticado, progresivo, modular, que se va perfeccionando de operación en operación, que permite ir aumentando progresivamente la intensidad de la agresión en función de las circunstancias. Siempre la misma lógica de la acción ***artificial*** y encubierta, en aquellas palancas que permiten desencadenar la violencia ***real***, latente. Estas acciones se van implementando progresivamente en el caso de que la situación por sí sola, o con la ayuda de las acciones anteriores, no conduzca a los objetivos imperiales. Una lógica progresiva que también responde a su carácter encubierto. Así, en función de los casos, se suceden o solapan la guerra de

deuda, económica, de divisas, de sanciones, la guerra transgénica, las revoluciones de colores, las catástrofes, la guerra climática, las pandemias, los atentados, los drones, las guerras proxy, la guerra civil, la guerra cibernética, los bombardeos, la invasión...

Esta progresividad, esta secuencialidad de los grados de intensidad de la guerra total, se produce en función del contexto de cada situación y su grado de interacción con situaciones contiguas o coordinadas. Por ejemplo utilizando en diferentes conflictos recursos comunes, como grupos insurgentes, cuya rentabilidad puede así optimizarse. En este contexto hay que entender el flujo

de terroristas y mercenarios entre Afganistán, Chechenia, Yugoslavia, Libia, Irak, Siria, etc., y sus
cambios de nombre (Al Qaeda, Emirato Islámico, entre otros) que contribuyen a enmascarar que en esencia se trata de una misma dinámica actuando en distintos lugares.

La guerra es total por activa o por pasiva, como realidad o como amenaza. En este sentido hay que entender que se hable tanto hoy de «amenazas», que la guerra real que se libra en un determinado punto del globo, sea eficaz al mismo tiempo en otro punto, en tanto en cuanto actúa como «amenaza». «A buen entendedor, pocas palabras bastan.» Por eso Cuba envía personal médico a África Occidental, porque sabe que la crisis del Ébola (verano de 2014) también es una amenaza contra ella. En esta dimensión amenazante juega un papel central la propaganda de guerra, no solo de cara a otras naciones sino también a otros escenarios de la misma guerra. Thierry Meyssan ha

63

mostrado cómo en las guerras recientes el imperio ha construido escenarios de conflicto

ficticios, y los ha difundido en los medios como si fuesen ***verdaderos.*** En esta dinámica,
los medios de desinformación contribuyen en todo lo posible a la confusión de la realidad y la ficción, con técnicas mediáticas específicas como el ***collage*** y el montaje de diferentes registros para crear algo que es a medias real y a medias ficticio.

Pero este uso de la amenaza se extiende a otro tipo de situaciones que en principio podrían parecer no bélicas. Así, la Troika está utilizando Estados europeos como Chipre o Grecia como verdaderos campos de batalla para sus experimentos neoliberales. Milenios de civilización nos han enseñado la inmoralidad de prestar dinero a aquellos que no lo pueden devolver. Pero estas lecciones de moral básicas han sido olvidadas hoy por la no-moral capitalista que mueve los hilos de las marionetas políticas europeas. Y de hecho lo que está sucediendo en Grecia hay que leerlo en clave europea, incluso global. Lo que está en el trasfondo de la ***tragedia*** griega es, otra vez, esta lógica de la amenaza. Grecia como sacrificio ejemplarizante para el resto de Europa. Grecia como ofrenda ritual para ***salvar*** las reglas neoliberales ***y propiciar*** la acumulación en el

resto del continente. La misma dinámica amenazante-sacrificial, puede observarse por todos
lados. Según algunos analistas la sequía de California está siendo geoingenierizada para reforzar la farsa del cambio climático en todo el planeta. Al fin y al cabo, ¿no es precisamente Hollywood el lugar más indicado para este capitalismo de la ficción, para este «capitalismo

123

del desastre»? En el colmo de la ficcionalización de 1 la realidad, no sólo Hollywood escenifica los desastres capitalistas, sino que el capitalismo incorpora en sus propios mecanismos las técnicas hollywoodenses y escenifica una sequía real en el mismo Hollywood, que sirva para vender la ***superproducción*** del calentamiento global.

A pesar de que se enmascare con todo tipo de even- | tos, crisis o conflictos independientes, la guerra del ¡ imperio es total, global, una y la misma. El observador i atento podrá encontrar los hilos que relacionan unos i y otros escenarios a poco que estudie estos fenóme- § nos con cuidado y sortee las trampas de los medios de f desinformación. Así, para que la guerra de propagan- I da pueda desinformar sobre la guerra convencional es ¡ necesario que el imperio neutralice a los periodistas de guerra independientes, aquellos que no acatan la sumisión de los medios oficiales. Este cruce de informa- ? ción nos permite entender que la guerra convencional **i** y la guerra mediática son dos momentos de la misma | guerra. ■

Las guerras proxy

Después de todo lo que venimos diciendo se entenderá por qué la mayoría de las guerras que libra el imperio hoy son guerras proxy. Teniendo en cuenta que las élites imperiales tienen el control de la máquina de imprimir dinero, teniendo en cuenta que el imperio controla e impone las políticas de muchos Estados, teniendo en cuenta la sofisticación de los métodos de infiltración en distintos niveles de otros Estados, teniendo en cuenta la conveniencia de presentar estas guerras ante la opinión pública como guerras locales, raciales o religiosas, se comprenderá que al imperio le resulte más interesante apoyar de distintas maneras a grupos de insurgentes, mercenarios, terroristas, narcotraficantes, o contratar a ejércitos privados, que luchar con sus propios ejércitos. En el fondo se trata de la lógica capitalista llevada al extremo: todo lo que el cliente exige son resultados y deja en manos de los contratistas todo el trabajo sucio que sea necesario, del que se desentiende por completo.

En el fondo los ejércitos proxy se corresponden de la manera más coherente con la lógica de la intervención ***artificial*** en situaciones ***reales*** existentes, de

la que venimos hablando. Ante crisis y conflictos latentes, qué mejor que servirse de elementos locales o regionales para desencadenarlos. El imperio siempre está ahí para proporcionar el apoyo económico, el armamento, el entrenamiento, la logística, la dirección, la propaganda, etc., de manera encubierta, a través de aparatos de inteligencia, de fundaciones u ONGs, de países aliados intermediarios.

Las distintas facetas de la criminalidad organizada se complementan y realimentan. El tráfico de drogas, de otras mercancías ilegales o de personas permite financiar directamente a grupos locales, de manera que sus servicios les resulten más baratos al imperio, de manera que puedan proporcionar dinero en efectivo para operaciones encubiertas, o para rescatar a los bancos imperiales en situaciones de crisis. La misma lógica se aplica al comercio ilegal de otros recursos. Así, en la guerra en curso en Siria estamos viendo cómo grupos terroristas se hacen con el control de recursos petrolíferos locales, con la connivencia del imperio que sabe que este tráfico ilegal contribuye a su financiación y por lo tanto aligera la carga económica imperial. Además es también el imperio el que acaba comprando este petróleo ilegal, tras el correspondiente etiquetado fraudulento. De manera que el petróleo funciona, en la práctica, de la misma manera que el tráfico de drogas. Lo cual no es una simple metáfora si tenemos en cuenta que el imperio es ***adicto*** al petróleo, está necesitado de él, hasta tal punto que está dispuesto a cometer cualquier crimen para conseguir su ***dosis.***

126

Así, podemos englobar el narcotráfico en el epígrafe de las guerras proxy, teniendo en cuenta que el tráfico de mercancías ilegales no es más que una fuente de financiación, pero que su verdadero cometido es el de la destrucción de la convivencia-libre y el apoyo a la dominación imperial. En muchos países latinoamericanos podemos observar esta vinculación de tráfico ilegal y dominación imperial, siendo el crimen organizado una suerte de brazo armado encubierto de la colonización capitalista. Veamos con más detalle estas vinculaciones. Al imperio le interesa que sus multinacionales saquen los mayores beneficios posibles en la periferia. Para ello es conveniente mantener a raya la protesta social y contar con la complicidad de las élites locales. El crimen organizado se ocupa de hacer el trabajo sucio que, tanto las corporaciones del imperio como las autoridades locales, no pueden reconocer. Así, es un ingrediente fundamental de la dominación capitalista en las periferias. En definitiva su tarea es reprimir de manera violenta todo aquello que se opone a la dominación colonial capitalista, en todos los sectores, a todos los niveles: estudiantes, activistas, sindicatos, periodistas, intelectuales, profesores, políticos, jueces, etc.

El tráfico de drogas y otras mercancías ilegales —incluida la mercancía humana, considerada como tal por la no-moral capitalista— supone la fuente de financiación fundamental de toda la operación. Con el ahorro significativo de recursos que esto supone para el imperio. La mayor parte de la droga ilegal va a parar a consumidores de los centros, para lo que

65

es necesario contar con la complicidad de sus autoridades. Para ello los narcotraficantes deben trabajar al servicio de las corporaciones imperiales. Que la droga sea ilegal es un elemento clave para que toda la estructura se sostenga. Que la droga sea ilegal es fundamental para que esta desempeñe su papel como medio de financiación de toda la estructura, para que las autoridades del imperio tengan más agilidad de acción, de cara a que los narcotraficantes actúen a su servicio en el dominio colonial capitalista. Para rizar el rizo los cárteles de la droga le compran las armas al imperio. Y proporcionan dinero negro a los bancos de Wall Street para cuadrar balances.

El intercambio capitalista se acompaña de más coacción a medida que las situaciones de poder son más asimétricas. De la misma manera, en aquellas áreas periféricas en las que las asimetrías con los centros son más acusadas, la tendencia es que se opere con un mayor grado de criminalidad y de impunidad. Por el contrario, allí donde la dominación imperial está más consolidada, el sistema se puede permitir mayores grados de legalidad. Pero el imperio es el mismo aquí y allá. Esta contradicción pone de manifiesto, una vez más, hasta qué punto la moral fundamental del imperio es la no-moral, y en los centros privilegiados, que de hecho encarnan su dominio, esta no-moral simplemente se enmascara tras la careta de una moral tradicional ficticia. Esto es lo que caracterizó a las burguesías en el primer capitalismo, pero que ahora se ha extendido a la mayoría de la ciudadanía como forma dominante de doble moral.

128

Otra manera en que el imperio libra sus guerras proxy es a través de Estados aliados o sometidos que ofrecen la coartada perfecta para ***esconder la mano*** del imperio. Se trata de Estados-límite, tendentes al totalitarismo, que actúan al servicio del imperio con las ventajas de hacerlo en tanto que Estados independientes, con aparatos de Estado e inteligencia dotados de gran capacidad de acción. Es el caso de países como Israel, Arabia Saudí o Turquía, que a menudo se encargan de las operaciones más turbias, del apoyo a grupos terroristas, de la organización de banderas falsas; en definitiva, de representar el papel de «poli malo» en la ficción. De manera que no solo estos Estados actúan como proxies del imperio sino que además sirven en muchos casos como intermediarios entre el imperio y grupos insurgentes o terroristas. De ahí que sea importante que estén situados en regiones en conflicto, desde las que pueden proporcionar apoyo directo a estos grupos, en forma de entrenamiento, transporte, cruce de fronteras, refugio, asistencia médica, etc.

Un ejemplo es la guerra proxy que el imperio atlantista está librando hoy (desde marzo de 2015) contra Yemen, liderada por su Estado vasallo Arabia Saudí, pero en la que Estados Unidos proporciona logística, tecnología, armamento, etc. Insistimos en la lógica de la maquinaria de guerra permanente. El sector industrial-militar del imperio necesita dar salida regular a sus excedentes, necesita instigar conflictos que los requieran. Lo importante para él no es quién libra las guerras sino que la producción militar tenga salida. Y mientras las bombas caen sobre las ciudades y

66

la población civil, con la implicación encubierta del imperio, mientras los medios de desinformación apenas dan cuenta de estas guerras proxy, precisamente porque parecen no tener nada que ver con los Estados centrales, las academias prestigiosas del imperio otorgan premios Nobel de la Paz a las marionetas políticas o humanitarias que desempeñan los papeles protagonistas en toda la ficción. Las guerras proxy son perfectas para mantener la apariencia de la legalidad y la defensa de la paz, para cargarle el muerto a otro.

La ficción de la «Guerra contra el terror»

Hemos mostrado cómo hoy las guerras del imperio son libradas en buena medida por ejércitos proxy. Y entre ellos, el terrorismo juega un papel central. También hemos dicho que, junto a la creación de dinero fiduciario, la otra clave de bóveda del sistema es la guerra. De manera que el dinero ficticio creado por el sistema y su apoyo encubierto al terrorismo internacional son dos caras de la misma moneda, dos elementos centrales del ***dominio a través de la ficción.***

El sistema de dominación imperial necesita, por definición, designar o fabricar un enemigo público, «un enemigo social genuinamente amenazante» que justifique «tomar y pagar un "precio en sangre"» ***(Informe. ..***). Sin este enemigo toda la violencia estructural del sistema que, como hemos mostrado, se canaliza y contiene a través de la escenificación sacrificial, no sería controlable. El enemigo designado/fabricado por el sistema se corresponde con la violencia «mala», necesaria para poder presentar la violencia imperial como «buena». Sin este enemigo el sistema no obtendría el consenso que necesita para imponer su orden,

no conseguiría la tensión necesaria que sostiene al imperio, resurgirían otros órdenes a nivel local, regional, nacional. Insistimos, ***el imperio de la ficción consiste en fabricar un enemigo ficticio, pero para ello se toma como base un enemigo real.*** Si no fuese por toda esta maquinaria de manipulación, el terrorismo internacional hoy no sería más que un fenómeno anecdótico. ***Si el terrorismo ha alcanzado la importancia que tiene hoy es, básicamente, porque es terrorismo fabricado, terrorismo de Estado encubierto, o, mejor dicho, terrorismo de imperio encubierto.*** ¿Cómo podría sino una pandilla de rebeldes trogloditas afganos organizar y ejecutar una operación tan compleja como el US, al mismo tiempo en el corazón financiero y en el corazón militar del imperio? Pero, por supuesto, una pregunta tan evidente nunca se le ocurrirá a ninguno de los «expertos» de los medios.

Tras la caída del comunismo, el imperio atlantista necesitaba crear un nuevo enemigo. Ese enemigo fabricado es el yihadismo internacional. El motivo es que las zonas de conquista imperial que el imperio tiene en su agenda son, sobre todo, países musulmanes. Porque cuentan con grandes reservas de petróleo y gas, porque ocupan áreas importantes desde el punto de vista geoestratégico, porque se resisten en general a la invasión capitalista. También porque existen minorías musulmanas en muchos países, lo que permite desestabilizarlos a través del terrorismo yihadista. Es el caso de Rusia, de China y de otros países del área. Pero también de Occidente. Guerra global y guerra civil son los dos polos de la misma dinámica. Creemos

que la desestabilización de los países centrales a través del yihadismo fabricado va a ser un elemento central en la transición hacia el gobierno mundial. Es lo que ya se está percibiendo en Francia. Así, el yihadismo es solo la punta del iceberg de una agenda multidi-mensional y modular que incluye, desde la conquista capitalista de Estados periféricos, hasta la instauración de estados policiales, dictaduras o la instigación de guerras civiles en países centrales. Todo ello en el contexto de la transición hacia el Nuevo Orden Mundial. De ahí que entre el yihadismo y el islamismo haya una línea muy difusa, porque de hecho las intenciones no declaradas del imperio son instigar conflictos entre cristianos o judíos y musulmanes, así como entre unas sectas musulmanas y otras. En última instancia, el yihadismo es otra de las «amenazas globales» que están sirviendo como pretexto para la implementación del Nuevo Orden Mundial.

De manera que el yihadismo es la excusa perfecta para la guerra total, global, proxy, del imperio. No solo sirve para enmascarar las guerras imperiales sino también para justificarlas. En efecto, la mentira oficial de que el yihadismo es el enemigo público permite, al mismo tiempo, justificar las intervenciones puntuales directas de los Estados imperiales, y servirse de él de manera encubierta como aliado. Así, la realidad es que, con carácter general, los terroristas trabajan al servicio del imperio, que les proporciona dinero, armas, entrenamiento, logística, apoyo aéreo, refugio, transporte, estupefacientes, impunidad, etc. Todo ello, las más de las veces, de manera encubierta, a través de Estados

aliados, de aparatos de inteligencia y militares secretos, de fundaciones y ONGs que trabajan de manera semiclandestina.

En las guerras clásicas, los Estados contaban con ejércitos regulares que intervenían de manera ordenada, con objetivos concretos, al servicio de los intereses del Estado. El capital, no cabe duda, jugaba un papel fundamental como financista, y a menudo instigador, de estas guerras, pero estaba relativamente subordinado a los intereses del Estado. Hoy la situación se ha invertido completamente en un contexto en el que el gran capital no tiene patria, en el que el imperio está controlado por el gran capital y los políticos son meras marionetas. Los Estados actúan como representantes, pero los verdaderos intereses son los de las corporaciones capitalistas que, al margen de que puedan tener su sede aquí o allá, son en la práctica la suma de los intereses del capital internacional. En este contexto de ***conquista*** de nuevos mercados, de externalización de la producción, de subcontratación de áreas de negocio, etc., el terrorismo internacional encaja a la perfección. Este contexto de capitalismo global es importante para entender el terrorismo. En rigor no se puede decir que un grupo terrorista trabaje para un Estado o un aparato de Estado concreto de manera oficial, directa, permanente. El terrorismo no deja de ser un agente relativamente independiente con el que el resto de agentes implicados, y en concreto los aparatos de Estado, militares o de inteligencia del imperio, establecen alianzas estratégicas. En este sentido el término más apropiado para designar la relación

del terrorismo internacional con el imperio sería el de aliado estratégico.

Así, casi se podría hablar de Yihadismo S.A. El modelo se parece mucho al de las franquicias. Siempre ha existido un cierto terrorismo, pero hoy el fenómeno del Yihadismo S.A. se multiplica con la facilidad con la que se extienden las multinacionales en el capitalismo global. En efecto, al imperio le interesa que el terrorismo sea global. Al fin y al cabo de lo que se trata es, no solo de que rinda un servicio, sino también de ***venderlo.*** Así, una buena parte de la operación es diseñar todo el repertorio de imágenes, logos, bandas sonoras, con que ***viene envuelto el producto.*** En definitiva, promover una marca. Una vez que esta ha adquirido popularidad, una vez que ha tenido éxito en el mercado, se puede extender el negocio a otros mercados, buscando emprendedores locales que contribuyan a la inversión, sirviéndose de todo el marketing previo para asegurar su éxito. Así, toda la retórica del islamismo radical y la Yihad, que los medios de desinformación nos venden como los motivos que mueven a estos «radicales» a alistarse, no es más que parte de la farsa, parte de la coartada mediática para vendernos el producto. En realidad, la mayoría de los terroristas no son tanto fanáticos religiosos como marginados económicos, mercenarios, excombatientes de otros conflictos, que luchan lo mismo bajo una bandera que bajo otra. Y es que el terrorismo es provocado, en última instancia, por el imperio, no solo en el sentido mercadotécnico, sino también en el más real. Toda la destrucción y el caos que el imperio provoca en unos

escenarios de conflicto, proporciona el caldo de cultivo para nuevos «fundamentalistas». La población marginal, los jóvenes desencantados que han visto sus vidas destrozadas por la violencia imperial, los torturados, pueden resarcirse de ello engrosando las filas del yihadismo, que el imperio se encarga de canalizar en su propio interés. Así, el terrorismo es en última instancia una forma de recuperación de las insurgen-cias antiimperialistas, una forma de oposición controlada. De la misma manera que, como veremos, funcionan el humanitarismo y el ecologismo a otros niveles y en otros entornos.

El sionismo

Hay que entender el sionismo en el contexto de todo lo que venimos diciendo. El sionismo y el yihadismo, como dice Adrián Salbuchi, son dos caras de la misma moneda, dos fabricaciones imperiales que enmascaran y sirven a un plan de dominio global.

Para empezar hay que reconocer el papel predominante que han desempañado los judíos en la historia del capitalismo, tal como nos ha mostrado Werner Sombart. La estructura de complicidad entre el capital judío y los aparatos de poder europeos, en los siglos en los que el capitalismo se impuso como régimen político-económico, tiene mucho que decirnos sobre la forma en que opera el imperio hoy. En efecto, lo que los judíos desarrollaron a lo largo de siglos es una estructura en red a nivel global —red de información, red de influencia, red de infiltración, red de inversiones y créditos — , que transfería excedentes y los destinaba a créditos en distintos puntos de la red en función de las circunstancias. Un entramado intenso —formado por familias judías en distintas ciudades y países— que se solapaba a los ámbitos territoriales extensos en los que se instalaban —comunidades

cristianas o musulmanas —. Entramado paralelo al de los centros de poder político, con los que establecían relaciones de complicidad, hoy diríamos de sometimiento y control. Lo importante es entender que esta red intensa judía ha sido a lo largo de la historia de otro orden, superpuesta a los ámbitos territoriales, nacionales, locales, correspondientes, pero sin mezclarse con ellos, conservando su singularidad. De manera que funcionaba como una especie de instalación de riego y drenaje con respecto a los ***sustratos*** en los que se instalaba, como ***aspersores*** y ***sumideros*** de liquidez, como puntos de ***irrigación y*** de ***absorción*** de capital. En los momentos de ***sequía*** económica, proporcionaban la ***liquidez*** necesaria a los gobernantes; en los momentos de exceso de ***liquidez,*** la drenaban hacia sus sumideros.

Es oportuno identificar esta dimensión judía del capitalismo histórico —una de las principales, pero no la única— para comprender el papel del sionismo hoy. La estructura de extracción de riqueza y de suministro de dinero ficticio, tanto monetario como crediticio, que hoy rige en el imperio global le debe mucho a la estructura judía capitalista de la que hablamos. No es que la tradición judía sea la única fuente de la cultura, la ideología y la moral capitalistas. Sabemos que la cultura protestante también ha desempeñado un papel preponderante, tal como nos mostró Max Weber. De hecho la alianza entre ciertos sectores protestantes y judíos es, como ha mostrado Pierre Hillard, fundamental para entender cómo operan las élites capitalistas globales hoy.

138

De ahí que Israel juegue un papel central hoy en el imperio atlantista. Como ***cabeza de puente*** de la conquista en Oriente Medio. Pero también, desde el punto de vista propagandístico, como el polo complementario de la ficción del yihadismo y los conflictos religiosos entre judíos o cristianos y musulmanes. Por eso el sionismo es uno de los principales interesados en que exista el yihadismo, porque el sionismo y el yihadismo se necesitan el uno al otro, son dos de los personajes principales del teatro de la «Guerra contra el terror». Por eso el sionismo es una dimensión clave de la propaganda imperialista atlantista. Por eso, como ha mostrado Jacob Cohén, como ocurría en las cortes históricas europeas, agentes sionistas, ***sayanim y*** otros simpatizantes del sionismo están hoy infiltrados en numerosos aparatos de Estado, en las universidades, en los medios de desinformación, en la industria del espectáculo, en Hollywood. El imperio de la ficción es, también, sionista.

En esta lógica propagandística imperial, tal como ha hecho ver Norman Finkelstein, se inscribe la ins-trumentalización del Holocausto nazi y la victimiza-ción de los judíos. Así como las manipulaciones históricas de que es objeto, tal como han mostrado Robert Faurisson, Ursula Haverbeck y otros. ¿Por qué es necesario criminalizar las investigaciones que ponen en cuestión las versiones oficiales sobre el Holocausto, si no es porque estas versiones oficiales son construcciones ficticias que se pretenden hacer pasar por verdades, que podrían ser desmontadas por estas versiones alternativas?

71

En la misma lógica de complicidad del sionismo con el proyecto imperial se inscribe el llamado antisemitismo, que es en realidad una coartada para tergiversar la realidad y combatir de manera perversa a aquellos que denuncian el sionismo y la dimensión sionista del imperio, para evitar que se hable en profundidad del papel central que han tenido y siguen teniendo los judíos en el capitalismo, para legitimar la creación del Estado de Israel y los genocidios que comete con impunidad.

Que haya víctimas judías en muchas de las banderas falsas de hoy, a menudo orquestadas en complicidad con el sionismo, responde a la misma lógica de victimización. El antisemitismo le sirve de coartada al imperio para meter en un mismo saco el antisionismo y el antiimperialismo, que en la práctica son difíciles de diferenciar. En última instancia los personajes antagonistas que la ficción imperial nos presenta en escena son el judío «bueno» y el yihadista «malo». Esta ficción está diseñada para ocultar que el sionismo es una dimensión central del proyecto imperialista atlantista y que este proyecto incluye la fabricación ***ficticia*** del yihadismo.

Hemos tratado de mostrar el papel que el terrorismo internacional desempeña como ejército proxy en la guerra global del imperio. Las banderas falsas no son más que una de las patas de toda la construcción, la que convierte toda la ficción en realidad, particularmente de cara a la ciudadanía de los Estados centrales. Insistimos, la «Guerra contra el terror» es una operación encubierta del imperio atlantista basada en la lógica de convertir en realidad una ficción, y escenificar y dramatizar dicha realidad hasta volver a hacer de ella otra ficción, en una espiral sin fin. Lo que a su vez permite transformar la realidad en el sentido en el que le interesa a las élites imperiales, en el sentido de la agenda encubierta del imperio para implantar un Nuevo Orden Mundial totalitario. Los atentados de bandera falsa no son más que un epifenómeno de esta lógica que se basa en convertir una ficción en realidad, ocultando que se trata en efecto de una ficción planificada de manera encubierta. De ahí que sea clave para el imperio desacreditar, demonizar y en última instancia criminalizar las posiciones que precisamente desvelan esta estructura encubierta.

72

141

Los atentados terroristas en los países centrales del imperio y la guerra terrorista en las periferias no son más que las dos caras de una misma moneda. Dos fenómenos que podrían muy fácilmente tender a converger en la medida en que la distinción entre centros y periferias cada vez tiene menos sentido y el imperio puede escalar los conflictos sociales en los centros hasta convertirlos en guerras civiles. Algo de esto vamos a ver en los próximos años en el proceso de transferencia de soberanía de los Estados centrales —sobre todo en Estados Unidos y Europa— al gobierno mundial.

De todos los atentados de bandera falsa, el más importante de las dos últimas décadas ha sido sin lugar a dudas el del 11 de Septiembre de 2001, que algunos analistas como William Engdahl o Thierry Meyssan consideran un golpe de Estado encubierto. Este evento permite entender hasta qué punto vivimos hoy bajo un régimen imperial totalitario, bajo una dictadura encubierta del capital. Solo hay que comparar esta bandera falsa con la quema del Parlamento alemán por los nazis en 1933 para entender en qué situación estamos. Las analogías son numerosas: la misma crisis del sistema, la misma deriva totalitaria, el mismo terrorismo de Estado encubierto. Solo cambian las formas, los métodos, la sofisticación de la propaganda, el alcance planetario del régimen, los chivos expiatorios, pero la dinámica de fondo es la misma. Sabemos a lo que condujo el delirio nazi, del que la quema del Reichstag fue uno de los actos inaugurales. El delirio del 11S puede, de la misma manera, considerarse el acto inaugural de la deriva totalitaria

que hoy padecemos y que bien podría llevarnos a una Tercera Guerra Mundial.

Hemos visto cómo la administración de la violencia imperial se reduce a una lógica muy simple de distinción de la violencia «mala» de la violencia «buena», que esta distinción se produce a través de su rituali-zación sacrificial. En efecto, los atentados de bandera falsa no son otra cosa que sacrificios rituales del régimen capitalista. En ellos se ve de la forma más clara cómo las élites sacrifican a sus propios ciudadanos para conseguir sus objetivos. Son una constatación de hasta qué punto el régimen capitalista opera como una religión. ***Los atentados ponen en escena una violencia ficticia hecha realidad,*** que es identificada inmediatamente como violencia «mala» y provoca la consecuente ***reacción*** por parte del público manipulado: el castigo de los «culpables». «Las "amenazas" en contra del "interés nacional" usualmente son generadas o aceleradas para satisfacer las necesidades cambiantes del sistema de guerra» ***(Informe...).*** La amenaza ficticia y la violencia real van de la mano. El ***problema*** demanda una ***solución:*** la «Guerra contra el terror». ***«America Under Attack»,*** titulaban muchos medios de desinformación tras el US. Lo que no decían es que quien estaba realmente ***atacando América*** era el imperio atlantista mismo.

Las banderas falsas son una manifestación muy evidente del poder que tiene hoy la ficción. Estos au-toatentados se planifican como una ficción. Es posible que los que planearan el US se inspiraran en el juego ***Illuminati*** de Steve Jackson, que ya en 1982 mostraba

dos ***torres gemelas*** atacadas y el edificio del Pentágono en llamas. De lo que se trata es de convertir una ficción en realidad. Pero sigue funcionando como ficción en el sentido en que los responsables no son más que intermediarios, y en que esta ficción permite transformar el mundo real hasta convertirlo en otra cosa, que a su vez ha sido concebida como ficción en los despachos secretos de las élites delirantes que hoy controlan el mundo. En suma, la misma lógica de convertir la ficción en realidad la encontramos a dos escalas. Y lo que relaciona ambas, la trampa que hace posible que las agendas encubiertas se hagan realidad, es otra ficción: la que identifica a los terroristas con los culpables, dejando ***fuera de escena*** a los verdaderos culpables.

T

La guerra biológica y química

Hemos visto hasta qué punto la guerra es el paradigma de todas las formas de dominio imperial, hemos mostrado que muchos fenómenos no son más que distintas variedades e intensidades de la misma guerra, que la propaganda del sistema tiene como principal cometido enmascarar la verdadera esencia bélica de muchos fenómenos contemporáneos. Pues bien, vamos a seguir tratando de interpretar algunos de estos fenómenos desde la misma lógica, especialmente aquellos en los que esta conexión es más difícil de reconocer.

Una de las guerras que el imperio está librando hoy contra todos es la guerra biológica y química. Algunas de las armas de esta guerra son los organismos genéticamente modificados o transgénicos, los herbicidas, los pesticidas, los fertilizantes, los virus —también transgénicos — , las vacunas, los fármacos en general. En este sector se puede observar lo que hemos dicho sobre el sistema de guerra, cómo es la tecnología de guerra la vanguardia que sostiene y en la que se basa toda la industria. En efecto, no es casualidad que las corporaciones más importantes del sector provengan

justamente del ámbito bélico. En realidad nunca lo han abandonado. Es el caso de Monsanto, que fabricó el Agente Naranja utilizado en la Guerra de Vietnam. Toda la industria bioquímica y farmacéutica responde en última instancia a un paradigma de guerra, en un grado u otro, con mayor o menor intensidad. La lógica fundamental que sostiene todo este sector es la de la ***administración controlada de muerte.*** Las legislaciones y las regulaciones no velan porque los productos sean saludables, como nos tratan de hacer creer, sino por que no sean ***demasiado*** tóxicos, por que no produzcan ***demasiados*** daños colaterales, por que no maten ***demasiado.*** Los herbicidas, los pesticidas, los antibióticos, los antígenos, son, como indica su nombre, y por definición, letales. La cuestión es regular cuándo, dónde, cómo, a quién o qué deben matar.

Veamos el caso de los cultivos transgénicos. Estos se comercializan obligatoriamente en un pack completo junto con herbicidas, pesticidas y fertilizantes. El papel de todo el pack es el mismo que el de las armas biológicas y químicas —insistimos, también lo son—: acabar con toda la vida vegetal, animal y humana que se resiste a la pura lógica de la productividad capitalista. Se comprenderá que ante esta guerra encubierta, la especie transgénica que sobrevive no puede ser más que un engendro, un monstruo, solo a medias natural. Y el objetivo último es que los que comen monstruos se conviertan también en monstruos...

En el fondo se trata de la misma lógica genérica que, como hemos mostrado, está en la base de la transformación capitalista: destruir la convivencia-libre y

sustituirla por relaciones mercantiles. De la misma manera que el sistema trata de aislar al sujeto de su entorno vital y cultural, de su comunidad, y hacer de él un objeto comercializable, un robot productivo y consumidor, el agronegocio transforma a las especies vegetales en ***cyborgs*** aislados de su entorno, aniquilando el resto de la vida que conforma su comunidad, convirtiéndolos en máquinas de producir. No parece una casualidad que la fertilidad en las sociedades modernas tienda a descender y que al mismo tiempo las especies transgénicas sean infértiles. Tampoco parece una casualidad que puedan servir al control de la fertilidad humana. No se trata de metáforas sino de la misma lógica actuando a distintos niveles.

Se entenderá en que consiste la industria de los transgénicos con otra comparación, que de nuevo no es un símil sino el mismo fenómeno aplicado en dos ámbitos distintos. Es como una guerra radioactiva, biológica o química que acaba con toda la vida, excepto aquella que se haya protegido con un traje especial de seguridad o en un búnker. Los transgénicos son lo mismo: especies protegidas con trajes y mascarillas, que consiguen sobrevivir a una guerra que se libra a su alrededor, de la que ello's son los únicos sobrevivientes. Esto es lo que estamos comiendo: sobrevivientes de guerras biológicas, químicas y radioactivas. Tampoco es una casualidad que las contaminaciones radioactivas produzcan mutaciones genéticas. Porque los ***monstruos*** transgénicos que estamos comiendo son también sometidos a radiaciones en laboratorio para modificar sus genes. De ahí que las marionetas

políticas negocien en secreto con el cártel biotecno-lógico los tratados de «libre» comercio. Como se ve, uniendo los puntos comienza a revelarse el verdadero rostro del imperio.

La agricultura industrial consiste básicamente en ir sustituyendo la agricultura local de subsistencia y de pequeña escala por grandes plantaciones de monocultivos transgénicos. La guerra biológica química y radioactiva de baja intensidad que, en definitiva, es esta industria, contribuye a esta conquista progresiva, porque afecta, no sólo a las hierbas o las pestes contra las que supuestamente se combate, sino en general a toda la vida que rodea estos cultivos, incluida la humana. En otras palabras, los cultivos transgénicos y sus productos auxiliares provocan ***daños colaterales*** en cultivos colindantes no transgénicos y en sus poblaciones humanas, y así, indirectamente, contribuyen a la extensión del modelo agroindustrial. Guerra y conquista de mercados, de nuevo, se dan la mano.

Todo ello se inscribe en la lógica perversa del dominio del gran capital sobre la soberanía de los pueblos, a través de algo tan elemental como es la alimentación. Otra vez la misma dinámica destructora de las formas de vida y relación existentes y su sustitución por relaciones dependientes de la economía global, y por lo tanto sometidas a las asimetrías de poder del imperio, a su control, manipulación, especulación, etc. Se trata, también, de poder afectar a enormes sectores de la población a través de la manipulación de los precios de los alimentos, y utilizar esto como amenaza, como arma política.

Las pandemias

Las pandemias se pueden incluir también en la categoría de guerra biológica de baja intensidad, pero lo que mejor las caracteriza es que pueden servir a generar o catalizar crisis de tipo médico, sanitario, humanitario, que enmascaran la conquista capitalista.

La lógica de las pandemias es compleja, variable, modular, multidimensional, en permanente evolución. Los virus bélicos son organismos genéticamente modificados diseñados en laboratorios militares a partir de virus existentes. Son, otra vez, ***monstruos*** compuestos de fragmentos de otros virus, de la misma manera que los Antiguos creaban sus quimeras. Estamos otra vez en la lógica de la manipulación de la realidad a partir de ficciones, que a su vez son convertidas en realidad y presentadas ante el público como fenómenos naturales o espontáneos, no exentos de una cierta dimensión maligna, en el sentido más sobrenatural y más religioso del término. Pues en efecto ***estas quimeras microscópicas están investidas de todo el poder contagioso, maléfico, apocalíptico que la tradición religiosa veía en los monstruos y en las plagas.*** Otra vez los sacrificios y su conjuración como vehículos de dominio capitalista.

Lo habitual es que los virus transgénicos sean modificaciones o combinaciones de virus comunes existentes. Porque una de las estrategias perversas utilizadas, como ha mostrado Jon Rappoport, es que los virus bélicos se confundan con los virus de los que se componen, de manera que puedan ser utilizados fraudulentamente para decretar la pandemia del virus transgénico. Así, pueden crearse a partir de virus de enfermedades muy extendidas entre las poblaciones periféricas, sobre todo de las más desfavorecidas, y que de hecho son virus que ya causan estragos significativos antes de la operación. Es el caso de las denominadas enfermedades de la pobreza, como la tuberculosis, la malaria, el cólera, el dengue y otras, asociadas a la explotación industrial, a la contaminación, a la desnutrición, a la falta de higiene, etc. La clave es que los síntomas de los virus bélicos sean muy parecidos a los de estas enfermedades, lo que permite, gracias a la utilización de métodos de diagnóstico muy laxos o fraudulentos, hacer pasar por el virus bélico en cuestión todo un conjunto de síntomas similares. En otras palabras, poder generar artificialmente una pandemia, combinando y modulando diferentes factores, en función de las circunstancias. En el límite, como indica Rappoport, sin que ni siquiera sea necesario el virus en cuestión.

Las pandemias se convierten así en una oportunidad para generar una crisis local, decretar estados de emergencia, enviar personal sanitario, médico, humanitario o militar; en definitiva, provocar un estado de «shock» generalizado que facilite los planes de domi

150

nación imperiales. Pero también pueden servir de oportunidad o de cortina de humo para experimentos de la industria farmacéutica o del agronegocio, o para enmascarar los daños colaterales provocados por las corporaciones imperiales.

Las vacunas son parte integrante de estas guerras biológicas de baja intensidad. Las vacunas en general producen numerosos daños colaterales, incluso en la población sana de los países centrales. La lógica de la vacuna nos lleva de nuevo a lo que hemos dicho sobre los transgénicos y sobre el sistema de guerra en general. Son, por definición, una agresión para la biología humana, que pueden contener, no solo los virus atenuados o muertos contra los que se pretende inmunizar, sino además toda una serie de adyuvantes tóxicos y contaminantes, metales, otros virus o bacterias, fragmentos orgánicos, etc., en muchas ocasiones incontrolados o desconocidos. De ahí que, a menudo, incluso entre la población sana, las vacunas produzcan efectos secundarios de todo tipo, incluida la muerte; casos que son oportunamente silenciados por el aparato de desinformación del imperio.

En el caso de las poblaciones empobrecidas y desnutridas, en entornos contaminados por la industria, habi-tualmente en países periféricos, el sistema inmunitario no resiste los efectos de estas vacunas y sus daños colaterales se multiplican. De manera que, además de estos efectos colaterales, la vacuna puede provocar precisamente la enfermedad contra la que pretende inmunizar. Así, las vacunas se suman a los efectos destructivos de los virus bélicos; forman con ellos un sistema único.

77

Además, los virus bélicos y los programas de vacunación están siendo utilizados, de manera más o menos intencionada, en programas eugenésicos encubiertos: anti-fertilizantes, espermicidas, abortivos, incluso con componentes que discriminan racialmente a las víctimas. Es el mecanismo sacrificial operando a nivel microscópico, los antígenos convertidos en fanáticos de la pureza racial y religiosa como en otras épocas lo fueron los hombres. ***Racismo biotecnológico y farmacéutico.***

Pero insistimos, las pandemias se inscriben en la lógica modular de la guerra total. Lo que hacen es implementar un sistema de control poblacional que, ante determinadas circunstancias, puede intensificarse hasta convertirse en un sistema de neutralización total de la población, similar a un estado de excepción, pero utilizando personal médico y sanitario en lugar de policial, hospitales en lugar de cárceles y campos de concentración, inyecciones en lugar de armas. ***Un totalitarismo de corte científico-médico, mucho más efectivo y aséptico que el de las policías secretas y las torturas.***

El clima de excepcionalidad que rodea a las crisis pandémicas beneficia en general a las farmacéuticas, al favorecer la laxitud de los protocolos de aprobación de medicamentos, al dar salida a sus excedentes, como sucede en el caso del armamento, pues en definitiva se trata también de armas. Gracias a las situaciones de emergencia, al «shock» social, los protocolos de seguridad de las vacunas se relajan, las compañías se liberan de su responsabilidad, se avanza en la implementación de mecanismos de control más beneficiosos para las

152

corporaciones y menos seguros para los ciudadanos, se sientan las bases del control poblacional total a través de la ficción médica.

En las pandemias se observa también cómo este tipo específico de crisis sirve a agendas diferentes y a distintos niveles. En este caso, la paranoia del contagio, que los medios de desinformación se encargan de dramatizar, contribuye a la demonización de la inmigración, a los conflictos raciales, a un mayor control de fronteras, al endurecimiento de las leyes de extranjería, a la obligatoriedad de las vacunas, etc. Insistimos en la dimensión multidimensional, modular, progresiva, complementaria, de estas crisis. Como en otros tipos de crisis, las pandemias se inscriben en una lógica de continuidad que se va adaptando a las circunstancias particulares, a las respuestas de los ciudadanos, que se va ensayando en distintos escenarios, que va implementándose en los ámbitos legislativo, regula-torio, de protocolos médicos y sanitarios, de aprobación de medicamentos, etc. Se trata en definitiva de una tecnología bélica, que, como sabemos, debe ser permanentemente desarrollada, testada, mejorada, cuyos excedentes deben encontrar salida para financiar nuevos ***avances,*** cuyo personal debe entrenarse con regularidad, que debe estar siempre preparada para enfrentar o provocar nuevas crisis, que debe servir como amenaza inminente en todo momento.

Una pandemia concreta puede, por ejemplo, facilitar la implantación de bases militares del imperio en un área concreta. Pero además contribuye, junto con otras crisis de un tipo o de otro, a avanzar en la consecución

78

de otras agendas de medio y largo plazo, de alcance más global. Así, las pandemias contribuyen en general al adoctrinamiento de la población en lo que respecta a las vacunas y a programas de vacunación obligatorios, lo que a su vez abre la posibilidad del control masivo de la población, de la implantación obligatoria de dispositivos biométricos, etc.

Por último, también las pandemias, como hemos avanzado, se inscriben en una lógica inherentemente sacrificial y religiosa. Toda la epidemia viene rodeada del aura de la maldición divina. Recordemos, sin ir más lejos, las pestes bíblicas. El clima social de miedo a ser contagiado por este mal ***ubicuo*** abona el terreno para que nuevos sacerdotes-sanitarios, vestidos con nuevos trajes ceremoniales de seguridad, celebren la liturgia de la separación y la designación de las víctimas, a las que nadie osará acercarse so pena de herejía.

Como venimos diciendo, la ciencia, la tecnología y la medicina oficiales, se inscriben en la lógica bélica. Los virus y las vacunas bélicos no son más que la vanguardia del sector, el terreno privilegiado de experimentación en el que las condiciones de excepción hacen posibles ensayos que las legislaciones comunes prohiben. Insistimos en que ***la ciencia, la tecnología, la medicina no son ni buenas ni malas ni neutrales, sino sacrificiales, y que la investigación de punta es justamente una suerte de ritual sacrificial cuyas víctimas propician el «progreso» del saber.***

La medicina occidental oficial se basa en el paradigma de la guerra. En contra del sentido común de milenios de civilización, el sistema capitalista fomenta la enfermedad y la dependencia de los pacientes de los médicos, porque la medicina no deja de ser un sistema de control social y de administración controlada de muerte. Bajo la apariencia de la curación, lo que el sistema médico y farmacéutico capitalista persiguen es hacer a los pacientes dependientes de las drogas y sumisos al sistema autoritario médico, así como, de manera encubierta, provocar efectos secundarios

— eufemismo para ***daños colaterales*** de guerra— que hagan, de los ciudadanos, enfermos a perpetuidad del sistema y fuente de ingresos permanente. El trasfon-do bélico de la medicina oficial se puede apreciar si consideramos que esta se basa en el ataque, el corte, la extirpación, la quema, la toxicidad, la radiación. Un poderoso aparato de propaganda y de soborno más o menos explícito a los investigadores, a los médicos y a las autoridades, así como un sutil entramado de coacciones común a otros sectores, se encarga de legitimar esta modalidad agresiva de medicina y de desacreditar, marginalizar, demonizar, censurar, y en los casos más extremos, eliminar, formas de medicina alternativas. Como hemos visto en el caso de los transgénicos, la analogía entre la guerra y la medicina no es una metáfora. La medicina occidental capitalista es una guerra de baja intensidad que el imperio libra contra todos. Tampoco es una casualidad que sea precisamente en el contexto de situaciones de guerra en las que la medicina del imperio puede hacer sus mayores avances; en estas situaciones dispone de poblaciones más desprotegidas para utilizarlas como cobayas humanas. Como en otros sectores, los experimentos de Josef Mengele en los campos de concentración nazis nos ofrecen el paradigma de cómo funciona la medicina en el nazicapitalismo de hoy.

En este contexto parece coherente que la eutanasia tienda a extenderse y legalizarse progresivamente. No parece una casualidad que la aceptación social de la eutanasia se produzca al mismo tiempo que el capital se apropia cada vez más de la salud pública, y

los seguros médicos se benefician de catalizar artificialmente la muerte. En el fondo se trata de la misma lógica que rige el imperio de la ficción: desencadenar intencionadamente una crisis latente, beneficiándose de ello, y haciendo responsable al individuo, que en este caso es, al mismo tiempo, víctima y verdugo.

Si, como hemos visto, una de las ficciones más poderosas del sistema es la de la libertad individual, parece lógico que esta tienda a la libertad por excelencia del individuo: la de ***darse*** la muerte. Pero, en el colmo de la dependencia del poder, el sujeto solo puede hacerlo si es el sistema médico quien se la administra. La culminación de la libertad del individuo, que es darse la muerte, coincide así con el momento en que el sistema médico capitalista se quita la careta y muestra su verdadero rostro como dispositivo de administración de muerte. Pero el sistema nos ***venderá*** la eutanasia como un «avance» en las «libertades». Como todas las «libertades» del Estado burgués capitalista: te concedemos «libertad» para disfrutar si haces sufrir lo que ***debes,*** te concedemos «libertad» para consumir si te sacrificas lo que ***debes,*** te concedemos «libertad» para matar si te dejas matar tal como ***debes.*** Y como premio final a la sumisión al sistema de muerte, te concedemos una última libertad: pedirnos que te matemos, ***liberando*** así de toda culpa al sistema. La libertad de permitir que el sistema nos ***de*** muerte encubre la cobardía que necesita el sistema de sus sometidos, la falta de valentía para ***dar*** la vida por algo. Por eso la contrafigura de la eutanasia contemporánea es la figura del terrorista.

El proceso de aceptación social, moral y legal de la eutanasia se corresponde con el de la progresiva destrucción de los valores precapitalistas y su sustitución por ***valores*** capitalistas, que de hecho se reducen al valor de cambio. O si se prefiere, el proceso en el cual las sociedades se quitan la máscara de la moral cristiana, humanista, tradicional, y muestran el rostro de la no-moral capitalista.

La naturaleza ficticia

Después de todo lo que hemos dicho es evidente por qué para el imperio las crisis ideales son las crisis «naturales». Las sequías, los diluvios, las inundaciones, los huracanes, los terremotos, los tsunamis, producen de forma impersonal, anónima, justamente lo que el sistema capitalista necesita para extender sus redes de dominio y control: la destrucción de la convivencia-libre. Tanto mejor si no se puede hacer responsable de ellas más que a la naturaleza. En efecto, la misma lógica de intervención artificial en situaciones de crisis latentes o larvadas que se da en el caso de desestabilizaciones, revoluciones de colores o conflictos en general, se aplica a las crisis «naturales». El imperio dispone hoy de tecnología capaz de catalizar crisis y catástrofes naturales, desde la modificación del clima a los terremotos. Todo ello se engloba en la denominada geoingeniería, que comprende técnicas como los ***chemtrails*** («estelas químicas»; no confundir con ***contrails*** o «estelas de condensación»), ondas y pulsos electromagnéticos, sistemas tipo HAARP, etc. De manera que ***el imperio de la ficción consigue convertir una ficción en realidad, pero venderla como natural.***

Sin duda, el arma perfecta. Esta es la razón por la que los medios de desinformación apenas hablan de estos temas. Ya sabemos que es precisamente todo lo importante, todo lo que está pasando, todo lo que está en proceso de establecerse y legalizarse lo que los medios censuran. Lo mismo se puede decir de la ciencia oficial.

De nuevo la guerra climática y sísmica es multidi-mensional, progresiva, modulable. Abarca todos los grados de la dominación imperial, desde el ataque encubierto a formas de producción agrícola y ganadera tradicionales para su conquista por los monocultivos transgénicos, pasando por la desestabilización de grandes áreas a través de la influencia en el medio natural y los medios de subsistencia, hasta llegar a su utilización combinada en escenarios de guerra convencional. Así, la guerra climática-sísmica ataca algo tan elemental para la vida y la subsistencia humanas como es la alimentación, al alterar los regímenes naturales de lluvias, soleamiento y temperatura, hasta la catahzación de catástrofes «naturales» severas como sequías, olas de calor, granizadas, heladas, inundaciones, terremotos, tsunamis, etc.

Las guerras climáticas suponen por lo tanto la destrucción de las formas de vida y los sistemas de subsistencia existentes, lo que sienta las bases para su transformación en grandes explotaciones agropecuarias controladas por el capital transnacional. De ahí que deben ser vinculadas a las guerras biológicas-transgénicas. En efecto, los organismos genéticamente modificados se diseñan para ser resistentes a los ingredientes tóxicos

contenidos en los ***chemtrails.*** Esto significa, insistimos, los ***chemtrails*** están siendo también utilizados, de la misma manera que sucede con los herbicidas y los sticidas, como una forma de ataque a las formas de vida naturales no transgénicas. Haciendo posible que los cultivos transgénicos puedan implantarse allí donde esta guerra climática y biológica ha exterminado otras formas de vida, y convivir con esta ***lluvia*** hostil mientras estos programas de fumigación a gran escala continúan.

Por otro lado la guerra climática proporciona una coartada perfecta para ***vender*** la farsa del cambio climático, al mismo tiempo que, en parte, lo provoca. En efecto, las modificaciones del clima suponen provocar intencionadamente olas de calor y sequías en ciertas zonas, lo que es convenientemente manipulado, escenificado y dramatizado en los medios de desinformación para ***hacer creer la ficción del cambio climático.*** Pero, al mismo tiempo, el cambio climático mismo sirve de excusa para justificar el uso de la geoingenie-ría, y en particular, el de los ***chemtrails.*** Así, las múltiples alteraciones del clima que la geoingeniería está provocando se pueden achacar a la narrativa oficial del cambio climático. Sobre todo aquellas que suponen el «calentamiento». De manera que el cambio climático, además de ser una gran escenificación de largo alcance sirve como cortina de humo para los ***chemtrails.***

A fin de cuentas no solo se crea ***la ficción*** de que el cambio climático está causado por el hombre; además, ***esta ficción*** se convierte —parcialmente— ***enrealidad,*** y es utilizada como arma mediática para reforzar su

ficción y avanzar en la agenda de la dominación global. La lógica es la misma que la que estamos identificando en otros frentes de guerra: una agenda encubierta de dominación, a través de técnicas tremendamente sofisticadas, consigue ***convertir la ficción en realidad y*** vendernos esta realidad como una «amenaza» que demanda soluciones que, a su vez, permiten realimentar permanentemente el circulo vicioso de la administración de muerte capitalista.

Y como hemos comentado para el caso de las pandemias, esta falsa naturalidad de muchos de los desastres «naturales» contribuye a dotar a este fenómeno de una particular dimensión apocalíptica, moral, particularmente cara a la tradición judeocristiana, con todo el aparato de la culpabilidad, la responsabilidad, la retribución, la venganza, etc., que tan sutilmente aprovechan los farsantes del calentamiento global. Veremos cómo todo esto es utilizado en otra de las ficciones del imperio: la máscara medioambiental.

162

Los medios sacrificiales

La función fundamental de los medios de masas hoy es desinformar, censurar lo importante, manipular la información, pero también ***presentar como verdades las mentiras oficiales.*** Según Michel Chossudovsky la propaganda no se rige ya por la doctrina de la desinformación, sino por lo que denomina la «doctrina inquisitorial», que consiste en mostrar abiertamente los excesos del poder, de Guantánamo a Abu Ghraib, del reconocimiento oficial de la tortura a los daños colaterales contra la población civil. Efectivamente una cosa es ocultar la información desagradable que no se quiere reconocer públicamente, y otra muy distinta es, no solo reconocerla, sino exhibirla explícitamente y con todo lujo de detalles. Una es una actitud hipócrita y otra cínica. Una deja ***fuera de escena*** algunos de los elementos que podrían herir la sensibilidad del público, y otra es ***obscena.*** En cuanto a la distinción entre la doctrina de la desinformación y la inquisitorial, creemos que la doctrina que hoy rige en la propaganda imperial está a caballo entre ambas, comparte algo de ambas. Es desinformadora e inquisitorial al mismo tiempo, hipócrita y cínica, escenográfica y obscena.

En el fondo el mejor calificativo para los medios de masas de hoy es el de ***medios sacrificiales.*** Hemos tratado de mostrar que el dominio se ejerce a través de la violencia y de su amenaza, y que esto se encuadra en el denominado mecanismo sacrificial o «mecanismo del chivo expiatorio» (René Girard). Muchas religiones han girado en torno a los sacrificios y han elaborado sofisticados rituales sacrificiales como dispositivos político-religiosos de control social y moral. Pues bien, los medios de masas hoy son uno de los ámbitos en los que se escenifican los rituales sacrificiales de la religión capitalista. Y estos rituales son un vehículo de poder fundamental, indisociable de la política, tal como hoy se practica, no de la política en el sentido clásico del término, que como hemos visto es un puro teatro. La doctrina de la desinformación y la inquisitorial se funden en un mismo mecanismo sacrificial que pone en escena determinados elementos, al tiempo que oculta otros, todo ello de cara a la ritualización de la violencia y de su amenaza. El resultado es que ***los rituales sacrificiales que boy se celebran en los medios de masas son la versión contemporánea de los autos de fe de antaño.*** De ahí que el término «inquisitorial» sea tan acertado.

Aunque la lógica sacrificial que subyace a estos rituales mediáticos es compleja, se puede reducir a un principio muy simple: ocultar la violencia estructural del sistema y enmascararla mediante otra violencia ficticia, identificable, localizable, aislable, designable como violencia «mala» y/o como violencia «buena». Así, los sacrificios se pueden reducir a un esquema

164

básico, compuesto por tres elementos: víctimas, verdugos y público, con distintas posibilidades de identificación del público con los dos primeros. A partir de este esquema básico se pueden dar varios tipos:

Tipo A. El público se identifica con las víctimas. Es el caso del 11S. Los terroristas son designados como «malos» y las víctimas de los atentados —junto al público que se identifica con ellas— como «buenos». La advertencia de George W. Bush, días después de la gran escenificación, debe interpretarse en este sentido: «O estás con nosotros o estás con los terroristas.» Además de ser un anuncio del régimen policial que se avecinaba.

Tipo B. El público se identifica con los verdugos. Es el caso del supuesto asesinato de Bin Laden. La víctima es designada como «mala» y los verdugos —junto al público que con ellos se identifica— como «buenos».

Tipo A + B. El público se divide en su identificación entre las víctimas y los verdugos. Es el caso de las supuestas decapitaciones hollywoodenses de occidentales por yihadistas (desde agosto de 2014). Para unos se aplica la fórmula del tipo A y para otros la del tipo B. Pero se trata en realidad del tipo genérico, que puede inclinarse hacia los dos tipos anteriores. Persigue, por definición, el conflicto social, la radicalización de las posturas, en el límite, la guerra civil.

De lo que se trata es, como ya adelantamos, de distinguir entre una violencia «mala» y una violencia «buena», para legitimar así las acciones violentas «buenas» del imperio. Hemos mostrado cómo la estrategia

del poder consiste en designar un enemigo y de esta forma justificar su violencia «buena» como una respuesta a la violencia «mala» de dicho enemigo. Pues bien, esta operación es en esencia una ritualización sacrificial, una escenificación, una ***ficción*** convertida en ***realidad.*** En el caso del terrorismo esta ficción es evidente, teniendo en cuenta que, en la mayor parte de los casos, y sin duda en las grandes operaciones tipo 11S, ***los terroristas son aliados encubiertos del poder para desempeñar el papel de «malos» en la ficción.*** Podemos entender entonces hasta qué punto el verdadero poder, la verdadera política del imperio hoy, se sostiene en esta lógica sacrificial y ficticia. Podemos entender hasta qué punto juegan los medios hoy un papel intrínsecamente político. En este sentido hablamos, también, de ***imperio de la ficción.***

Pero el mecanismo sacrificial es mucho más complejo. Se basa en la transferencia de la violencia social, de la culpa, en la identificación de los espectadores con víctimas o con verdugos, en la proyección sobre ellos de esta violencia y esta culpa, y en el mejor de los casos, en una verdadera catarsis social. El mecanismo es tan poderoso que actúa incluso sin que seamos conscientes de ello, como ha mostrado René Girard con gran lucidez.

De manera que el ritual sacrificial, la violencia escenificada en los medios, del atentado o de la pandemia «natural» de turno, funcionan en cierta manera como máscaras. Pero a un mismo tiempo como un complejo de símbolos que canalizan, focalizan, concentran, desvían, sustituyen, enmascaran, la violencia estructural del sistema: los conflictos entre

ricos y pobres, entre acreedores y deudores, entre capitalistas y trabajadores, entre banqueros y desahuciados, entre empresarios y parados, entre centros y periferias, etc. Después de todo, como sabemos, esta violencia estructural, a pesar de ser real y atravesar todo el sistema, está hasta tal punto incorporada en sus mecanismos que no es fácilmente perceptible. Como hemos mostrado, si el capitalismo es eficaz es porque sus propios mecanismos monetarios, financieros, mercantiles, fiscales, así como el conjunto de dispositivos científicos, tecnológicos, médicos, que les dan forma, canalizan en buena medida la violencia social. Es decir, operan también como mecanismos sacrificiales. Pero el sistema no es perfecto y necesita recurrir a mecanismos auxiliares que canalicen los ***excedentes*** de violencia. Esta es la función de los rituales sacrificiales mediáticos, además de enmascarar la violencia estructural implícita en los primeros. Si estamos observando un aumento significativo de este tipo de escenificaciones, de banderas falsas, de secuestros y decapitaciones, de pandemias, de catástrofes «naturales», es porque es justamente en el contexto de la crisis que atravesamos cuando el sistema más necesidad tiene de recurrir a ellas.

De manera que los medios de masas funcionan, en cierta manera, como un colchón amortiguador de la violencia estructural del sistema, del mismo modo que contribuyen a canalizarla en otros ámbitos más beneficiosos para las élites. Los medios enmascaran y canalizan la violencia estructural a través de los rituales sacrificiales de los que venimos hablando. Se trata, como

decimos, de un dispositivo con dos cometidos principales: enmascarar un tipo de violencia —la violencia ***real,*** estructural— y escenificar otro tipo de violencia — la violencia ***ficticia;*** la violencia «buena» y la violencia «mala» — , pero que al mismo tiempo debe ser en parte convertida en ***realidad.*** Cuanto mejor funciona este mecanismo, más violencia pude permitirse infligir el imperio en ***otros*** países, en ***otros*** pueblos, en ***otros*** ciudadanos. En la medida en que la ficción de que nosotros somos los «buenos» y los ***otros*** son los «malos» es ***creída*** por la mayoría. En la medida en que las minorías que no se ***creen*** la ficción, son asimiladas a los «malos». En este sentido el imperio funciona hoy como una maquinaria totalitaria tremendamente sofisticada, en la que uno de los elementos claves es la empatia del espectador. Como han hecho otros totalitarismos, pero mediante métodos mucho más elaborados e ubicuos. Utilizando el mismo ***pathos*** de la larga tradición sacrificial, el mismo de la tragedia griega, pero ahora incorporado en el espectáculo, en los medios, en las series de televisión, en Hollywood.

La mentira es consustancial al sistema. Y esta mentira es en definitiva la que se deriva del mecanismo sacrificial, la que oculta la violencia estructural real y en su lugar escenifica las violencias sacrificiales ficticias. El 11S es hoy la madre de todas las mentiras. La mentira fundadora sobre la que se construyen el resto de mentiras imperiales, la que debe ser renovada regularmente como es habitual en todo régimen sacrificial y ritual. El 11S es la ficción fundacional de nuestro tiempo, la que define las «verdades» oficiales sobre la

que se construyen en lo sucesivo el resto de ficciones de segundo orden, la que justifica todas las acciones violentas «buenas» del imperio, la que impone el consenso ***dominante*** que es necesario asumir en todos los ámbitos de la vida social, la que distingue entre amigos y enemigos, etc. Esta trama de ficciones atraviesa de tal manera todo el sistema hoy que es difícil no verse atrapado por ella. Sobre todo en el caso de tener algún grado de responsabilidad o de poder en el imperio. Este libro es un intento de romper esa trama perversa de complicidad con las mentiras del poder y de generar una trama de resistencia alternativa.

La intención es en última instancia asociar con el terrorismo todo lo que se oponga a la lógica dominadora del capital. Particularmente aquellas posiciones, ideas, intelectuales, medios, que se dedican precisamente a desmontar estas mentiras oficiales. Para ello la propaganda del imperio se dedica a desacreditar y a demonizar, y cada vez más, a censurar y a criminalizar estas posiciones alternativas, bajo los calificativos de negacionismo, teorías conspirativas, complo-tistas, conspiranoicas, etc. Además de asociarlas con el terrorismo, otra de sus estrategias es meter en un mismo saco a analistas e intelectuales serios, con todo tipo de blogueros, extravagantes, charlatanes e iluminados. También, infiltrar agentes encubiertos desinformadores, de manera que el público desprevenido termine perdiéndose en esta jungla de información y desinformación, identifique a unos con otros, y regrese finalmente al redil de los medios de desinformación oficiales.

A partir de todo lo que venimos diciendo se puede entender hasta qué punto los medios actúan hoy como dispositivos de adoctrinamiento. Como hemos visto, todo se basa en última instancia en un lema orwelliano del tipo «La autoridad dice la verdad. Los mentirosos son terroristas». Esto puede parecer exagerado pero en realidad está implícito en cualquier debate, conversación, opinión, posición intelectual, comportamiento, en todos los ámbitos oficiales del sistema.

Si bien las aportaciones de Michel Foucault sobre la «anatomopolítica» y la «biopolítica» son fundamentales, hay que señalar que hoy el poder experimenta un retorno a lo sacrificial. De manera que habría que vincular la anatomo/biopolítica y el espectáculo sacrificial, los cuerpos reales y su proyección en los medios, la ***nuda vida*** (Giorgio Agamben) y su ritualización en las pantallas de bits. Esta estructura asimétrica es la misma que la que se da en el sistema en su conjunto, entre el capital financiero y el productivo, entre el capitalista y el trabajador, entre el acreedor y el deudor, entre el dinero fiduciario y la extracción de riqueza real. En el seno de esta estructura el espectáculo sacrificial proporciona los roles de referencia que deben ser emulados miméticamente. En este sentido hay que entender el adoctrinamiento de los medios. No sólo es adoctrinamiento en el discurso, también lo es en el comportamiento. En este sentido se puede interpretar el dispositivo sacrificial mediático, también, en cierto modo, como un dispositivo anatomo/biopolítico, si tenemos en cuenta hasta qué punto este nos impone, no solo las «verdades» en las que ***se debe creer,*** sino

también los comportamientos normativos, los no sospechosos.

En el dispositivo sacrificial se cruzan ambos registros: el del discurso y el del comportamiento. De manera que, insistimos, aquí es donde está hoy la verdadera política y no en los parlamentos. En el dispositivo mediático sacrificial es donde se nos dice cómo hay que comportarse, cómo hay que moverse, cómo hay que mirar; pero también cómo hay que pensar, cómo hay que hablar, qué hay que decir, qué hay que callar, cómo se debe decir. En definitiva, cómo hay que someterse a la estructura de dominación. Lo que quiere decir, al mismo tiempo, cómo hay que integrar esta estructura, cómo esta debe atravesarnos, ***cómo debemos someternos y cómo debemos someter.*** De la misma manera que hay «buenos» y «malos» debe haber dominadores a dominados, para que todo funcione como es debido. No debe existir ninguna ambigüedad. En esto consiste, por poner un ejemplo, MasterChef.

Este papel de los medios como dispositivos de adoctrinamiento debe comprenderse en relación con las crisis. En efecto, el imperio hoy está haciendo un enorme esfuerzo para adoctrinarnos en técnicas de gestión de crisis, de catástrofes, de pandemias, etc. En los filmes de Hollywood, en las series de televisión, en los telediarios, no dejamos de ver policías militarizados entrando por la fuerza en viviendas, personal médico con trajes de seguridad, controles aeroportua-rios con dispositivos de escaneado, etc. Y en todos los casos se nos dice lo que debemos hacer y no hacer, lo que debemos pensar y no pensar, a quién debemos

obedecer y de quién debemos sospechar. En definitiva se trata de un enorme dispositivo de adoctrinamiento en el que la consigna fundamental es, de nuevo, que todo lo que la autoridad dice es verdad y que el que no obedezca es un enemigo. Como veremos la realidad y la ficción no se distinguen en este sentido. La crisis ***real*** que nos muestran en el informativo de la televisión y la crisis de ***ficción*** que vemos en el cine tienden a confundirse y a servir en última instancia a lo mismo: el adoctrinamiento en las técnicas de gestión del caos, a prepararnos para la próxima crisis, a asumir que el que desafía las verdades oficiales lo pagará muy caro.

En este sentido puede decirse que los medios libran hoy una guerra mediática y psicológica contra todos. No es casualidad que una buena parte de la información provenga directamente de los aparatos militares y de inteligencia del imperio, de sus embajadas, de periodistas-agentes infiltrados en los propios medios, de ***sayanim,*** etc., que la lógica de las operaciones encubiertas, como veremos, atraviese toda la propaganda. Los medios libran una guerra contra todos porque, como Unele Sam, desde un principio tratan de que nos alistemos en el bando de la violencia «buena» imperial, incluso antes de que nos demos cuenta de que se trata de una guerra y estamos implicados en ella. Esto está pasando hoy también en las sociedades más estables, más avanzadas de los centros. Tan importante para el imperio es conocer a sus enemigos como reclutar a sus aliados. Pero a medida que más crítica se vuelve la situación más se definen las posturas y más se intensifica esta guerra psicológica que trata de neutralizar nuestra

inteligencia, nuestra intuición, nuestra comprensión, nuestra capacidad de diálogo y convivencia, nuestra libertad, y convertirnos en militantes fanáticos de uno u otro bando, de manera que el imperio se pueda beneficiar de dicho conflicto.

La guerra se libra al mismo tiempo en distintos planos y en distintos frentes y uno de ellos es el mediático. La interpretación sacrificial que hemos desarrollado muestra hasta qué punto estos planos no son más que diferentes dimensiones de una misma realidad. Comprender cómo se vinculan estos planos es la clave de la resistencia al imperio, de la comprensión de otras situaciones aparentemente ajenas, de la empatia con el sufrimiento de otras víctimas. Es esta empatia la que el sistema, y en particular sus rituales mediáticos sacrificiales, trata de manipular. Es esta empatia la que nos permite resistir, y hacerlo en comunidad, aunque sea a miles de kilómetros o a siglos de distancia. Es esta manipulación de la empatia la que pone de manifiesto hasta qué punto hoy el imperio es imperio de la ficción.

Como parte de esta lógica sacrificial, una de las estrategias elementales de los medios es simplemente censurar la información. Lo más importante, lo
que está pasando, lo decisivo, por principio es censurado. Al contrario, lo que nos cuentan los medios de manera explícita es insustancial, irrelevante, anecdótico. Entre lo uno y lo otro, encontramos todo tipo de estrategias de manipulación, de información subliminal, de reforzamiento implícito de las narrativas oficiales, etc. Los medios son como algunas personas: mienten por definición y solo se las puede conocer tratando de

comprender lo que se esconde detrás de sus mentiras. Como ocurre con los mentirosos, creer lo que nos dicen los medios significa convertirse en sus víctimas. Porque si nos mienten es porque quieren algo de nosotros.
Otra estrategia habitual de los medios para mantener la apariencia de que informan es convertir la prensa seria en prensa rosa. Así, a menudo los periódicos presentan a jóvenes glamurosos, inteligentes y multimillonarios, que han hecho su fortuna gracias al esfuerzo, el sacrificio y el espíritu emprendedor. Muchos de ellos en el sector de las tecnologías digitales, de la robótica, de la biotecnología. Lo que no nos cuentan es que si estos jóvenes han conseguido tanto éxito, si sus empresas han conseguido cotizar millones en bolsa de la noche a la mañana, es a menudo porque forman parte del sector industrial-militar del imperio, porque están asociadas a programas encubiertos de alto nivel, porque están al servicio de intereses que no conviene desvelar para que no se pierda el aire de gla-mour. De manera que nos encontramos con la misma lógica de la cortina de humo mediática, que esconde la perversión del sistema que saca beneficio de la guerra. Pero esto no es un simple ejemplo. Dice mucho, no solo de cómo funciona la propaganda del sistema hoy, sino de su doble moral. El mensaje de fondo que debe llegar a otros emprendedores es el que está en la base de la no-moral capitalista: «Zapatero a tus zapatos. No pretendas arreglar el mundo sino dedicarte a algo concreto y ganar mucho dinero con ello. El uso que otros hagan de tus inventos no es tu problema.»

89

Otro de los elementos fundamentales del imperio hoy es la participación. Que no es en el fondo otra cosa que participación sacrificial. La participación es una de las coartadas fundamentales del imperio para su dominación, porque en realidad es una falsa participación, una forma de captar la energía popular que podría oponerse al sistema y recuperarla para que el sistema pueda aprovecharse de ella. Hablaremos de algunas de estas formas de recuperación, de las que el ecologismo es hoy una de las principales. Pero incluso un fenómeno como la democracia puede ser interpretado hoy en este sentido. Así, la democracia es uno de estos dispositivos de captura, de amortiguación, de represión, de recuperación de la oposición al sistema. Otro ejemplo lo tenemos en las redes sociales. La ***creencia*** general es que estas nos ofrecen, de manera gratuita, un mundo de relaciones, de experiencias, de emociones. La creencia es que las redes sociales son ***redes*** y ***sociales.*** Lo que la mayoría no comprende es que no son más que mecanismos de captura, conmutadores en los que la vida y las relaciones verdaderamente sociales son transformadas en información, en cantidades, en datos. Y almacenadas por una instancia central —o por una serie de instancias que operan de manera centralizada— que remite más a la estructura de la pirámide masónica que a la ***red.*** Así, no es extraño que ***redes*** aparentemente ***sociales*** como la Wikipedia sean de hecho medios de propaganda centralizados en los que se manipula y censura la información más sensible.
Lo que hay que entender de las redes sociales, lo más importante, no es tanto que sean una inmensa

fuente de beneficio para los que las gestionan, sino sobre todo que son instrumentos de control social, que actúan como vehículos de recuperación, de neutralización, de anulación de la vida real no capitalista. De la misma manera que el capitalismo fordista hizo del trabajo la fuente fundamental del valor, ahora estos dispositivos transforman la riqueza real de las comunidades, nuestra vida, nuestra creatividad, nuestra intimidad, nuestros deseos, en objeto de negocio y control político. Y es justamente en este proceso de transformación donde ejercen su poder. Y si pueden hacerlo es porque, en última instancia, son formas de participación sacrificial.

90

El retorno de la Inquisición

Ya en 1967 en el ***Informe de Iron Mountain*** se sugería que debían ser los «productores de películas comerciales» quienes desarrollaran un modelo alternativo al de la guerra «de la misma manera en que lo hizo la Inquisición Española y los menos formales juicios de brujas de otros tiempos, con el propósito de lograr la "purificación social", la "seguridad del Estado" u otros objetivos que sean tanto aceptables como creíbles para las sociedades de la posguerra». Hoy estamos de lleno en este ***escenario.*** De ahí que podamos hablar de ***sacrificios hollywoodenses*** con todo rigor. Pero hay que destacar el uso del término «creíble». En otro punto del ***Informe*** se recomendaba «la determinación de los niveles mínimos y óptimos de destrucción de vida, propiedad y recursos naturales como requisito para lograr la ***credibilidad*** de una amenaza externa, lo que resulta esencial para funciones políticas y motivacionales». Esta es la lógica sacrificial de la que venimos hablando, a un tiempo ficticia y real, en el sentido en que se planea como una ficción hollywoodense, pero necesita ejecutarse realmente para que sea «creíble».

La lógica sacrificial nos permite entender cómo opera hoy el imperio, cómo esconde su violencia estructural y la enmascara mediante una violencia ficticia que distingue netamente entre «buenos» y «malos», que impone como verdades oficiales mentiras fabricadas por los aparatos de inteligencia, dramatizadas por los medios de propaganda y la industria del espectáculo. Todas las banderas falsas se pueden entender desde esta lógica. En todas ellas podemos reconocer estos patrones comunes. La misma consigna del US, «o estás con nosotros o estás con los terroristas», está también presente en la serie de supuestas decapitaciones marcadamente hollywoodenses que el grupo terrorista Estado Islámico ha ejecutado recientemente (desde agosto de 2014). En ellas se puede —y se debe— distinguir con toda claridad al «bueno» y al «malo». La misma lógica que en el eslogan ***«Je suis Charlie».*** Una vez más lo que se persigue es el consenso de toda la población en torno a estas mentiras fabricadas, asimilar implícitamente con los terroristas a todas aquellas posiciones que no aceptan la narrativa oficial (persecución de Alain Soral y otros ***«Je ne suispas Charlie»).*** Incluso se puede observar la misma lógica implícita a nivel simbólico en el ***11-S (1 + 1,*** torre + torre), que vuelve a darse en el ***11-M*** en Madrid (2004), en el 7-7 en Londres (2005), y en el ***11-M-ll*** en Fukushima. No parece una coincidencia que las banderas falsas más importantes de las últimas dos décadas tengan todas ellas la alusión simbólica al «doble monstruoso», a la «violencia recíproca», de lo que nos ha hablado René Girard. Pero no es imprescindi ble

recurrir a la cábala para comprender la lógica inquisitorial imperial.

Insistimos en que se trata de una estrategia muy sofisticada y elaborada, que busca manipular psicológicamente a la ciudadanía y legitimar la criminalización de cualquier posición disidente, y que en última instancia es una forma de guerra mediática contra todos. Así como la intensificación de los conflictos sociales, raciales, religiosos. Y por supuesto reforzar y legitimar la dominación capitalista global. En resumen, concebir una ficción, convertirla en realidad, y gracias a ella, transformar un estado de cosas real en la sociedad en la dirección que le interese al imperio, lo que a su vez es convertir una ficción en realidad. Todo ello ***escondiendo la mano*** del imperio detrás de la escena.

Como decíamos, la misma estrategia sacrificial se puede observar en la serie de supuestas decapitaciones de ciudadanos occidentales, o de sus aliados, a manos de terroristas yihadistas. De nuevo la inteligencia del imperio se sirve de un fenómeno existente y lo manipula con técnicas hollywoodenses para hacerlo más efectivo. Así, como ***realidad*** de partida se toman sacrificios reales, como los que están teniendo lugar en el marco de las guerras en Irak y en Siria, cometidos en plazas públicas, grabados con métodos caseros, colgados en Internet, que abarcan desde lapidaciones, linchamientos, crucifixiones, descuartizamientos, decapitaciones, hasta ingestas caníbales. Se trata de sacrificios, insistimos, ***reales,*** ejecutados por los propios grupos terroristas, con un alto grado de improvisación,

en medio de tumultos numerosos y excitados. No debemos olvidar que muchos de estos grupos terroristas son aliados encubiertos del imperio, y que este tipo de actos para aterrorizar a la población local son, de manera implícita o explícita, aprobados por él. Se inscriben en la dinámica más general de la limpieza étnica que, como hemos mostrado, forma parte de la agenda encubierta del imperio para balcanizar estados estratégicos. Pero lo que queremos subrayar aquí es que estos sacrificios son reales, espontáneos, mínimamente planificados. El problema es que su eficacia de cara al público televisivo es limitada, especialmente para un espectador que no esté familiarizado con los códigos locales, como es el caso del ciudadano occidental. Dicho de una manera simple: no es fácil distinguir entre el «bueno» y el «malo», no es fácil identificarse con uno u otro, sino simplemente sentir una sensación de repugnancia general. No es casualidad que estos sacrificios no sean mostrados en los medios de desinformación occidentales.

Compárense ahora estos sacrificios ***reales*** con las supuestas decapitaciones de occidentales por yihadis-tas que sí han trascendido a los medios occidentales. A pesar de que en esencia se trata de lo mismo, entre unos y otros hay una diferencia abismal a todos los niveles. Así, en estas últimas decapitaciones se distingue con toda claridad al «bueno» del «malo». Aparecen en escena solo estos dos personajes: el supuesto terrorista, disfrazado de terrorista, encapuchado, de negro, armado, de pie; y el supuesto rehén occidental, disfrazado de prisionero, con el traje naranja de las cárceles

estadounidenses, con el pelo rapado, arrodillado. En otros casos los terroristas son actores gigantes y las víctimas actores enanos, para asegurar la distinción y la eficacia simbólica. Estas supuestas decapitaciones suelen venir precedidas de mensajes en los que ambos personajes miran a la cámara y se dirigen directamente a Occidente — «Un mensaje a América», «Un mensaje a los aliados de Estados Unidos», etc. — , en un inglés o francés perfectos. Las partes más obscenas, si es que han tenido lugar, no forman parte del montaje para no herir la sensibilidad del espectador. Todo ello se elabora con un gran refinamiento de medios, se graba con varias cámaras, gran calidad de vídeo y audio, montaje elaborado, cortes, cambios de cámara, juegos de zoom, etc. En suma: con un estilo perfectamente hollywoodense. Como no podía ser de otra manera, a estas decapitaciones les siguen importantes acciones o intervenciones del imperio, bien sobre el terreno, o bien a nivel nacional, medidas de represión policial, fronteriza, etc.

En julio de 2015 unos hackers ucranianos publicaron una grabación en la que se veía que al menos una de estas supuestas decapitaciones era una ficción grabada en estudio con toda la sofisticación de las producciones hollywoodenses.

Otros patrones comunes nos ofrecen más indicios de que se trata de banderas falsas fabricadas por el imperio. Se anuncian con antelación, para mantener en vilo al público. Las supuestas víctimas son ciudadanos occidentales o aliados, de países implicados en el conflicto, o a los que el imperio quiere implicar. Se presentan como profesionales sin relación directa con

la guerra, como es la cooperación, el activismo, el periodismo ***freelance,*** con los que el espectador occidental medio puede empatizar, a los que puede identificar como «inocentes», con el personaje «bueno», por oposición al personaje «malo». Está en juego aquí la lógica sacrificial de la que hemos hablado, la identificación con el «bueno», la demonización del «malo», la transferencia de la culpa. En suma, la simplificación ***ficticia*** de toda la complejidad del conflicto a la escenificación de una violencia «mala» ejercida por los terroristas, que requiere de la intervención de una violencia «buena» imperial. Al mismo tiempo que se enmascara la violencia real y estructural del sistema, de sus guerras de conquista y de la instauración de estados policiales en los centros.

Anteriormente hemos mostrado que las agendas del imperio son progresivas, modulares, multidimen-sionales, parciales, sectoriales, solapadas, abiertas, etc. En otras palabras, aunque una determinada bandera falsa o una determinada pandemia puede tener un objetivo más concreto, estas, junto al resto de eventos, crisis, banderas falsas u operaciones encubiertas, también contribuyen a otra serie de objetivos de medio y largo plazo. De la misma manera el público ***target*** de estas acciones no es único y a veces un mismo evento puede estar dirigido a varios de ellos. Por otro lado hemos visto que la dinámica sacrificial es, por su propia esencia, ambivalente. Y así, en ocasiones lo que se busca precisamente es la división, la confrontación social. En el caso de estas decapitaciones hollywoodenses vemos algo de esta complejidad. Sirven al mismo

tiempo para legitimar las acciones imperiales bélicas y policiales ante el ciudadano occidental medio, pero también, al mismo tiempo, para radicalizar a ciertas minorías, a reclutar miembros para los grupos terroristas. Además, el mismo material es, a su vez, filtrado, montado, dramatizado, de distintas maneras por los medios de propaganda, según los casos. Se suministra, como la comida preparada, precocinado, para que cada uno de los medios de turno le dé el toque final con su estilo propio.

En resumen, estas operaciones no están exentas de un cierto grado de caos, como el conjunto de la conquista imperial, lo que contribuye en todo caso a la estrategia de enmascaramiento que lo rige todo. En efecto, todo tiene que parecer caótico, espontáneo, improvisado, auténtico, real... Y sobre todo no tiene que parecer que ha sido cuidadosamente diseñado en las agencias de inteligencia del imperio, con objetivos concretos, filmado en estudio con los últimos trucos hollywoodenses.

183

En la Grecia Antigua, la Pitonisa era una de las fuentes de la «verdad». Pero lo cierto es que sus revelaciones debían ser descifradas por la casta sacerdotal de Apolo, en las salas ***sagradas*** —secretas— del santuario de Delfos. Hoy la «verdad» oficial responde a la misma lógica de ***secretismo,*** a la misma mediación ***sacerdotal.*** Los aparatos militar y de inteligencia del imperio, así como toda una cohorte clerical de científicos, investigadores, médicos, ingenieros sociales, elaboran con un alto grado de confidencialidad las «verdades» oficiales que han de regir en el imperio, que imponen sus leyes, que impulsan sus guerras, que designan el «bien» y el «mal» oficiales. Al mismo tiempo que ocultan celosamente todo aquello que se opone a esta ficción.

Es fundamental distinguir entre aquellos temas que están ***vivos*** y aquellos que están ***muertos,*** entre aquello que está en proceso de elaboración, de decisión, de ***realización*** —ficciones realizadas — , y aquello que ha perdido toda relevancia, o que ya está suficientemente establecido. En otras palabras, entre aquellos temas cruciales de las agendas encubiertas del imperio que

están en proceso de ser impuestos a la ciudadanía, y por lo tanto están en el trasfondo de sus operaciones de enmascaramiento, y aquellos otros temas que no tienen ninguna importancia y por lo tanto pueden ser criticados sin mayor trascendencia. Y es que precisamente por no ser ya relevantes, una de las estrategias del imperio es utilizar estos temas como cortinas de humo para avanzar, de manera encubierta, implícita, indirecta, subliminal, en los temas que sí son relevantes. Criticar por ejemplo el capitalismo en general, o la industria del petróleo, como coartada para ganarse a la opinión pública, para aparentar progresismo, y así ***vender*** agendas encubiertas que persiguen la dictadura global. Esto es lo que hacen hoy los propagandistas del cambio climático como el Club de Roma.

Por otro lado hay que distinguir entre las operaciones encubiertas de primer orden y las de segundo, tercer, cuarto orden. O en otras palabras, entre las «verdades» —mentiras— fundamentales, que sostienen toda la narrativa oficial, y las «verdades» —mentiras— secundarias que las rodean, siguen, refuerzan, recubren, etc. Esta segunda distinción se solapa con la primera, de manera que las «verdades»-mentiras de segundo orden pueden ser utilizadas como coartadas para reforzar las principales. Esto lo estamos viendo a diario a todos los niveles. El cinismo, pero sobre todo la hipocresía, es generalizada allí donde hay el mínimo de poder.

Esta estrategia general puede ser utilizada en diversas variantes, pero en el fondo se trata de la combinación de los dos elementos anteriores: la relevancia del

tema de cara a las agendas en curso, y el grado de importancia de las «verdades»-mentiras en relación con el conjunto de la narrativa ficticia. Así, vemos aparecer en los medios diferentes escándalos y polémicas, revelaciones de ex altos cargos, ex agentes de inteligencia o soplones, documentos desclasificados «comprometedores», publicaciones de prestigiosos periodistas que contradicen las versiones oficiales, errores o excesos de los aparatos de inteligencia, declaraciones oficiales de falso arrepentimiento, falsa humildad, falsas disculpas, lágrimas de cocodrilo, etc. Pero se trata casi siempre de operaciones encubiertas cuidadosamente planificadas para, como decíamos, tender cortinas de humo que con la apariencia de poner en cuestión ciertos elementos de las acciones imperiales, en realidad refuerzan los asuntos más relevantes, los más decisivos, las mentiras fundamentales. Dicho de una manera muy simple, de lo que se trata es de imponer la lógica de «ahora de lo que toca hablar es de esto», y dar así por aceptado aquello que está implícito y de lo que no tiene sentido discutir porque ***debe*** haber conformidad general, porque es la base sobre la que se asienta lo que es ahora polémico u objeto de discusión. Así hay que interpretar fenómenos aparentemente diversos como Guantánamo, Abu Ghraib, la captura de Bin Laden, Wikileaks, el caso Snowden, etc.

Esta lógica remite también al mecanismo sacrificial que hemos mostrado, y es lo que permite calificar a esta doctrina de propaganda «inquisitorial», como hace Michel Chossudovsky. En efecto, estas operaciones encubiertas no solo sirven para reforzar

el guión ficticio principal, sino también para aceptar implícitamente los métodos totalitarios empleados: las detenciones extraordinarias, las cárceles secretas, la tortura, los drones, los daños colaterales, etc. Como veremos, no es una casualidad que las torturas de Abu Ghraib (principios de 2003) sean extraordinariamente sofisticadas desde el punto de vista estético. En suma, siguiendo una lógica muy parecida a la de la Inquisición o a la de otros regímenes totalitarios históricos bien conocidos, el imperio de hoy está mostrándonos con toda claridad que vivimos en tal régimen totalitario global, que aquellos que no obedecen, o que simplemente tienen la mala suerte de ser designados «sospechosos de terrorismo» por el Gran Inquisidor, serán aplastados sin piedad por el régimen al margen de cualquier legalidad. No sólo es así, sino que nos lo están dejando claro.

De nuevo lo sacrificial y lo ficticio confluyen, porque de hecho el mecanismo sacrificial, como hemos intentado mostrar, es la base de la construcción de la ficción; en concreto de la ficción moral que sostiene todo el entramado del sistema: la distinción entre el «bien» y el «mal». Todas estas operaciones encubiertas son ficciones más o menos realizadas. El asesinato de Bin Laden se nos dice que es real, pero de hecho no tenemos más pruebas que ***la foto de familia*** de las marionetas políticas principales y otros ejecutores en la sala de operaciones. Por otro lado el comando especial que supuestamente se encargó del asesinato sufrió ***casualmente*** un accidente aéreo de manera que sus integrantes no pueden contradecir la versión oficial. En suma, se trata de una ficción que están presentándonos como una verdad.

A todo ello hay que sumar la versión hollywooden-se del caso, ***Zero Dark Tbirty*** (2012), que en el fondo no deja de responder a la misma lógica ficticia. Frente a la distinción clásica entre realidad y ficción vemos aquí, en el conjunto de la operación supuestamente real —integrada por la versión oficial, distintas versiones y polémicas periodísticas, y la versión hollywooden-se—, un complejo entramado de realidad y ficción, de verdad y mentira. Pero es que esta confusión es parte de la estrategia propagandística, de la operación encubierta, por activa o por pasiva. Lo que persigue es que, aunque tengamos dudas sobre la veracidad de los hechos, aunque, en última instancia, la única ***materialización*** sea una ficción hollywoodense, la ***creamos*** como la «verdad» oficial. Pero sobre todo de lo que se trata, aprovechando toda la confusión, es de reforzar las mentiras principales: el US, la responsabilidad de Bin Laden (agente encubierto de la CIA) en los atentados, y en general la «Guerra contra el terror». Haciendo de lo circunstancial una polémica, se refuerza lo principal, para lo que no se admite tal polémica. Y otro de los cometidos de estas operaciones encubiertas es que, despistados por la confusión escenificada y la dramati-zación de la información, admitamos como necesarios los métodos totalitarios del imperio: la injerencia en Estados soberanos, la tortura, las cárceles secretas, los daños colaterales de los drones, las actuaciones al margen de la legalidad internacional, la excepcionalidad, la ecuación sospechoso = terrorista.